

JUAN LUIS FUENTES LABRADOR

# AMADA MÍA



e de Alba  
-32

COLECCION TELAR DE YEPES

Lo peor no es ignorar qué sea AMADA MIA, sino carecer de prurito alguno para adivinarlo. Para pontificarlos (si se dignan...), están los entomólogos de la Literatura, los depredadores de claves, los lapidadores con silencio, los pontífices del aceite y el turiferario, los detentadores de la representación de la diosa, los portadores orgullosos de flaneras intelectuales...

Se muy bien, que AMADA MIA obedece a un viejo principio que alguna vez clavé en neuronas aún no destruidas y, espero perduradoras: ¿de qué te sirve ganar a los críticos, si pierdes tu obra?

Sospecho que no es una humilde manera de pedir la venia, dejar aquí palabras que pudieran transustanciarse en material de lapidación.

Dudo sobre la posibilidad de que la «carta al señor Juez», pudiera convertirse en añagaza literaria; por mucho amor que rebose la aventura.

Afirmo estar acechado por una ácida conciencia bicéfala: la de no poder renunciar a la escritura (¡Jonás, Jonás...!), y la de no querer seguir participando en esa ceremonia de la autodestrucción, que es la búsqueda de la grieta por donde florecer hacia los otros, único destino ellos del engendrador de palabras: bicéfala también la incapacidad para huir con algún fragmento de vida vivible lejos de mí.

Declaro que, AMADA MIA no es un intento, ni un ensayo, ni un gesto de rebelde-ruptura, ni una inquisición, indagación, epílogo o testamento o epitafio o fe-de-vida o acta de viejas y continuas defunciones. No o sí.

Satisfacer sin servilismos ni humillaciones, la necesidad de crear al menos una palabra que me salve: de ahí este amor imposible cuyo precipitado último, cuya destilación suprema es AMADA MIA: ya no sé si testamento o prólogo, salutación o despedida, si acto de fe o autolapidación, si puerta abierta o rigurosa aceptación de que el muro carece de resquicios, si yo o el otro, si el sueño o el sueño del sueño.

Sé muy bien que AMADA MIA, es palabra que historia demasiados silencios, brizna de luz que revela urdimbre de sombras, tacto leve que deviene en piedra soportada, no con resignación: con esa ácida tenacidad de quien ama sin otro recurso a la esperanza sostenible del ser correspondido que el acontecimiento revelador de que sólo salva (¿de qué salva?, ¿hacia dónde la salvación?) ahogarse en esa indiferencia en torno...

Sospecho, dudo, afirmo, declaro, sólo por ti, Amada Mia.

J.L.F.L.

*JUAN LUIS FUENTES LABRADOR, nace en Villarino de los Aires (Salamanca) en diciembre de 1944; trabaja en Salamanca, dedicado a la Enseñanza, a la Radio y a la escritura; ha publicado tres libros de Poesía, escrito muchos más; también, una novela larga, textos narrativos, novelas cortas... AMADA MIA no es su primera novela, ni la última. De momento aún no ha consumido esa copa de palabras...*

LABRADOR

1822-1824

Institución Gran Duque de Alba





**JUAN LUIS FUENTES LABRADOR**

**AMADA MÍA**

Institución Gran Duque de Alba

**CONSEJO DE REDACCION:**

**Carmelo Luis López (Director).**

**Jacinto Herrero Esteban.**

**José M.<sup>a</sup> Muñoz Quirós.**

**Luis Garcinuño González (Secretario).**

**I.S.B.N.: 84-00-06725-8.**

**Depósito Legal: AV. 421-1987.**

**Imprime: Gráficas C. Martín, S.A. - Pol. Ind. Las Hervencias - AVILA**

Index

*Para Helena*



Institución Gran Duque de Alba

Institución Gran Duque de Alba

Resolución No. 001-2019  
Ministerio de Educación  
Lima, Perú

## INDICE

	<u>Págs.</u>
I .....	9
II .....	71
III .....	119







Institución Gran Duque de Alba

Sé cómo suele molestar a los guionistas cinematográficos que los escritores les regalemos sugerencias o enmendemos su trabajo; nunca he comprendido por qué se sienten por encima de un novelista..., si en la mayoría de los casos son incapaces de escribir una verdadera novela; y, por contra, un novelista puede con facilidad, a poco talento de que goce, aprender la simple técnica del guión de cine; sin ir más lejos, mi caso... Pero no voy a hacer memoria aquí de mis también frustradas relaciones con el cine. Sólo intento prestar algunas ideas que creo útiles, y téngase en cuenta que soy yo el autor de este texto.

Para los títulos de crédito: ofrezco el bosquejo de la serie de planos con que se realizará el montaje; describo someramente, consciente como soy de mi voluntaria profanidad al respecto.

Plano uno: Gran primer plano del cuadro de mandos de una de esas sofisticadas e inútiles máquinas domésticas que trituran, pican, rebanan, amasan, muelen...; en banda sonora, silencio. Plano dos: Manos del protagonista (vde. descripción, cincuenta años..., cfr.), no muy cuidadas pero sin llegar al estado lamentable, deshojando un libro de edición corriente de

bolsillo, sin brusquedad; banda sonora, silencio. Plano tres: Gran primer plano del carro de una máquina de escribir; puede leerse en el folio: «Sé cómo suele molestar a los guionistas»; banda sonora, silencio. Plano cuatro: Plano medio del hombre, tomado de espaldas, inclinado sobre una mesa de cocina contra una pared alicatada en blanco; por un costado, se aprecia parte de la máquina del plano inicial; viste un «sue-ter» de lana muy amplio, de cuello algo desbocado; banda sonora, silencio. Plano cinco: Cuadro de mandos de la máquina; se acerca un dedo y pulsa uno de sus botones; banda sonora, ruido de la máquina, chirriante. Plano seis: Plano medio del personaje, de frente, del lado acá de la mesa, cámara en el lugar que ocupa la pared frontal del plano cuatro; el hombre va introduciendo hojas arrancadas del libro en el vaso del aparato; banda sonora, sigue ruido máquina. Plano siete: Gran primer plano del vaso en cuyo interior las hojas son un torbellino que termina por pulverizarse; banda sonora, la misma. Plano ocho: Plano general en picado de la cocina; en ella existen, además de la mesa mencionada y otros elementos propios en un cierto desorden, un frigorífico, a la derecha, sobre el que se apilan libros de diversos formatos y originales en folio; banda sonora, la misma. Plano nueve: Gran primer plano de los libros mencionados; pueden leerse dos títulos, *El corazón a las bestias* y *Y más la piedra dura*; banda sonora, la misma. Plano diez: Plano medio del hombre, quien sigue introduciendo hojas de libros en el vaso del aparato; banda sonora, la misma. Plano once: Gran primer plano del carro de la máquina de escribir; puede leerse en el folio: «...cinematográficos que los escritores»; banda sonora, la misma. Plano doce: Plano general en picado (cfr. el ocho) de la cocina; el personaje se retira de la mesa, se acerca a un armario suspendido en la pared a su izquierda, lo abre y saca una champanera metálica y una copa de «cocktail»; banda sonora, la misma. Plano trece: Gran primer plano de mandos del aparato; se acerca un dedo, pulsa un botón; banda sonora, cesa ruido de la máquina. Plano catorce: Plano medio del hombre, la cámara a sus espaldas; debe entreverse cómo

saca el vaso del aparato y deposita su contenido en la champanera, una masa pulverulenta que la iluminación debe destacar; banda sonora, silencio. Plano quince: Primer plano del contenido del vaso, la masa seca y blanquecina entreverada de negro, cayendo en la champanera. Congela plano y, en sobreimpresión, primeros títulos de crédito; banda sonora: tema musical en versión de guitarra, a partir de indicación «A-1», allegro. Pasados títulos de la Productora, sigue. Plano dieciséis: Gran primer plano del carro de la máquina de escribir (vde. tres y once); puede leerse: «...les regalemos sugerencias»; banda sonora, sigue tema que mezcla con tecleo de la máquina de escribir. Plano diecisiete: Plano general en picado (vde. ocho y doce) de la cocina; el personaje coloca en su lugar el vaso de la máquina moledora, arranca nuevas hojas de otro de los libros presentados (vde. plano nueve) y va introduciéndolas en el vaso; banda sonora, tema musical y tecleo. Plano dieciocho: Gran primer plano del cuadro de mandos de la máquina, al que se acerca un dedo que pulsa un botón; la imagen queda congelada, sobreimpresión de títulos de crédito; banda sonora, ruido del motor del aparato. Plano diecinueve: Gran primer plano del carro de la máquina de escribir; se lee: «...o enmendamos su trabajo; nunca he». Congela plano y continúan títulos de crédito; banda sonora, tema musical se impone sobre ruido del motor. Plano veinte: La cámara sigue, en gran primer plano, lo que las teclas van escribiendo sobre el papel; se puede ir leyendo a medida que se produce: «...comprendido por qué se sienten por encima de un novelista». Congela sobre la palabra «novelista», continúan créditos; banda sonora, tema musical. Plano veintiuno: La cámara avanza hacia el personaje, tomado por la espalda; debe entreverse que continúa moliendo los libros y vaciando el resultado en la champanera; queda en plano americano en el que se aprecia lo indicado; en banda sonora, funde con ruido de motor, que se impone; siguen los títulos de crédito. Plano veintidós: Gran primer plano partiendo de la palabra «novelista» (plano veinte); continúa escribiendo y puede leerse: «...si en la mayoría de los casos son incapaces de es-

cribir una verdadera novela»; debe hacerse coincidir para que cada uno de los retornos del carro hacia la derecha deje visible la copa que aparece en el plano doce, vacía; banda sonora, tema musical y tecleo de la máquina. Plano veintitrés: Plano general de la habitación del escritor, éste de espaldas a la cámara y ante la máquina de escribir, que se halla colocada sobre una mesa amplia, abarrotada de libros, originales en folio y algunas botellas vacías, menos una, intacta, de «vodka»; en la habitación hay: una ventana en la pared que hace ángulo a la izquierda con la que recibe a la mesa, destaca un teléfono descolgado en el suelo, una puerta (desde donde mira la cámara), estanterías abarrotadas de libros en un desorden que sugiere uso constante... (vde. descrip. atrezzo); el hombre se levanta, sale y, tras unos instantes en que la escena permanece vacía, regresa con la champanera; toma la botella de «vodka» y la deja vaciarse en la cubeta; banda sonora, silencio. Plano veinticuatro: Gran primer plano del contenido de la champanera, un líquido denso y blanquizco; la iluminación debe presentarlo atractivo y con algo de misterio, aureolado y con reflejos; banda sonora, silencio. Plano veinticinco: Plano general, sigue; el personaje, tras haber movido agitándolo el contenido de la champanera, sirve la copa; ésta queda junto a la máquina, donde la presentó el plano veintidós. Plano veintiséis: Gran primer plano de la copa; en el encuadre aparece parte del folio escrito en el rodillo de la máquina; banda sonora, sobre silencio, *voz en off*:

«Llueve.

Acabas de afirmarlo ante ti con idéntica inclemencia a la que necesitarías, en otras circunstancias, para clavar en tu cerebro, más tarde en el de los otros, una verdad irrefutable pero de otro

Plano veintisiete: Plano americano del personaje, tomado de frente; recoge con su mano derecha la copa, la contempla unos instantes y la apura; gestos fríos que hablan de una firme resolución que lleva a cabo; banda sonora, sigue *voz en off* sobre ruido de tecleo de la máquina.

orden al físico. Acaba de producirse ese chasquido de la evidencia, que no es sino el precipitado de constataciones que, sin embargo, sólo tras haberse fundido en una sola, has sido consciente de haber ido albergando, simultáneas o enristradas, en algún resquicio de tu cerebro. Te preguntas por qué, de pronto, ese prurito por averiguar que la palabra ha sido con la debida corrección consignada en la que imaginas cinta de tu memoria, aún no tal sino simple y acaso mítica o soñada posibilidad de testimoniar, en cuanto te sea posible, las oscuras confabulaciones de la realidad que te han arrojado a esta ácida urgencia de explicarte. Un tenue vértigo, no físico, ilocalizable y tenaz, te avisa: no debes asomarte todavía al brocal de ese pozo; y una súbita deflación sobre el hueco que sustituye el lugar de tu pecho te anuncia que la rebelión es aún imposible; y el arranque de eso que otros calificaron, con tanta vulgaridad expresiva como acierto delatador, tus taponazos de ira salta en el espacio en que localizarías tu bajo vientre, mas

Plano veintiocho: Contrapicado, cámara en el suelo, a vista de gusano, desde un metro aproximadamente del lateral izquierdo de la mesa en que el personaje escribe a máquina; en primer término, la copa, otra vez llena, del ya mencionado brebaje; en segundo, el rostro del personaje en el que hay rastros de algún cansancio, destellos en los aros de sus gafas, barba algo crecida, pelo revuelto; se percibe el movimiento de los brazos al escribir a máquina; banda sonora, sigue la voz *en off* sobre ruido del teclado de la máquina.

se agosta; y un pegajoso humedo sopor cae sobre ti, ese paño mojado sobre los hermosos cuerpos en las obras de ahora no sabes qué escultores de qué épocas o escuela, tú yacente, sugerido tu cuerpo por los hábiles tactos del tejido, estatuario, vivo aunque el vértigo vuelva a ser admonitorio: no debes asomarte a tal sima todavía; y solo en la memoria tus manos palpan en el aire alguna resistencia que podrias ser tu; y el sobresalto ante la ausencia del tacto que no llega a su fondo: como ese caer sin limite en que te has soñado tantas veces, sólo salvado por el compasivo despertar, puerta ésta, sin embargo, para otra caída; sobresalto que se aja en ese brusco latido apenas esbozado en lo que el recuerdo de las simples palabras llama corazón; y llueve la luz algodonosa de monet, reconstruido en leves pinceladas de imposible sustancia lo que rotulas tu cuerpo igualmente yacente, vivo aunque el vértigo se adensa en tus fosas nasales y descubres que el aire borbotea en alguna cercanía de tu oído; pero este te anuncia que no es tuyo el ester-

tor, sino del otro, helado en la memoria, bajo el lienzo de húmedas pinceladas de la yacente imagen de alguien que esconde en tu cerebro algún hilillo de marioneta, sorprendente de pronto con su salto inverosímil: ese sueño en que tantas veces te debates, pendiente y lucido, inse-

guro y firme, otro y tú; el aire se atropella en el lugar de tus fosas nasales y te advierte: no debes asomarte todavía al brocal de ese pozo; la frágil silueta de tu madre empapada en este olor a tierra mojada; empapados tus piecillos chapoteantes en las sandalias de goma, los chorretones sonoros de suciedad entre los dedos, empapadas tus manecitas entretenidas en interceptar el abanico de agua desde la boquilla oculta entre las manos pálidas de tu madre, reptante tras ella la manguera estriada olorosa a goma y concluida en el grifo dorado mate de la pila del lavadero debajo de la escalera que sube a la azotea, casi oculta la entrada a la habitacioncilla de techo inclinado por la esparraguera en tantas ocasiones celaje para los juegos de escondite; empapado tu rostro de niño, el objeto hallado por el chorro de agua distraído un instante por las manos de tu madre del parterre de zana-horias, en seguida restallante de risa sofocada por los manotazos empeñados sobre el rostro en reconducir a todos los enanitos negados a las zana-horias hacia tus labios, único modo de que el derroche materno no fuese a más, «las gotitas son los enanitos con los que se alimentan las plantas y se ponen gordas y hermosas y nos las podemos comer o las podemos contemplar con sus colores y oler», «¿por qué las flores no se comen, mamá?», «las plantas tienen muchas boquitas pequeñas por donde van

atrapando a los enanitos y otros alimentos que hay en la tierra». «¿por qué la tierra no se come, mamá?», «y así van creciendo y creciendo unas veces para darnos frutos y otras para regalarnos con sus flores que alegran nuestros ojos y nuestro olfato», «¿por qué la caca huele mal, mamá?, ¡puaf!», «y las plantas nos agradecen que las reguemos dándonos todo lo que ellas saben hacer porque la naturaleza se lo ha enseñado y mandado que nos sirvan», «¿por qué yo sólo tengo una boquita, mamá?»; restallante también por fin la risa de tu madre, fundidas ambas con el olor del azahar y la hierbabuena y las diminutas rosas blancas que suelen llevar las novias en el ramo de la ceremonia nupcial, «¿qué es casarse, mamá?», rosas con frecuencia demandadas por alguna floristería de la ciudad y vendidas luego a los complacientes novios a abusivos precios, hasta que tu padre se enteró por casualidad, bien que se guardaban los de la floristería de identificarse y confesar el rotundo negocio, bajo el disfraz del simplicísimo e hipócrita: «gracias, son ustedes muy amables, han hecho feliz a nuestra hija, es que estas rositas no se encuentran, ¿saben ustedes?, Dios se lo pague, gracias otra vez», así muchas veces sin que tu padre llegase a sospechar, algo barruntó tu madre, todo quedaba confirmado con lo de la sobrina de doña Pepa, la compañera de tu madre, parvulista bigotuda de aliento denso y ácido del que huías cada vez que aparecía por casa para visitaros, «pero qué niño tan arisco, hija, ¡osú!, castellano es, no lo puede negar, de casta le viene al galgo», insoportables sus manos pegajosas de sudor por tu cara o calientes por tus nalgas o torpes por entre tus tirabuzones, «hay que ver el pelo que ha sacado este niño, que tú bien asquerosito que lo tienes, hija», sólo atractiva por las pastillas de café con leche y piñones que celaba en el fondo de su bolso, «me las manda mi cuñada que vive en Logroño, ¿sabes?, mi hermano Jacín está allí de cartero, y tan bien que le va, ya ves tú, no nosotras, matándonos a desasnar piojosos por cuatro perras, bendito magisterio y bendita la hora en que nos metimos en él, ¡bobitas estábamos!»; sonreía tu madre levemente y te lanzaba una breve contraseña, que nunca supiste a partir de qué momento fue cómplice código de un solo signo y, sin embargo, tan rico en mensajes, y tú aparentabas ceder a las caricias de la parvulista hasta que, por fin, los caramelos, «uno para ahora

y otro para mañana, no te empaches ni me seas glotonin, que te castiga el niño Jesús», salían de su bolso con el mismo regocijo por tu parte, bien que disimulado no sabías bien por qué, con que habías visto y mirado sacar al gazapo del deteriorado sombrero de mago Garbi, un sujeto decrepito que en nada podía asemejarse al maravilloso de las ilustraciones del libro de colorear, o al multiforme y siempre indescriptible que contemplabas embelesado brotar de labios de tu padre, cuyo rostro notabas transponerse tras el libro de los cuentos de Calleja, labios más encendidos cuando entornaba los ojos y la tensión del libro se relajaba hasta caer en la colcha sobre tus piernas; «pues sí, hija, un verdadero riñón que nos cobraron en la floristería por el ramo de la niña, y bien de lata que nos dieron con que si no había y las tenían que traer de Valencia o de no sé dónde», momento en que tu padre se desveló tras el periódico e iniciaba un interrogatorio, que no presenciaste porque la ocasión de huir te permitió refugiarte en el tercer escalón de la subida a la azotea bajo el túnel de esparraguera y jazmin y paladear el caramelo

olor a tierra mojada que sientes humedecer lo que habrías en otro tiempo llamado tus labios, ahora sólo parte de ti en la memoria localizándolos en cercanía del punto exacto, aunque ilocalizable con el tacto, en que este olor a tierra mojada ha trenzado ese haz de constataciones originadoras de tan inclemente afirmación en que, hace un instante, acabas de hallarte

Llueve.

alguien, acaso tú, el otro, tira de esa palabra con idéntico miedo al que en el resonado sueño te agarrota si tratas de convertir en real esa metafórica cinta que divide el asfalto reblandecido de la carretera para hallar el punto de llegada o, tal vez, la fuente originaria; parecido temblor al que ahora la memoria te presenta como real, aunque no en ti o en eso que nombrabas cuerpo, el que en el sueño seguía al descubrimiento de que al final sólo el vacío; revelación, por otra parte, piadosa pues te salpicaba de un sobre-

salto despertador, incapaz, sin embargo, de enmascarar el asco ante la posibilidad bochormosa de reinterpretar el rito de inmersión en lo que llamas vida; y sabes que

Llueve

es ese olor podrido de tierra bajo la lluvia que las manos de tu madre distribuye sobre el parterre de zanahorias, perseguida por la repugnante culebra que mana del inalcanzable grifo áspero de la pila del lavadero bajo la escalera acechante de miedos que lleva a la prohibida azotea, siniestra habitacioncilla entenebrecida con ácida humedad por los hirientes ramajos de la esparraguera, celaje para los terrores, «¡va a matarte papá! va a matarte por haber roto el filtro de agua de los abuelos», aspera la voz de tu madre, cansada y monótona y helada, «no chapotees en el agua que te ensucias los pies; mira, ¡qué cochino!», sus gestos de impaciencia, su mueca de hartura, provocadores de ese tenso encogimiento en el pecho, «no te mojes que luego te pones malo y tenemos tocatambores», encogimiento de una aterrada soledad en la cama tras la constatación vergonzosa de haber blandamente orinado, no en el dulce sueño, sino en la ya empapada ropa que nombrarías sudario si en ese momento de tu vida conocieses ya el patético y consolador significado de tal palabra, porque en aquella hora si que habrías hecho verdad la amenaza de tu madre, aunque no supieras con precisión ni con aproximada fantasía barruntaras, más allá de la viñeta del burro muerto rodeado de cebada, inútil ya, como se empeñaba en explicarte tu padre, tan inútil como pedagógicamente, qué fuera morir; imaginabas, entre el pestilente calor de la cama escociendo tu cuerpo, que tu padre y tu madre llorarían y gritarían, tu madre como la loca, la hija del señor Juan y la señora Teresa, todavía hermosa y apetecida por los hombres cuando la escuchaste y viste correr desnuda por el jardín, al otro lado de la tapia del damasco en cuyas ramas soñarías más tarde aventuras tarzanescas, después por la calle, desnuda la Teresina, la melena rubia al viento, la mancha oscura en el ángulo de su vientre poderoso entra las anchas caderas, los senos rebotando sobre el pecho igualmente robusto, braceando con furia —como tu padre se afanaba en explicarte bracearían las

asas de los molinos de viento que don Quijote reputó gigantes y se empeñó en ello aunque sólo aparentemente reconociese después ser cabales molinos, mas en su interior bien convencido de ser tal realidad sólo apariencia fruto del encantamiento de algún mago enemigo—, tan sólo los erizados zapatos plateados y el ligero en pleno muslo izquierdo; no lograron detenerla ni la gente de la vecindad ni los guardias municipales; no entendiste entonces cosas oídas y escuchadas repetidas luego en tu memoria, «una buena tranca es lo que esa necesita», «a esa lo que le sobran son porras», a los municipales les produjo la risa y en seguida, serios ya, los empujó a repartir órdenes, “silencio, un respeto a la autoridad”, acariciaban las porras brillantes con una mano mientras aplastaban contra la cadera la pistola, “un respeto a la autoridad”, tuvieron que venir loqueros del hospital de santa Mónica, que tenía sala de orates con las ventanas cruzadas por listones claveteados en forma de aspa y un cuartucho con hedor a podredumbre, de cuyo techo plagado de goteras salían cuatro violentos chorros de agua restallante y terrible contra el suelo adoquinado, reía sor Damiana cuando le contaba a tu padre que allí se amansaban todos los arrebatos, a duras penas entre cuatro chicarrones del norte, alguien decía «chicarrones del norte» señalando a los gigantescos loqueros de bata blanca y zapatillas de esparto, lograron detenerla y colocarle a la Teresina la camisa de fuerza, y aun así lanzaba patadas, perdido ya uno de los afilados tacones y tronchado el otro, dentelladas, y el grito desgarrador, «mi hijo, mi hijo, mi hijo», confundido con el aullido de la ambulancia y las recomendaciones de los guardias municipales a los congregados y a las órdenes tajantes y despectivas de los policías de olor ácido a sudor viejo empapando sus uniformes grises, «disuélvanse, váyanse a casa, disuélvanse», algún amago de desenvainar la porra y el gesto de superioridad ante el brote de pánico de los presentes; había sido puta en Madrid; el señor Juan y la señora Teresa contaban que estaba muy bien colocada en una gran empresa, de secretaria de un jefazo; que se codeaba con lo mejor de lo mejor; la Teresina los llamaba por teléfono, lo que en la vecindad causaba admiración y no reconocida mas operante envidia por el único aparato de toda la estirada calle de chalés, uno de dos pisos cada dos de

uno: por aquel entonces debes recordar que las afueras de la ciudad, hoy casi el centro; el señor Juan y la señora Teresa vivían en el chalé vecino de dos plantas y te llevaban a su casa de vez en cuando, y en el segundo piso te enseñaba la señora Teresa el teléfono, arrimaba el auricular a tu oreja, «¿no oyes a Teresina, hijo, no la puedes oír? Teresina, es el niño ¿oyes, hija?», tal vez te confundiera con su nietecillo, decías que no porque sólo escuchabas un zumbido, pero más tarde aprendiste que la loca era la madre, y habías de decirle que si aunque ya era tarde pues la señora Teresa no te escuchaba monologando con el nietecillo apenas entrevisto en una borrosa fotografía de minútero, allí quedaba en su habitación en penumbra de pesados muebles, la cómoda con el fanal del niño Jesús de la bola con sus falditas bordadas de niña antigua y su melenita de tirabuzones como la tuya, las capillitas de la virgen de los milagros y nuestra señora de la merced y santa rita de casia, penumbra bochornosa en verano, celado el sol en los balcones con pesadas esteras de esparto, monologando la señora Teresa con el recuerdo de su Teresina; bajabas con precaución y miedo oculto para no despertar al señor Juan, que seesteaba en una mecedora de enea a la puerta de la cocina sombreada por la parra, siempre despertaba a tu paso, o tal vez no dormía, «¿ya te vas? ¿te ha dado la señora caramellos?», decías que sí, aunque ya no era verdad desde que instalaron el teléfono, el señor Juan debía de saberlo porque se quedaba murmurando, los ojos entornados, el pañuelo plegado y oloroso a azahar sobre la frente, «esta Teresa, esta Teresa...»; al niño lo enterraron a las cuatro de la tarde, la gente hablaba de angelitos y del cielo y escuchabas repetir frases, «ay, Señor, Señor, con esta madre mejor que te lo hayas llevado», y tu madre lloraba y a tu padre se le dibujaba en el rostro el mismo gesto de aquellos pasajes de sus cuentos que te despertaban un agradable y desazonador cosquilleo por la espalda y un temblorcillo de los lacrimales, y algo escuchaste comentar sobre que el cura se había negado a enterrarlo en cristiano porque, aparte de ser hijo de puta, cosa que por otra parte no era óbice *stricto sensu*, pues en los santos evangelios aparecía la esplendorosa figura de una prostituta, arrepentida eso sí de sus sucios y horripilantes pecados, y en los propios orígenes del mismísimo Jesucristo había una ra-

mera si nos remontábamos por su árbol genealógico; el niño no estaba bautizado y la tierra sagrada no era para moros, sino sólo para quienes habían recibido el sagrado y santo sacramento de la purificación; acaso estés escuchando hablar a don Rodrigo, el párroco que te preparó para la primera comunión, su dedo regordete y peludo señalando las láminas colgadas en la pared manchada de humedad con la representación de los siete sacramentos, los pecados capitales, las virtudes teologales y cardinales, las obras de misericordia; ves a su hermana Herminia bisbisearle al oído y alejarse después renqueante arrastrando el zapatón de su pierna izquierda, perfilados sus prominentes senos y sus anchas caderas, presente aún unos instantes tras desaparecer en el tufo a cocina y a algo que más tarde sabrías definir como «el inconfundible olor a secreción de la hembra solterona en celo permanente, rasgo de ese espécimen llamado a extinguirse que se conoce como hermana de cura»; la hermana Herminia, así la llamábais los monaguillos, aunque ella protestaba que no se había casado con dios para ser hermana-tal-hermana-cual; un día desapareció; la encontraste muchos años más tarde, podrías calcularlo por los años de seminario y de universidad, mas a nada conduce, y no te reconoció, pero tú con sólo distinguirla entre la gente, os cruzásteis y te extrañó no percibir el tufo que azuzaba ya en tu memoria desde que la identificaste, más vieja, menos firmes los senos, más voluminosas las caderas, el rostro como la caricatura del hermano abandonado en su parroquia “por motivos de salud”, así se explicó su ausencia brusca, palabras que respondían a la verdad en su sentido más elemental si se admite la tesis de que un embarazo y el subsiguiente parto y la consecuente lactancia no son sino una enfermedad, exclusivamente femenina, pero enfermedad tal y como pretenden ciertas soflamas feministas; la hermana Herminia había debido abandonar el noble y frustrante oficio de servir al siervo del Señor porque había quedado embarazada, y no del Espíritu Santo, como alguien dijera en tiempos en que tales sutilezas teológicas se te escapaban, cosa que habría podido sospecharse dada la familiaridad con lo divino que existía en aquella casa parroquial, sino por el sacristán y campanero, un bisojo viudo y recasado, con cinco hijos del primer matrimonio y cuatro del segundo, sin contar al

que tuvo a gusto y complacencia de ambos hacerle a la hermana Herminia: Celedonio se llamaba, y hacía las veces de organista y de chantre en bautizos de primera, bodas de primera, funerales de primera, y todos los sábados del verano actuaba como vocalista de los «modern boys», conjunto integrado por cincuentones miembros de la Banda Municipal, que amenizaba los bailes en las fiestas de los pueblos del contorno; en una de estas, la del puebluco de que eran originarios el cura y la hermana Herminia, fue el acontecimiento, memorable por muchas razones para la hermana Herminia, que probó y reprobó y volvió a catar los gozos de la carne, tan ansiados íntimamente como repudiados en lo externo; si bien a Celedonio no dejó de extrañarle la ausencia del virgo, no en vano había él probado oficial o legalmente la rotura de dos, amén otro que había caído en secreto, y esta comprobación le animó a secundar, una vez producido el primer encuentro un tanto torpe e inexperto en ella por el exceso de deseos y la escasez de práctica más allá de las secretas y cada vez menos esrupulosas autocomplacencias, la demanda de ella y, roto ya todo mítico temor supersticioso a penetrar en huerto prohibido y semisacro por añadidura, conducirla a disfrute tal que temió ver comprometido su trabajo si no saciaba aquella voracidad, que más tarde recordarias con regocijo tú a leer la boccacciana historia de *Massetto de Lamporecchio*, el seudomudo que le puso los cuernos al mismísimo cristo bendito yaciendo con sus reprimidas esposas entre el espeso olor del estiércol, la tierra recién regada, excitante metáfora para eufemísticamente referirse a las abundantes fecundas y aplacadoras eyaculaciones seminales, metáfora tal vez dotada de no poca exactitud, tanta al menos como la inclemente afirmación en que hace unos instantes has topado contigo

Llueve.

eres ese niño, apoyado los codos en la camilla de espesas faldillas de lana roja, las piernas acogidas al calor del brasero de cisco, inclinado sobre tu escolar pizarra de marco de madera perforado en uno de sus lados para

permitir el paso de la cuerdecilla que sujeta la almohadilla con que extender sobre la negra superficie garabateada los rastros de saliva, único método asequible y seguro para conceder a la helada pizarra su cualidad esencial de palinsepto sobre el que escribir siempre idénticas formulaciones, idénticas al menos en tu memoria en otro tiempo en que tu vida parecía haberse replegado y te hallaste frente al niño aquel sin reconocerte, con el olor ácido de la tierra mojada de la almohadilla mezclándose con el tufo del brasero no siempre tan generosamente asperjado con la fragante alhucema, la lluvia fuera persistente y excesiva, «¡y que no deja de llover!, ¡maldita agua!» decía tu padre o alguna voz destemplada en la radio en seguida morigerada por el sano raciocinio de la vida de dios para los campos, «termina por pudrirlo todo», comentaba tu madre desde el gesto cansino y frío, o tal vez alguna destemplada voz en la radio en seguida suavizada por el apelación al orden de la naturaleza, gesto de tu madre rubricado por las manos tiznadas por el cisco, que llamaban picón, y por la base del brasero nombrada tierrilla, tú ibas a buscar ambos a la carbonería cercana provisto de una lata de caballas en aceite dotada de una rudimentaria agarradera de alambre ideada por tu padre, irrespirable el aire espeso de la sucia habitación de techos altísimos y denso olor sólo comparable entonces por ti al que reinaba en la estación de la que habías ya partido en dos ocasiones; la primera apenas recordada salvo en la sensación impresa por tu memoria de haber sido sacado por la ventanilla del vagón en plena noche y haber sido después devuelto a través de la misma, ardiente el rostro de besos olorosos de afeites y aplastado por los paquetes que irían a reposar durante el resto del viaje sobre la repisa de enrejado de madera, similar en su conformación a los asientos del vagón de tercera clase en que dormitaban tus padres y tres mujerucas de rancio olor a bacalao viejo y sudor agrio, paquetes que no eran sino regalos de unos primos residentes en alguna ciudad, nunca llegaste a comprobar si existentes o fruto de alguna imaginación tuya o tal vez vivencia de alguien desconocido; la segunda vez ya con algunas persistentes sensaciones, el olor ácido del cansancio en el hacinado vagón, los efluvios a tortilla reseca y queso montaraz y vino peleón, el que llamaban espirriaque los borrachos

de tu infancia, el áspero hedor de pies sucios y axilas vírgenes o alientos enmohecidos o entrepiernas rechinantes, el olor de tu madre atractivo, y repelente el tufo de tus ropas apenas disimuladoras de un cuerpo cada noche enfangado por la humillante incontinencia, palabra que sólo más tarde aplicarías a la vergüenza, «incontinencia nocturna de la orina» rezaba el prospecto de las pastillas que habías de ingerir para evitar el fracaso, palabras que tú no entenderías entonces sólo subyugado por la leyenda que explicaba un borroso dibujo «el niño meón, fuente de Bruselas», lo que años más tarde te depararía no poco agrias secreciones cuando contemplaste llegada a tus manos por nunca supiste qué mecanismos la tarjeta postal con el «manneken pis», la noche insomne con el obsesivo martilleo de los railes entre los huesos y en el cerebro, el sopor del paisaje huido, la seducción del baile de los cables del teléfono descendiendo y subiendo siempre paralelos pero nunca desmarcados del sucio cristal salpicado con restos de vomitonas desde ventanillas vecinas, «es peligroso asomarse al exterior», algún adiós fugaz de campesinos resignados en los pasos a nivel, «ojo al tren paso a nivel» en forma de aspas, alguna mujeruca accionando con fatiga la manivela de las barreras, algún perro ladrando retador pero inmóvil al paso del tren junto a la casetilla del guardaagujas, los amontonamientos periódicos de traviesas oscuras de persistente olor a brea, montículos o charcos de tornillos mohosos, y el estremecimiento brutal al cruzar un puente de hierro o perderse en un túnel durante la noche, sueño que muchas veces padecerías más tarde y que te revelaría una inclasificada sensibilidad del niño para la rara densificación del paso nocturno por el túnel, algo aparentemente contradictorio y con facilidad refutable por la lógica; mas ninguna existía en el afanoso ejercicio, la lengua entre los dientes, contraído el rostro, tensa la mano que sujetaba el pizarrín chirriante, balanceada la cabeza a la búsqueda los ojos de los puntos más útiles de los lentes de montura transparente, el olor ácido idéntico o confundido con el de la tierra mojada reptando desde el jardín a través del que tu padre llamaba, no sin cierta pomposidad o acaso con ironía, «la ventanilla de seguridad», que no otra cosa era sino uno de los seis cristales de la hoja derecha de la ventana nunca repuesto tras haber sido roto por un golpe de

viento durante una tormenta de verano, así entraba siempre el aire y si se producía una peligrosa emanación letal desde el brasero no habría lugar para la tragedia, no pocas se contaban al respecto, incluso bien cerca de la vecindad; en casa de Juan el gafas, el último de los vecinos por entonces en la calle de chales y que habitaba el quinto según se enfilaba la calle hacia el campo, entonces con su mujer, una hembra que más tarde comparaste a un caballo percherón, aseada y siempre olorosa a heno de pravia y a polvos de arroz generosamente enmascarando su cara sembrada de arrugas prematuras, lo pudiste comprobar cuando el hijo, Juanito el gafitas, sufrió el ataque de apendicitis a las tantas de la noche y hubo tu padre de llevarlo al hospital en la bicicleta, pues ni taxis ni coches de caballo había disponibles a aquellas horas, ella quedó en la puerta, enfundada en una bata de flores, mientras Juan el gafas corría junto a la bicicleta, «agárrate, hijo, que ya llegamos, agárrate», y tu padre pedaleaba con un heterodoxo sentido del equilibrio a punto de atropellar al corredor, y ella se empeñó en irse sola a casa a esperar noticias, y reavivó el brasero y se quedó dormida sobre la camilla y así la hallaron los gritos primero alarmados luego con razón aterrados de Juan el gafas a las diez de la mañana, de regreso ya del hospital con la noticia de que Juanito había sido operado ante el peligro de una peritonitis, certero el diagnóstico de Juan el gafas basado en la propia experiencia vivida unos meses tras, «ni que fuera contagioso, señor», había repetido ella aquella madrugada, y rígida tuvieron que sacarla de casa, como si la llevaran en la sillita de la reina entre los dos enfermeros y el médico, y así la encajaron en la ambulancia, la dieron por muerta los curiosos no así el médico, cuyo ojo clínico, o mejor, cuya pituitaria señaló en la dirección exacta, unas simples aunque fatales emanaciones del brasero; a doña Asun, «la de la radio» la llamaban porque hablaba del mismo modo que su homónima de «Matilde, Perico y Periquín», la sacaron también rígida aunque en peores circunstancias, pues, según comentaban algunos testigos oculares, así lo contaba tu padre y te sonaba a culo, o habían encargado una caja mortuoria pequeña o el cuerpo había engrosado tras haberla medido los empleados de la funeraria, la cuestión fue que tuvieron que descoyuntar a la menuda doña Asun para encajarla; la

identificabas con su original olor a lápiz, nunca has sabido por qué decías siempre que doña Asun olía a lápiz, y porque jamás te acariciaba ni te sobaba ni decía las habituales bobadas en torno a tus tirabuzones o sobre la perfecta pronunciación castellana de tu reducido infantil léxico, sólo te miraba con cariño desde unos ojillos muy limpios, diminutos al fondo de la entrada de gruta de gigante que formaban sus cuencas de piel arrugada y fofa, gruta del gigante que servía desde la ilustración de los cuentos de Calleja para cualquier identidad con tal de que de gigantes se tratase, desde el traganíños hasta el Polifemo, origen éste de una inefable experiencia que a punto estuvo años más tarde, muerto tu padre ya, de preñar alguna lágrima inoportuna y de dudosa justificación ante tus compañeros cuando escuchaste por primera vez la inmortalizada historia de los versos del poeta cordobés, gigante de patente heterodoxia cuya Galatea tu padre sustituía por una hermosa niñita de ojos azules y rubias trenzas hija y no amante de un Acis anacrónico y acribillado a preguntas, instante en que tu padre te relataba historias de la mitología grocolatina, sisifo, tantalo, icaro, aquel jovencito encerrado en el laberinto, «¿quién lo había metido allí, papá?», que ideó una estratagema ingeniosa para huir, «¿qué es estratagema, papá?», como fue construir unas grandes alas con plumas, «¿de dónde sacó las plumas, papá?», y pegarlas con cera, «se pega con pegamin, papá, no con cera», a sus espaldas, «¿de dónde sacó la cera, papá?», y así logro volar, «¿quién le había enseñado a volar, papá?», y salió del laberinto, «¿qué es un laberinto, papá?», y muy contento siguió subiendo, «¿su casa estaba en el cielo, papá?», subiendo hasta acercarse al sol, «¿y no llevaba un sombrerito para el sol, papá?», y tanto se acercó al sol, «¿es que era amigo suyo el sol, papá?», que la cera de derretió, «¿qué es la cera, papá?», y las alas se despegaron, «¿por qué no las había pegado con pegamin o con engrudo, papá?», y entonces se cayó y se ahogó en el mar, «¿por qué estaba allí el mar, papá?», lo que le sucedió por querer volar demasiado alto y por haberse ensoberbecido creyendo ser como los pájaros y las águilas y el mar se lo tragó y desde entonces se denomina mar de icaria, «¿por eso se cayó la cometa grande, papá?»; te preguntaste muchas veces más tarde qué experiencia había sido la primera, la del revelador co-

nocimiento de la historia de Ícaro o la cáustica sensación que entonces no supistes clasificar pero que no otra era que el desencanto al ver huir y extinguirse a la cometa que habíais ido confeccionando durante horas en la azotea, sobre las losetas ásperas manchadas de musgo reseco, amarillento y verdinegro a trozos, de agudo olor a hierba al sol o a las semillas de lechuga en pleno verano o la caricia cálida de la hierbabuena, paciente-mente construida con papeles de seda cubriendo un entramado de caña, con una cola tan larga como cuatro zancadas de tu padre y confeccionada con pequeños rollitos de papel muy apretados anudados a la distancia de una cuarta de tu mano, y había tu padre conseguido que se mantuviera, al caer la tarde, confundidos sus colores con el resol violeta sobre la ciudad, nitida su figura pentagonal erguida y segura de sí, vibrante la tensa cuerdecilla entre tus manos con el latido que, de pronto, dejaste de sentir aunque la cuerda siguió un momento enrollada en tu muñeca, entre el pulgar y el índice cortante antes caer desmayada a tus pies, libre la cometa, que todavía subió antes de convertirse en un tirabuzón sucio y fugaz que se estrelaba a lo lejos, paisaje tembloroso tras la sutil cortinilla de vapor que comenzaba a ascender ya desde los parterres regados por la manos de tu madre, imposible ante la deflagración de algo que sólo más tarde supiste nombrar; el olor a tierra mojada sepultando lo que muchos años más tarde calificarías de inclemente afirmación para tropezar contigo ahora en que reconoces haber afirmado

## Llueve

palabra a la que te aferras cuando creías haberte asido a la tabla del naufragio inexistente, salvo en tu sueño, tal vez no sueño, eso al menos parece indicarte esa incapacidad de ajuste entre la palabra y el hueco que debería llenar dentro de ti al nacerla, quimera quizá aunque de igual modo tal palabra se niega a servirte, acaso pretensión, neutra palabra cuya frialdad acciona algún desconocido resorte de la memoria y desencadena un rastro de eco en el que el ácido olor de la pegajosa leche del tallo de la adormidera se impone; acucillado tú en la cabaña construida precariamente con

viejas tablas y saco y la esencial colaboración de la rama baja del damasco conducida con habilidad mediante cuerdas contra la tapia que separaba tu jardín del de la señora Teresa y el señor Juan a modo de techo, en el rincón de tus secretos, junto a la reluciente caja de latón decorada con escenas pintureras del *Quijote* y recipiente antaño de dulce de membrillo, desterrada por tu padre tras haber prestado muy varios servicios, desde costurero hasta baúl de fotografías familiares, y en ella tu tesoro, arrimado al cajón de recias tablas olorosas a bacalao, improvisada mesa sobre la que iba a iniciarse el rito una vez dejado con asco el tallo recién separado de su cabeza y del que manaba una tenaz gota de savia blanquizca que algún día se impediría contra la viva realidad oscura de tu primer derrame de semen, el rito de cortar con una vieja cuchilla de afeitar, «beter flor de lis esculpe su cara», hurtada en algún descuido suyo del estuche de afeitar de tu padre, el olor del tónico facial de color lechoso en su rostro satinado, la vaina de la adormidera, arrancar después uno a uno los rebordes como almenas de corona, vaciar las minúsculas bolitas negras, amargas sólo al primer instante de su presencia en la boca, dulces en seguida como dulce y suave el sopor blando y multicolor que

(¡ay! amada mía, con qué intensa ternura comprendo ahora ese terrible escozor de saberse vivo por aquello que, en verdad, mata...! ¿Por qué, amada mía, ni una sonrisa de ti, ni una mirada que no sea ausente o recriminadora ante algún atrevimiento mío, ante esa obstinada hambre mía de ti, este grotesco empecinamiento, grotesco aun ante mis ojos cuando miro el mundo desde los tuyos...? ¡Tan pocos instantes, amada mía, sin que mi piel se erice con el ácido desde de la tuya! ¿Cuándo una brizna de ti para alimentar mi ya flaco sustento? ¿cuándo, amada mía, la recompensa de tu aliento para respirar por ti, deshecha en los pulmones esta piedra de desearte...? ¡ay, amada mía!)

Soy consciente de que cuanto pueda yo contar a nadie interese. Incluso considerado como la última revelación de alguien

que se niega a recitar su papel en esta mascarada que el clásico llamó gran teatro. No ignoro —y permítaseme utilizar la metáfora, pues a veces me es más fácil usar de ella que batallar por las palabras fieles o esquivas— que el mar entre las islas no las une sino que las separa; y yo no albergo duda alguna en torno a nuestra esencial condición de islas; y ello a pesar de los esfuerzos de la ingeniería cordial (toléreseme la expresión), los intentos por establecer relaciones entre estos enemigos, irreconciliables por definición, que somos los llamados hombres. Sé bien que la indiferencia mutua es la savia que mantiene vivo este organismo que rotulamos sociedad, la insolidaridad su único aglutinante. Podría aburrir con la exposición monocrorde, como una densa amarga y fastidiosa salmodia, de mis convicciones en torno a los hombres. No alimento ilusión alguna, pues, de que cuanto pueda yo contar vaya a merecer un destino diferente al que la experiencia me revela para cualquier producto de los que da en llamarse «creación». Bien sé en qué son convertidos ese puñado de ilusos o de cinicos (no importa ahora precisarlo, porque acaso ambas no sean sino caras de la misma verdad) que se han atrevido a soñar, con no poca desvergonzada impudicia, debo decirlo, en romper el cerco; y, lo que es más grave, en pervivir. Lo sé; yo he contribuido a alimentar el sagrado fuego del mítico respeto y veneración indiscutida a tal ralea de hombres. Yo he soñado (mejor debo decir «soñé», para ajustarme con toda lealtad al sistema del que me estoy sirviendo), o soñé haber soñado, lo mismo da, contribuir a esa ignominia de la inmortalidad, también en tiempos seducido por las repugnantes arteras palabras del cerdo del rebaño de Epicuro, *non omnis moriar* (ignoro si las escribo con fidelidad y en su orden los versos) *aexegi monumentum aere perennius*, etcétera y amén.

¿Por qué, pues, me dispongo a comenzar esto que podría denominar, con notoria impropiedad, relato? Si a su conclusión no

ha sido comprendido, queda justificada la decisión que he adoptado; si aparece claro ¿qué importa si el mundo ha perdido otro posible iluso o cínico?

¿Solemnes palabras? ¡En efecto! Pero nada importa ya, pues así deseo que sea para mí. Lo que significa que he aceptado la absurda imposición irrenunciable (o el riesgo de no amada irreversibilidad): único posible modo que me es dado de rebelarme contra esto que debo aún seguir denominando Vida. Palabra cuya convencionalidad se me revela en esta hora con amarga crudeza.

Acaso cueste creer que he de realizar un áspero esfuerzo ante esta máquina para lograr que de ella salga sólo aquello que intento salvar de lo que (bien sé que con sobada metáfora, pero útil todavía) llamaré naufragio. Naufragio: sin adjetivos que puedan dar vida a una tan decisiva palabra (que ya es sabido que un adjetivo que no mata, da vida). Incomprensible, acaso, que deba luchar, no sólo contra las palabras; seres esencialmente infieles a los que hay que dominar no sin brutalidad, a veces; con señuelos y artimañas, otras; con promesas y artes de seducción, las más; conquistar con el encendido entusiasmo del primer amor; desposar con idénticas convicciones de perennidad... Pero siempre con la cáustica sospecha de que han de sernos infieles. Y, a pesar de ello, amarlas hasta la obsesión, única pasión que no nos decepciona porque va en su propia entraña desengañarnos perpetuamente: mas de modo tan inefable que hallemos siempre el sentido para el asedio, el mítico sueño de conquistar, al menos, una de sus multiformes moradas, merecer el único sentido que al hombre no se le concede sin lucha, que no puede ser heredado en títulos o en sangre...

Me releo para recoger el camino: decía que puede resultar incomprensible que, además de contra las palabras (y evito,

ahora si, una nueva tentación de excursio), deba luchar contra mí. Lo cual es verdad casi en su sentido literal: que debo violentarme para contener al desorden. Conozco esta experiencia que puede conducir a la alucinación, a la borrachera, al fracaso más decepcionante, al desbordamiento, al estallido de ese «crac» en algún rincón del cerebro, incapaz ya de soportar la avalancha que atropella por salir, como si huyera del incendio sin importar qué haya de pisotearse con tal de conseguir la salvación. He experimentado en muchas ocasiones los zarpazos de este destructivo ejercicio de recreación íntima que lo es también de destrucción. Y estoy decidido a vender caro el rastro de vida que mantengo como un rehén de lo que pomposamente debería escribir vida. Tal es mi condición, mi convenio con el único que puede aceptar a estas alturas condiciones o convenios (ese tú más yo que yo mismo; más yo, al menos, que éste a quien creo señalar cuando me nombro).

(Es el momento para apurar otra vez mi copa. ¡A mi verdadera salud!)

todos los cuentos se concentraban para agasajarte, engastados sus personajes en un ardiente arcoíris, sólo mancillado por la presencia del lobo, que a veces ostentaba la cabeza de tu madre, o del ogro, que lucía la cara de doña Pepa, o de Icaro, ascendiente en la bellísima cometa pentagonal y bruscamente precipitado en tierra sustituido su rostro por el de tu padre; por el arcoíris se deslizaban hacia abajo y hacia arriba los enanitos alimenticios perseguidos por las repugnantes lombrices que son sus enemigos en la tierra y se crían en la barriguita de los niños cuando son malos y salen por su boquita si se portan mal y dicen palabrotas y pecados, pero siempre ganaban los enanitos alimenticios, y las lombrices cansadas eran convertidas en bengalas que hacían más vivo aún el dulcísimo olor que respirabas, a nada parecido de cuantos conocieras entonces, a fresa, a menta, a jazmín, a hierbabuena, a azahar, a tierra mojada bruscamente podrido en el penetrante latigazo hurgando dentro de ti, zarandeado tu

cuerpo por las manos de tu madre y los acerados ojos de tu padre, ante tus fosas nasales el desgarrador frasco de amoníaco, ya no la alarma en la mirada de tu madre, sino el cansancio y la rutinaria recriminación ante lo repetido, tus mareos de adormidera celados por tu palida máscara de niño enfermizo, inútiles ya tus quejas para evitar la cucharada de aceite de hígado de bacalao a la mañana siguiente y la persecución, «come, come, come, come», y la cantinela, «este niño no come nada, nada, no me extraña que le den esos mareos y desmayos», y el aceite de ricino en ayunas, y las yemas de huevo en vino quina con cualquier pretexto, y las ampolas de vitamina C en dosis masivas empapando el repugnante turrón de azúcar, «come, come, come, come», y la amenaza constante, sólo una vez llevada a termino, de prohibirte el acceso a la zona boscosa del jardín, y las pastillas de «fósforo ferrero» crujientes con falso sabor a chocolate en todas las comidas, y las cucharadas, que más tarde asociarías sin escrúpulo con el cálido semen, de «calcigenol efedrina, del doctor pinard», la botella en forma de bomba de mano alemana, como podías contemplar en las fotografías de la no muchos años antes concluida segunda guerra mundial cuando tu padre te explicaba sobre un mapa escolar los movimientos tácticos, mapa que él había ido llevando al día a través de las informaciones radiofónicas, del mismo modo que hiciera con la guerra de España sobre un mapa de carreteras Michelin en el que consignaba con dos colores las incidencias de la guerra según las informaciones que ofrecía cada bando, negro para los franquistas, rojo para los republicanos, «¡cómo mentían unos y otros, hijo», palabras que tu padre te confió muchos años después, acaso la única explicación al hecho de su negativa rotunda a participar de modo activo en la política a partir de haber comprendido que el dictador lo sería de por vida; sueños siempre deseados y sólo más tarde asociados con las bayas de adormidera o con los torpes cigarros confeccionados con papel de estraza y hojas secas de geranios y matalahúva, engullidos en tu refugio del tercer escalón de subida a la azotea bajo el techo de esparraguera y jazmin, grasientos los labios y reseca la boca, cosquilleante por el pecho el calorcillo que se transformaría primero en leves manchitas rojas frente a tus ojos, en suave vaivén de cuanto abarcaba tu vista, en plácido flotar, ce-

rrados ya los ojos y acomodado el cuerpo a lo largo en el escalón de cemento recalentado por el inclemente sol de septiembre a las cuatro de la tarde a través del celaje de ramitas crujientes y olorosas, las cuatro en punto, hora exacta en que comenzaba a emitirse la radionovela *Ama Rosa* que alguna vez explicara ciertos enrojecimientos en los ojos de tu madre, celada la luz a trechos por la tupida urdimbre de la enredadera y el jazmin asociados, volar por una densa gelatina de colores y de fuerte olor a verde caliente y reseco, flotar en el mismo cielo coloreado tantas veces con lápicos «alpino» que cada año desde los párvulos te regalaban los reyes magos, cielo azul en el que Icaro cabalgaba tu cometa confiadamente, con la soberbia de quien se sabe

por encima de

de pronto precipitado al vacío, golpeado en la cabeza, en las rodillas, un brutal pinchazo en algún lugar de tu cerebro que en seguida designaría el talón de tu pie derecho como víctima, el acre sabor de la que no sabías era tu propia sangre manando de tu cabeza, discurriendo entre tus dientes, manchando escandalosamente tus manos y cuanto palparas, asustado, en seguida aterrado por tus propios gritos; algún tiempo debieron de tardar en escucharte porque estaba concluyendo la radionovela cuando tu padre te depositó, sangrante y convulso tú, sobre la mesa camilla tras haber desconectado de un manotazo el receptor de radio — alemán, marca «saba», conseguido de estraperlo en plena guerra civil— en el momento en que esparcía la musiquilla de un anuncio, «okal, okal, okal, el enemigo del dolor», creciente el dolor en tu cabeza y quemante desde el pie derecho del que, con una mueca de asco y de miedo, tu madre acababa de arrancar la tabla adherida al talón por una mohosa punta que estuvo estremeciendo tu memoria durante muchos años, la carrera al hospital en brazos de tu padre a trechos o de tu madre, los ojos de los transeúntes, palabras volando al pasar, «pobrecillo, parece un muertito», «parece que lo ha cogido un coche, van como locos», el encuentro con el párroco y las explicaciones de tu padre mientras te recogía de brazos de tu padre y un quemante trallazo por la columna te convulsionaba, «se ha caído por las escaleras de la azotea, padre, y se ha clavado una punta en el pie», el dolor desaparecido,

arrebatado por el sopor que se convirtió en placidez sólo rota por el estallido de la luz contra tus ojos, desnudo, boca arriba frente al punto luminoso inclemente, rostros extraños alrededor, deformes y tranquilos, un hombre, una mujer, una monja, sor Damiana, la reconocida al instante amiga de tus padres, había estado en Africa durante veinte años, en las misiones del Congo belga, una de las víctimas de aquellos negritos violadores que alguna idiota película airearía años más tarde y que tú mirarías con asco recordando a la pobre sor Damiana, historia que escuchaste a tu madre, no quedó embarazada, pero sí malherida, por eso la devolvieron a España, y allí estaba, jefa de la sala de orates, hablándote desde su olor a ropa blanca recién lavada y planchada, olor en seguida arrastrado por la invasión de una somnolencia amarga que relacionaste con el tacto helado de algo como una esponja sobre tus labios; cuando despertaste, la opresión en torno a la cabeza te obligó a descubrir que la tenías vendada, «pareces un moro con su turbante», te dijo tu padre un día y hubo de explicarte con ilustraciones de un viejo libro de historia, “era del abuelito, fíjate, de cuando estuvo en Africa de joven”, qué era un turbante y para qué se usaba y quiénes; el olor de sor Damiana te hizo saber que tu vientre estaba abultado y de él, casi desde el ombligo, salía un tubito transparente que reptaba hasta una botellita de líquido amarillento en las manos de la monja, lanzaste algunos gimoteos no porque te doliese sino porque te asustó el que hubiesen estado hurgando en tu barriga para sacarte aquella tripita tan parecida a las que manoseaba Faustino el tendero de la vecindad, el olor del café recién tostado, del pimiento molido y del bacalao empapando la habitación larga y oscura, de suelo de maderas y estanterías hasta el techo por las que Faustino trepaba con extraña agilidad para buscar un bote o una caja de cintas, dominante el tufo del café a causa del horno en que el señor Faustino lo tostaba junto con la cebada que lo sustituía o acompañaba; te seducía el molinillo del ultramarinos instalado en un extremo del mostrador, cerca del dosificador de aceite y del aparato para cortar el bacalao, la gran panzota del molinillo, la rueda, gigantesca para tus manos, del gastado manubrio de madera que aún conservaba restos de su color primero rojo, el chasquido oloroso de los granos de café en

el interior de aquellas panza cuya puertecilla te gustaba abrir y cerrar para conseguir un ruido denso y oscuro que originaba una vaharada de café, el barreño de tripas de cerdo que traía el señor Faustino una vez por semana en los meses de primavera y de verano, las horas de guardar cola para el suministro y el pánico a que llegase tu turno sin que tu madre se hubiera presentado con la cartilla del racionamiento y te enviaran al final de la cola y hubieras de soportar la descarga de cansina ira; se decía que el señor Faustino con lo que hacía dinero era con el estraperlo, y que la tienda de ultramarinos era sólo una tapadera; te gustaba el señor Faustino, te llamaba «cogenitos» porque un día trataste de explicarle que en casa teníais muchos cogenitos y que comían hierba y se hacían grandes y tenía muchos cogenitos la mamá cogenito, y te daba caramelos «tucán», un pájaro con el pico ancho como la cabeza, pero más largo, que está dibujado en las envueltas con trazos de colorines, las envueltas traían en el reverso una letra, si lograbas con ellas formar «Tucán, caramelos insuperables» conseguías un regalo, un balón de reglamento, unas botas de reglamento con auténticos tacos como las de verdad, una pluma estilográfica, un lote de productos «tucán» o un número para el sorteo de un viaje al circo Price de Madrid en las fiestas de navidad; el señor Faustino manoseaba tu extraña tripillita transparente y el rostro de sor Damiana parecía estarse mirando en los espejos deformantes de feria y sostenía en sus manos una calabaza desde la que se deslizaban lombrices de colores

(¡Con cuánta torturante modestia, amada mía, se quejaba Cervantes de no poseer dones de poeta! ¡Qué espejo en que mirarme aborrecible! ¿Cómo, en adelante, demandar un átomo de ti, amada mía?, ¿cómo estrellar contra ti la queja de tus desafectos?, ¿con qué justicia entonar el canto de mis males para ablandar un ápice tu dureza de marmol?, ¿hasta cuándo soportarás mi asedio, amada mía..? ¡Si me concedieses, al menos, esa brizna de tu mirada hacia mí para destruirme! Podría, amada mía, morir tranquilo con ese eco de luz de tu palabra...)

a Elisa la conocí en la firma de edición del que fue, no mi primer li-

bro, pues era el sexto escrito y el tercero publicado, sino el que debía abrirme al ancho mundo de los lectores; el que rompería las fronteras de las breves ediciones provincianas, alguna hecha por institución oficial que amontonaba en el cuarto de calderas los paquetes de ejemplares y que, de vez en vez, recordaba los fondos empleados y obsequiaba con cultura local a algún ilustre visitante. No voy a develar cómo logré colocar aquel libro; tampoco, qué juicios hube de escuchar y de quiénes, qué paternos recomendaciones soportar: lo uno y lo otro encaminado, como bien sé hoy y entonces sospechaba, a disimular los perfiles de un contrato leonino. Pero ¿qué podía hacer? Ni estaba tan seguro de mi libro tras años de haberlo parido, ni mi nombre me sustentaba, ni estaba dispuesto a continuar con la ya desesperada situación de años a la espera de editor, libro tras libro en el destierro del silencio (ruego me sea perdonada tal original metáfora), la acuciante necesidad de escribir reducida a la apresurada copula de fin de semana (vuelvo a solicitar perdón) con la diosa Literatura. El director de ediciones me había citado en su despacho capitalino a las doce y media, y recorría yo los alrededores del impersonal edificio de oficinas una hora antes. Me recibió amable, uniformado de ejecutivo que se viste en grandes almacenes o de aspirante a ministro tecnócrata entonces, la pipa apagada entre los dientes. Me tendió una mano con alianza de oro, incorporándose a medias detrás de su mesa, sospechosamente ordenada como para ser lugar de trabajo habitual; me señaló el sillón desgajado del tresillo de falsa piel blanca a mis espaldas y deslizó hacia mí, con gesto estudiado, una tabaquera dorada con el anagrama de la editorial grabado en la tapa. Me senté como se dice que lo hacen las visitas, en el borde, y hube de corregir el inestable equilibrio flexionando hacia atrás una pierna; sobre mis muslos, el portafolios, tan innecesario como tópico. Paso por alto los detalles del monólogo que siguió a estos preliminares; yo respondía con monosílabos y con algún gesto de filme americano, «¿qué me va usted a decir a mí que soy el autor?»; pulsó luego el interfono, que se oyó sonar agudo (de donde deduje que su

destino no se encontraba muy lejos) y, al «dígame, don Rosendo», tras un carraspeo, desplazó su cuerpo hacia el aparato y, mirándome, recitó con tono impersonal y condescendiente: «Tráigame para la firma el contrato de edición del señor...». Apenas unos segundos después, apareció Elisa. Mentiría si dijese que me quedé prendado de ella; ni joven ni vieja, esa edad indefinida de ciertas mujeres aparentaba; ropas tan normales que no las recuerdo; ni rubia, ni de ojos ardientes, ni de figura arrebatadora, ni de perfume embriagador (me pareció reconocer el tufo de un desodorante anunciado como íntimo para la mujer). Me miró Elisa sin desprecio ni admiración: lo anoto porque tales eran las dos posibilidades para un escritorillo provinciano que ha mirado mucho cine y leído muchas novelas de otros, y va a la capital del reino a firmar un contrato de edición, después de haber viajado en tercera, y que carece de medios para permitirse, al menos, una «noche cultural» en la urbe. Me miró Elisa —decía—, dejó sobre la mesa unos papeles y volvió a salir. Lo normal, películas aparte, hubiera sido que todo quedara allí; sonrisita amable a la salida y despedida del jefe quien, desempeñando su papel, se habría molestado en acompañarme hasta el límite de su despacho, ante la secretaria. Y, sin embargo, no sucedió así; o, mejor dicho, no sólo aconteció así. A las doce y cincuenta y dos minutos miraba yo hacia la cima del edificio, en medio de la acera concurrida, ruidosa e intimidadora para mí; me preguntaba de qué modo llenar el tiempo hasta casi doce horas más tarde en que tomaría el tren de regreso. Todas las posibilidades se presentaban ante mí con el escozor, secreto pero humillante, de haber de contar antes que nada con las reales condiciones económicas; y éstas eran incompatibles con la mayoría de las ofertas de la gran ciudad para un provinciano como yo. Pasear, mirar escaparates, ojear y hojear libros en las grandes (y, desde provincias, algo mitificadas) librerías, tomar una cerveza, comer del modo más digno (es decir, con la dignidad de hacerme creer que no elegiría en la carta del restaurante en función de los precios, sino del apetito), volver a pasear, localizar un cine de

sesión doble o combinar grandes almacenes con el cine... Cuando me disponía a incorporarme a la riada, Elisa apareció en la puerta del edificio; aunque la reconocí, no quise mostrarme provinciano o vulgar ligón (palabra cuya semántica siempre se me ha negado, pero en uso y, hasta cierto modo, precisa); me hice el distraído mientras la observaba de reojo y entreveía cómo ella me miraba directamente y se me acercaba; me saludó sonriente y amable; e improvisé el papel de intelectual despistado y en otro mundo por encima de tales trivialidades como un encuentro en plena acera de una mareante avenida capitalina con una simple secretaria; su gesto mientras yo me excusaba lo creí irónico; ella sí estaría, con toda probabilidad, de vuelta de ciertas cosas. Como todo esto ya lo convertí en literatura, paso por alto ciertos detalles. Debe de circular por ahí todavía una heroica edición provinciana de exigua tirada con pretensiones de tolerado progresismo, un relato mío que, con el título de *Elisa, vida mía* (ya sé, lo sé, que un famoso director hizo una película con idéntico título; supongo que ambos bebimos de la misma fuente y no voy a escandalizarme a estas alturas de que el mencionado no hubiese leído mi texto) y bajo el seudónimo de «Nemoroso», publiqué, con la observación de haber obtenido con él un accésit en no sé cuál concursillo literario progresista, con motivo del cual, por cierto, entrevi a César, de quien necesariamente hablaré en algún lugar de este... ¿relato? Pues, convertido en materia literaria mi encuentro con Elisa, no cabe aquí sino hacer literatura de solapa o algo similar a esos repugnantes extractos novelísticos a que tan dados son los norteamericanos. Mientras tomábamos un café (yo, solo, verdadero vicio mío entonces, compensación del recién abandonado, el tabaco; ella, con leche y con una tostada, «chico, a estas horas no resisto ya los ruidos del estómago», «pues yo nunca desayuno, incapaz soy de meter nada en el estómago a esas horas», «pues yo no sé cómo puedes trabajar... ¿en qué me has dicho que trabajas... lo menos... profesor de literatura...»; «Exactamente eso»; «me lo había parecido, no sé, por un cierto aire que tenéis...»; «eso se lo dirás a to-

dos»: sonrió de un modo que calificué entonces de «luminoso» y sigo sin hallar otro adjetivo mejor para aquella sonrisa empapada de sugerencias, como abierta a un abismo que insinuaba suavidad, calor, no incendio o pasión, lo que constantemente porque había comenzado a mirar su cuerpo y la turbación que me produjo alertó mis defensas... Hora es ya de cerrar el paréntesis), decía: mientras tomábamos un café, charlaba Elisa sobre su trabajo; en él llevaba casi diez años aunque con una interrupción de dos, los que duró la parte de un matrimonio que podía llamarse así, el resto hasta la nulidad una verdadera antología del machismo más eficaz. («Soy feminista, pero no de esas machorras que andan por ahí, rechazando sin más a los hombres, esas Amazonas, viragos y frustradas, reprimidas»; me llamó la atención la cultura que se desprendía de su conversación; supe que era licenciada en Historia; su ex marido, adjunto de Historia Antigua; «y no te imaginas lo bien que le va la especialidad»; sonrió tras un comentario que me hizo asentir en un acomplexado intento por estar a la altura de las circunstancias y vencer un amago de turbación ya persistente); su jefe tampoco estaba lejos de la misma estadística machista; era profesor en la Escuela de Periodismo, casado aunque separado de hecho, padre de tres hijos, escritor frustrado, licenciado en Políticas y Económicas, hijo de buena familia con dinero y algún titulillo menor, defensor de la original teoría según la que «todas las mujeres están buenas hasta que las consigues», periodista en ejercicio bajo seudónimo en un diario nacional («se comenta que alguno de esos editoriales que se publican en la cadena del Movimiento los escribe él»), cazador («se dice que alguna vez ha participado en cacerías de El Pardo, con "el Enano"»). Otro aspecto que ventee pronto en Elisa era su militancia política (de la que luego me cabrían pocas dudas, como supongo se verá aquí) e ideológica; en este punto fui menos directo, pero tuve claro desde los primeros intercambios que no estaban precisamente con el sistema; eran pequeños detalles, palabras, expresiones...; intuí que me estaba tanteando también en ese rastro y yo si fui explícito; «pues por tu li-

bro no lo hubiera sospechado, chico»; me llamaba «chico» hasta que le pedi que usara mi nombre de pila, aunque, más tarde, lo sustituiría por el de Nemoroso; «Es que no puedo pretender publicar algo en que se transparenten mis ideas, ¿no crees?»; «Tienes razón, y te advierto que al jefe le has dado el pego, ideológico, quiero decir...»; Elisa había leído mi original, una novelita de unas cuatrocientas páginas, y le había interesado; «Y ¿qué pasa con lo literario..?»; «Pues en ese sentido, bien, muy bien, me gusta, ¡tú tienes madera, chico!», engoló la voz y, con el cuchillo entre los dientes, emulo a su jefe: «Llegarás lejos, chico, aunque todavía estás verde; sigue nuestras orientaciones y verás cómo te convertimos en un verdadero novelista de talla... ¡Bienvenido a la cuadra de la editorial..!»; reimos los dos, yo, por primera vez, sin autocríticas ni complejos; éstos regresaron ante las miradas curiosas de nuestros compañeros de barra, gentes —me explicó Elisa, sin darles importancia, con un asomo de desprecio— que trabajan en las oficinas del edificio de la editorial; y así volvimos al jefe: católico practicante («al modo convencional más característico», que había borrado de su lista de confesables el sexto mandamiento, «dice que es una lata tener que estarse siempre confesando de lo mismo», bastaba una confesión general por Pascua o similar y no había que ir dando al cura detalles escabrosos), incluso había estado en un seminario («¿Y quién no en este país», pregunté; «Pero, ¿tú también?»; «Pues ¡claro! ¡como todos!»); podía ser definido con una fórmula muy en boga entonces en la capital, «un sinvergüenza encantador»; tanto, que Elisa había caído en sus redes («Los últimos meses de noviazgo fueron asfixiantes para mi, noviazgo tradicional de horarios fijos, lugares fijos para vernos, besos fijos, respeto a la futura esposa y madre de sus futuros hijos fijo... Yo no me atrevía a romper aquella relación, la historia vulgar, que tenía ya diez años de duración, casi desde nuestra infancia, en la preparatoria del Bachillerato nos conocimos, fijate, lo hicimos entero juntos, incluso la carrera, aunque yo perdí un curso, historias que no son del caso, y él enganchó desde cuarto con el departamento de Historia

Antigua, y allí se enchufó tras haber lamido no pocos traseros, ya sabes...; yo había entrado en familia en seguida, una familia estirada, de tradición universitaria, él, hijo de catedrático, matrícula asegurada, según el más rancio uso en nuestra universidad española... ¿cómo podía yo atreverme a romper todo el tinglado? claro que peor fue después, y menos mal que nunca llegué a caer en la tentación de dejarme hacer un hijo, sin que él lo supiera me tomaba la píldora, me la conseguía una amiga, hija de un farmacéutico, aguanté dos años de matrimonio convertida en una auténtica puta bendecida por la Iglesia católica, exclusivamente a su disposición, servicio permanente ¡como las funerarias! y mucho de funeral llegaba a tener aquello, ¡no te rías!, a cualquier hora tenía que estar dispuesta al salto del tigre, mañanas hubo en que se escapó de la Facultad, vivíamos cerca, porque le apetecía echar un polvo, perdona la expresión, chico, y encima era eyaculador precoz, con lo que ya te puedes imaginar cómo me dejaba, y ten en cuenta que yo sabía ya bien lo que era un hombre, porque mi jefe, eso sí hay que reconocerlo, se porta como un sujeto detalloso, se preocupa si sientes, si llegas... Perdona, chico, te estoy contando unas cosas...»). Llevábamos algo más de una hora charlando (varias oleadas de empleados característicos habían pasado ya a nuestro lado en la barra de la cafetería), y debo recurrir al tópico más gastado (y bien que lo siento, pues nunca he soportado la falta de originalidad expresiva, que es, por cierto, el castigo de los dioses a quienes pretenden ser originales) y decir que tuve la impresión de que Elisa y yo nos conocíamos desde mucho tiempo atrás; saltaba entre nosotros esa incontrolable corriente que surge a veces entre dos personas, sin justificación casi siempre (aunque en esta ocasión pudiera haberla: la secretaria capitalina simpática, culta, liberada, aunque entonces no era valor éste de muy alta cotización todavía, de hermoso cuerpo turbador; el escritorillo de provincias que llega con empuje, al menos intentando aparentarlo, joven, guapo... y prometedor), corriente que puede ser negativa, y tengo una abundante experiencia en esta clase de recha-

zos primarios, que siempre secundo —por cierto—, pues estoy convencido de que la indiferencia es el caldo de cultivo de esta colonia infesta de bacterias que llamamos humanos... Pero dejo tales reflexiones. Y vuelvo a omitir detalles. Aquel día comimos juntos; en un restaurante autoservicio («self sevice» rezaba el neon estridente a pleno sol) de una institución cultural, céntrico y con un insoportable tufo a película americana; recuerdo que mi aguzado sentido del ridículo, mi provinciano miedo a no saberme comportar en la gran urbe y, sobre todo, mi desconocimiento de la mecánica de tal tipo de establecimientos confeccionaron mi menú; y hube de aceptar, avergonzado, que la cajera (una mujer joven, bigotuda, con gafas oscuras de interminables cristales de miope, de manos pecosas y uñas rojas desconchadas, voz de flauta desafinada) cobrase a cada uno por separado; lo que me alivió pero no dejó de humillarme; aunque reconozco que, en tal lugar, ninguno de los viejos zorros de Hollywood hubiera podido montar una escena de seducción y conquista, a pesar de la obsesión gastronómica de los directores «yanquis» (seguramente compensación ante la imposibilidad de disponer de más explícitas fórmulas, amenazante todavía la repulsiva figura del cazador de brujas)... Si he hablado de seducción ha sido sin consciencia o, tal vez, arrastrado por la inevitable manía en mí de comparar la vida con el arte, en esta ocasión el llamado séptimo, para deducir sin dificultad qué poco tienen que ver lo uno —la vida— y lo otro —el arte—. Reconozco que, de modo impreciso, sin habérmelo formulado, había ya para entonces aceptado la posibilidad de que entre Elisa y yo creciese la relación nacida; la intuición, que para bien o para mal me funcionaba siempre y hasta extremos que he escuchado calificar de «femeninos», me decía que no debía huir, que estaba allí el camino de la reconstrucción... (Debería ahora explicar por qué digo tal cosa; pero la técnica del relato me aconseja como mejor recurso ponerlo en boca del personaje, a modo de correspondencia a cuanto la mujer ha contado sobre sí. Pero, en verdad, poco me importan el relato y sus posibles técnicas...). Aquella tarde, Elisa no

acudió a la editorial; el jefe nunca aparecía por el despacho a tales horas, había poco trabajo y tenía en ciernes Elisa una visita al dentista, excusa ésta esgrimida por teléfono para asegurar la ausencia de problemas. A la esperable pregunta, hecha como simple interrogación retórica por Elisa, propuso ir a su casa; confieso que el sobresalto me detuvo unos momentos, mas hacía tiempo que había yo diagnosticado sobre mí que ya era adulto, y lo que tal sugerencia me obliga a pensar (tal vez un exceso de secuencias filmicas, yo por entonces director de talante progre de un asimismo progre cineclub universitario provinciano) formaba parte de situaciones y comportamientos adultos; dije que sí; tras muchos minutos en el para mí aterrador «metro» (¿cómo iba a confesar a Elisa que sentía pánico, que despertaban mis tendencias claramente claustrofóbicas, y que me veía como blancanieves en un prostíbulo? justifiqué algo mi acobardada imagen aduciendo que el rancio y denso olor se había malenquistado con mi digestión), dos autobuses y una leve caminata, nos hallamos en una casa reveladora. Al igual que con Elisa, con aquel ámbito cerrado volvió a sucederme; «tal vez haya estado yo aquí antes, en otra reencarnación, porque tengo la impresión de conocer esto»; Elisa volvió a sonreír con aquel rostro de luminosidad que ya había yo experimentado horas antes; se metió en su habitación y aproveché para mirar el mundo que se respiraba; no eran sólo los carteles, clavados con chinchetas o enmarcados con cristal y grapas (Marx, Carlos; Marx, Groucho; Marsh, Mae, la actriz de *Intolerancia*, de Griffith: los tres rostros en fila y presididos por un rótulo rojo: «Yo soy marxista, ¿qué pasa?»; el Che, Neruda, Antonio Machado, «el Gernica», de Picasso; «Los fusilamientos», de Goya, León Felipe...), o los libros (en una inspección elemental descubrí la historia de Hugh Thomas, varias publicaciones de *Ruedo Ibérico*, una edición intacta de *El Capital*, una historia de España de Vicens-Vives, las poesías completas de Quevedo, una edición del *Quijote*, subrayada y anotada en márgenes, una biblia en edición francesa, obras de Gide, de Saint-Exupéry, de Maxence van der Meersch...),

era el aire que se respiraba allí; me disponía a ojear algunos discos (Piaff, Canciones de la Resistencia francesa, los Beatles...), cuando apareció Elisa; se había calzado unos pantalones americanos y metido una camiseta blanca en la que la palabra «way» comentaba el dibujo de un soldado brutalmente impactado por una bala; me pareció que los pechos de Elisa eran más voluminosos y sus caderas menos desarmónicas; el pelo recogido en una coleta despejaba su cara y le prestaba otro gesto... Vuelvo a omitir detalles y remito al mencionado relato, aunque advierto que allí deslicé ciertos escarceos eróticos entre Elisa y yo, que en realidad no sucedieron entonces; que entre nosotros circulaba una corriente, era meridiano para mí; pero ambos nos limitamos a constatarla, es probable que a la espera de que se agostase o se robusteciese; los dos debíamos de estar pensando que ya habría tiempo para algo serio; y sé que yo no era el tipo de sujeto con quien Elisa se acostase si le apetecía sin más complicaciones o lazos; remito también a tal relato para ciertas concreciones de nuestra charla, que duró casi cuatro horas; conversación allí sólo bosquejada pero, eso sí, fiel a la realidad; me permito citar una frase textual que recuerdo «...cuando se dijeron adiós en la estación casi desierta, el reloj destemplado daba las doce y cuarto de la noche; David miró su reloj: unos minutos de adelanto le hicieron intuir que su vida, en adelante, sólo tendría sentido compartida con Elisa». Parecerá raro que recuerde la cita, pero no puede negarse que tal acumulación de cursiladas no se olvida con facilidad, sobre todo si uno es su autor y tiene, agravado con la edad, un espíritu hipercrítico volcado hacia uno mismo, el único que merece la pena de la propia vida, a estas alturas, por cierto. Si recuerdo la despedida en la estación y las doce menos unos minutos; habíamos cenado algo en casa de Elisa, descorchado una botella de vino peleór. francés que ella guardaba para alguna ocasión que lo mereciera (era regalo de un amigo y compañero de luchas políticas, sobre el que Elisa, intuí, no se decidía a hablarme, aunque sus ojos acusaron algún contenido deseo de hacerlo), luego caminamos hasta el «metro» y nuevo paseo.

breve esta vez, hasta la estación. Insisto en advertir que tales datos han sido transformados en el referido texto, en aras de subrayar lo que entonces importaba, a saber, explicar qué hondura existía en la relación entre Elisa y David; y la sustancia era verdad, quizá algo mitificada cuando pergeñé el relato, más de un año después de lo que contare... Aquella despedida en la estación quedó muy fija en mí; porque, durante el viaje de vuelta a casa, rodé cien veces la secuencia a partir del entonces ejemplar «traveling» circular que Le-louch había utilizado, con admiración de los cinéfilos y orgasmo de los caligrafos de la escritura cinematográfica que asumíamos la tarea, tan idiota como inútil, de explicar el cine en aquellos tiempos; hube de concluir que la secuencia de la estación en *Un homme et une femme* resultaba insuperable y Elisa y yo estábamos lejos del guapo corredor y la exótica «script».

(¿Cómo encontrar, amada mía, algún resquicio de mi vida en que no estés? Si me abandono a ese cálido derramarse sin trabas del recuerdo, tú defines cada rastro. Amas tu si me abraso, me iluminas si busco, callas elocuente si me tallo en silencio, te conviertes en río si me inunda la vida, arrasas la mudez cuando persigo la palabra, esperas si en el muro algún temblor anuncia una brizna de luz... ¿Cómo escapar, amada mía, de tu asedio? Presentida antes de conocerte, deseada ya tras haberte sólo sabido existente)

«prietas las filas, recias, marciales nuestras escuadras van, cara al mañana que nos promete patria, justicia y paz» o pan, porque cada uno gritaba lo más aguda posible la última palabra, machacaba la sílaba, tú allí entre tus compañeros, empapados por el pesado olor picante del patio de recreo en la escuela, el hedor de orines desde las letrinas cercanas con inquietas puertas abatibles como las del «saloon» en las películas del oeste americano que os proyectaban cada quince días en el teatro escolar presidido por una colosal imagen pinturera de la patrona de la ciudad, plagadas



tor para que saquen en el periodico del magisterio esto porque es un cosa tan ejemplar»; nunca supiste cómo de pronto todo había quedado oscurecido por una viscosa luz rosa sobre tus ojos, una mano blanda y caliente tiraba de tus músculos hacia abajo, las piernas te parecieron de chicle muy masticado pero no pegajoso como si te fueras hundiendo blandamente, sólo una aguda punzada en algún lugar de tu cuerpo que más tarde descubrirías era la cabeza cuando al despertar palpaste las vendas que como turbante de moro la cubrían, y hubiste de interpretar tantos rostros frente a ti, el rostro de tu madre sobre todos, los surcos de las lágrimas sin lágrimas entonces, los surcos de otros cansancios, los demás rostros que no comprendías por qué miraban, que localización posible era la de aquel dolor, primero pensado en el costado porque lo relacionaste con la dificultad al respirar como si el aire fuera espeso y polvoriento, asociado luego con el zumbido barrenándote los oídos, y más tarde, tras el gesto delatador incontrolado de tu madre que dejara a medio camino la caricia lanzada hacia tu cabeza, supiste que se agazapaba allí en el centro mismo de la cabeza, «no te toques, hijo», y don Marceliano repetía su perorata asmática como si hablase sin pausas, igual que en las clases, inexplicable para ti cuanto ocurría a tu alrededor, sin respuesta la pregunta por qué te encontrabas en la cama de tus padres que conservaba la colcha de reflejos dorados siempre respetada y asociada con las solemnidades familiares o con la fiesta del *corpus christi* o con la enfermedad periódica de tu madre a la hora de la visita del médico, luego celosamente retirada y recluida en su destierro del armario de cuarteada luna en su puerta central, sin respuesta la pregunta por qué tantos rostros a tu alrededor, por qué desaparecían cuando volvías a sentirte blandamente huir, cálidamente flotar ya sin dolor alguno, sólo vagos rumores ininteligibles, por qué nunca pudiste saber cuánto tiempo más tarde una palabra primero se clavó en tu cerebro rasgando algo que parecía una cortina de sombras, se aliaba luego esa palabra con el zumbido que barrenaba en tus oídos, «prietas prietas prietas», y otra vez supiste de pronto, jamás lograste averiguar cuánto tiempo después de la primera, otra palabra quedó sin saber cómo o por qué adherida a la primera, pero consciente más tarde de en qué momento justo el gesto

congelado de tu madre comenzó a repetirse ante ti con tu madre ausente, y eran tus ojos los que proyectaban contra la penumbra de la habitación ya sin los reflejos dorados de la colcha ese rostro, otra palabra unida a la precedente, «prietas las filas prietas las filas prietas las filas», las palabras comenzaban a levantarse ante ti y, de pronto, cobraron música, mas no pudiste escucharte emitir sonidos porque te empaparon fugazmente con el sofocante y pegajoso calor húmedo, y el color garbanzo del guardapolvo un instante antes del rojo desgarrón que tiñó tus ojos, «prietas las filas», acaso fuera ese el momento en que tus manos descubrieron una posible asociación entre el turbante de vendas de tu cabeza, húmedo, no supiste que teñido de sangre hasta más tarde, y el dolor clavado en el centro mismo de tu cabeza, después, cuando de nuevo la voz de don Marceliano decía «un pequeño caído, un martirito de nuestra gloriosa cruzada nacional», sorprendiste la verdad de que entre aquellas palabras y el tacto sobre el turbante existía una evidente relación, «prietas las filas», palabras que fueron la quemadura de los labios sobre el borde de la taza, ésta el salto de otra palabra que llegó a ti con el olor acre del patio de recreo de la escuela bajo el calor húmedo y pegajoso, «recias recias recias», y fue así como repentinamente tal palabra insistía en asociarse con algún hueco de la memoria que, sin embargo, sabías ocupado ya por otras palabras idas o congeladas como la caricia muerta a medio camino de la mano de tu madre hacia tu cabeza, «prietas las filas recias», debiste de gritar al engastarlas porque alguien, no distinguías quién, acudió rápidamente supones y un olor fresco te humedeció los labios y los pómulos, «prietas las filas recias», después te contarían que delirabas y hablabas sin cesar e incluso llegaste a gritar como si cantaras pero muy desafinado, tú que siempre cantaste tan bien, niño de coro desde muy tierno, como si cantaras pero sin cantar, y fue don Marceliano quien descifró aquellas palabras «prietas las filas recias», te contaban más tarde que repetidas en una salmodia que al principio creyeron letanía o secuencia de difuntos, lo que hizo comprender cuando te lo contaron qué grave fuera tu estado y cómo habían llegado, sin confesárselo, a temer por tu vida, y fue tras uno de aquellos húmedos tactos de frescor oloroso cuando otra palabra se abrió paso produ-

ciéndote un escozor donde en otros instantes experimentabas la quemadura de un dolor afilado, «marciales marciales marciales», asociación que tiró de aquella laxitud que te sumía en un cálido líquido donde flotabas blandamente, «marciales recias filas las prietas», de pronto descubriste que el gesto de tu madre no aparecía ya ante tus ojos en su ausencia, que las palabras se convirtieron en sonidos aunque tardaste mucho en comprender que eran los de tu propia voz, más tarde te explicarían su obsesiva repetición primero, deletreada como salmodia luego, posteriormente casi entonada, de aquellas palabras «prietas las filas recias marciales», y de nuevo los reflejos dorados de la colcha junto a las palabras de don Marceliano, «un pequeño caído, sí señor, un martirito de nuestra gloriosa cruzada de liberación nacional»; si te extrañó el rostro del párroco, su tacto viscoso sobre las palmas de tus manos y sobre el pecho, y su bisbisear sobrecogedor para todos los rostros que rodeaban tu cama, los dibujos de los murales de la catequesis parroquial te revelaron que se trataba de la extremaunción, el santolío como decía la gente, pero sólo más tarde aquellos dibujos coloreados tuvieron sentido para ti, y no olvidarás aquel tacto grasiento y viscoso del dedo pulgar derecho del párroco sobre tus párpados, tus palmas, tu pecho, las palabras latinas no comprendidas pero sí asociadas con la memoria de las contestaciones del monaguillo a la santa misa, aquella respuesta al *orate, fratres* verdadero trabalenguas del que sólo era posible salir oscureciendo la voz y concluyendo con el sonoro «amén» que era el pie teatral dado al celebrante para que continuase con sus recitados, y los reflejos dorados de la colcha ya nunca omitidos como a la espera de algún acontecimiento, y los surcos otra vez con lágrimas en el rostro de tu madre, y otra vez de modo súbito una nueva palabra enganchada al bisbiseo del párroco, «escuadras escuadras escuadras», palabra a la que de forma natural secundó no supiste ni mucho o poco tiempo transcurrido otra, «nuestras», momento en que experimentaste esa revelación de la pieza que encaja en el rompecabezas con un roce de satisfacción o de victoria, «escuadras nuestras nuestras escuadras», y el olor del guardapolvo color garbanzo y el ácido de la almohadilla para borrar la pizarrita tras haber escupido sobre los escrito en ella con el pizarrin trajeron otra palabra. ha-

bias escrito cien veces «van se escribe con uve», «nuestras escuadras van», y es posible que fuese exactamente en el instante de comprender que aquel turbante estaba siendo removido con el áspero escozor que produce el arrancar una larga tira de piel o un puñado de pelos, y las palabras se unieron sumándose las ya sólo en apariencia olvidadas pero latentes, y te contaron que por primera vez hablaste con claridad, serenamente, «prietas las filas, recias, marciales nuestras escuadras van», y no volviste a recordarlas hasta que, años más tarde, hallaste aquel recorte de *El Magisterio Español*, «y al proceder a arriar al bandera de la Falange, el mástil se rompió con tan mala fortuna que una de sus partes cayó sobre el niño», se consignaba allí tu nombre completo, «hiriéndole gravemente en la cabeza, tanto que llegó a temerse seriamente por su vida en los primeros momentos. Su Excelencia el Jefe del Estado ha enviado al director de la agrupación escolar una emotiva carta en que felicita al pequeño héroe, digno —dice su Excelencia— de figurar en la gloriosa lista de los que dieron generosamente su vida por su Patria. Y he ahí un ejemplo a imitar por todos. ¡Arriba España!»; e ignoras si tu cabeza existe mas allá de este hueco de vacío por donde sientes entrar el aire que te perpetúa en la memoria con su olor a tierra mojada, revelación que aquel niño hiciera alguna vez  
Llueve.

(¿Recuerdas, amada mía, aquella historia que alguna vez escribí, patética y perpleja, del joven obsesionado con su cuerpo de atleta, soñando su vida el mundo de las conquistas deportivas..., aquejado desde su nacimiento de parálisis...? Sé que tema tan ajeno a mí no fue sino el producto destilado por mis elucubraciones sobre ti. ¡Qué terriblemente injusto, amada mía, ese cuerpo inmóvil, peor que muerto, albergando ese ansia de vida y de movimiento...! Aquel muchacho preguntaba sólo ¿por qué? y un brutal personajillo citaba con grosería, como en un aparte teatral, el viejo refrán («Dios da pan a quien tiene dientes») más hiriente aún. El muchacho concluía suicidándose... ¿Qué otra salida, amada mía, dónde un portillo

al menos por el que acceder a un átomo de sentido? Aquella historia, y hoy lo sé con estremecimiento, amada mía, no era sino la parábola de mis relaciones contigo: vivir sólo para amarte ¡y padecer esta amarga parálisis de tu indiferencia! ¡ay, amada mía! ¿Por qué no merecer, al menos, poder gustar el don de la inconsciencia, la insensibilidad de la piedra dura...?) La segunda vez que Elisa y yo nos encontramos sucedió casi tres meses más tarde; en algunas ocasiones habíamos hablado por teléfono, aunque no es verdad que intercambiásemos una correspondencia tan íntima y ardiente como dejó entrever en ese texto ya tantas veces citado. Si sospecho útil anotar que, lejos de disiparse las intuiciones, pues casi no eran más que eso, que nos habían unido más de lo que sospeché, se fortalecieron. Comencé a escribir una nueva novela, dejando aparte otra comenzada, una tentativa de teatro, y un libro de poemas, aparte de un estudio (cada vez más aburrido para mí) sobre el poeta que sería objeto de mi tesis doctoral (nunca terminada, por cierto): hube de admitir algo evidente: más que el hecho de la inminente aparición del libro, me estimulaba la simple existencia de Elisa; no es que ella me estimulase a seguir, o me halagase saber que este rastro de mí le impresionaba de modo especial o fuese para ella (como para mí lo era) mi perfil más sobresaliente y desdeable; Elisa nunca me habló de creación literaria, ni parecía darle especial importancia al hecho de que yo crease (yo si se la daba, y debo subrayar el exacto uso de la forma verbal). Cuando el libro estaba en la calle, hube de aceptar el tácito compromiso de hacer algunas presentaciones en la capital; es superfluo que explique mi resistencia, pues una cosa es hablar de la obra de los grandes ante los alumnos y otra balbucear algo sobre la propia dentro de una campaña de ventas. ¿Hay algo más injusto que el hecho de que se obligue a un creador a que hable de su propia obra? Sé bien que a los critiquillos les resulta cómodo, pues les permite (en el mejor de

los casos, el de los honrados y sinceros, que algunos debe de haber, no lo aseguro) una lecturilla superficial que, a veces, no va más allá de la solapa o de las palabras publicitarias del editor o las ingenuas y reveladoras del autor aún bisono en esas lides; y a ello, añadir lo que diga, como un oráculo, el santón de turno, que siempre suele existir, solicitado (y pagado, de muy diversas formas) por el editor. Y lo hubo en mi caso. El libro fue presentado por un sujeto a quien deseo no glorificar descubriendo aquí: catedrático universitario por méritos políticos, censor furibundo años atrás y decían que aún en secreto ejercicio, escritorzuelo (más que mediocre, propagandístico: cosa que comprobé años más tarde a raíz de una rabieta que se tradujo en crítica y de la que debí defenderme), promocionado por una editorial mantenida con los presupuestos del Estado, decían que inteligente (siempre lo he dudado y ya lo sospeché entonces; listillo, si acaso...), engolado y rimbombante en su retórica decimonónica de damas y señores de Ateneo, paternalista y... ¿Para qué añadir más? Estuve con Elisa en dos ocasiones durante los tres días escasos que permanecí en la capital del reino. La encontré desmejorada en su apariencia, y me produjo alarma íntima y temor a que se originara en mí la temida decepción por unas relaciones sobre las que había fantaseado y puede que incluso proyectado; me confesó Elisa encontrarse físicamente mal, «molestias y miserias de la mujer», dijo por toda explicación con aquella sonrisa luminosa que, en la palidez de su rostro, me evocó a una dama romántica. Tampoco su estado interior era excesivamente bueno. Cuando habíamos roto ya el hielo de la distancia (debe perdonarse imagen tal, comprensible, sin embargo, en quien entonces no pretendía ser original en la expresión literaria, sino testimonial dentro de los límites de la censura; en seguida se comprenderá por que digo lo dicho...), Elisa se desnudó (y ahora sí que la polisemia es recuento); aunque diré que su desnudez física no fue sino símbolo

de la Elisa sin rincones interiores que se me ofreció. Y, a pesar de lo que significó la gratificante relación sexual (en el límite justo de la pasión necesaria, en la frontera entre el arrobamiento y la rutina, revelador territorio entre el éxtasis y el asomo del desencanto...), no fue, sin embargo, lo más importante (por esa razón, en mi relato había situado cronológicamente nuestras relaciones sexuales en el primer encuentro, para destacar en este segundo nuestra cópula íntima, expresión desafortunada que usé entonces, y no desviar la atención del lector, que entonces me obsesionaba éste...). En ese texto engasté mentiras y verdades, en todo caso por mandato de la autocensura, sutil ejercicio a domicilio de la otra censura. Elisa habló de Victor, apenas un detalle no se refería a él, siempre mencionado, aludido, explicado o presupuesto. En los iniciales momentos, sobre todo tras nuestro primer encuentro genital, me sentí contrariado, descontrolado un instante; la reacción, supongo, del macho que copula con hembra ya cubierta por el amo del territorio; pero o me sobrepuse o Elisa consiguió situar de modo conveniente cada cosa en su vida. Desde poco tiempo después de haberme conocido, Elisa vivía con Victor, aquel testigo mudo que sospeché en nuestra primera conversación; compañero de militancia, alto responsable de una organizada trabazón de fuerzas antifranquistas teledirigidas por ciertos innombrables desde París, fichado por la grisapo y ex recluso de Carabanchel, experiencia ésta más aviso que condena del t.o.p.; me pareció Victor la perfecta imagen para una novela imposible de escribir o, cuando menos, de publicar, si uno era capaz de romper la mordaza de la autocensura. Victor había tenido que cambiar de guarida y la casa de Elisa fue la seleccionada porque aún no estaba en el punto de mira de la grisapo; Victor había sido uno de los amores más intensos y también más secretos de Elisa; codearse con él en reuniones clandestinas de objetivo peligroso no eran las cir-

cunstancias más favorables para desarrollar una matizada pasión amorosa; pero eso no hizo sino que ésta naciese y se afianzase: no fue ni difícil para Elisa ni precipitado, pues, entregarse al mítico César, quien, en un principio, acogió el regalo suplementario que se le brindaba con la clara conciencia de que no podía distraerse de su trabajo

(Debo advertir que a la altura de este momento consumo de nuevo mi copa. ¡A mi verdadera salud!)

del que dependía gran parte de la organización y la seguridad de no pocas personas; las horas para la intimidad habían sido pocas, más frecuente el arrebato súbito de él y la copula sudorosa y apresurada sobre el mostradorcillo de la cocina o contra la húmeda toalla de la ducha colgada tras la puerta del cuarto de baño o los límites del sofá demasiado ajado de reuniones o sueños fugaces; en muy pocas ocasiones la noche lenta, el encuentro moroso y complejo, el mutuo buceo, la unánime conquista... Descubrí en Elisa esa resignada tristeza de quien sabe que lo vivido y lo ideal no se confunden pero acepta que así han de ser las cosas y nada más puede esperarse de la vida: aunque, contra toda evidencia, ella lo seguía esperando. Víctor había abandonado a su mujer y a sus dos hijas, pero Elisa comprendía sin razonamiento que él nunca dejaría de pertenecer a aquellas mujeres («mis mujeres, mis mujercitas», repetía él sin tacto en algún arrebato preeyaculatorio incluyendo a Elisa, estremeciéndola por dentro); y, en estos momentos, acababa de abandonarla a ella; aunque no era esa ni la palabra ni la excusa, Elisa lo vivía como un abandono; sobre todo porque estaba a punto de confirmar la sospecha de estar embarazada de Víctor

y la tierra mojadada describe casi reptante un monstruoso dinosaurio minino a quien tus compañeros de recreo escolar de jueves por la tarde en el cercano parque zoológico intentan emborrachar haciéndole fumar la coli-

lla de un cigarro recién tirada, en tus oídos todavía la cantinela que consiguiera sacar de sus quicios al jardinero, «echa agua regador y tirate un pedo», y las carreras por los caminos sonoros de gravilla, y el sobresalto de las picaduras del agua, y la prueba irrefutable de haber sido tocado por el enemigo en las manchas húmedas sobre el guardapolvo, «tú estás muerto no vale estás muerto», y el repentino descubrimiento del monstruo no para ti, sino para ello, tú aleccionado ya por tu padre sobre la identidad del horrible dinosaurio que no otra cosa era sino un camaleón renqueante alguna vez examinado en el jardín de tu casa, tus compañeros empecinados tras la explicación de don Marceliano sobre el comportamiento y peculiaridades del animal en emborracharlo, lo que pareció coincidir con los propios deseos del monstruo, que aferraba con su bocaza membranosa la ya babosa colilla y en su ausencia lanzaba su lengua bifida como si la buscara; vendría luego la comprobación de aquello que hace del camaleón el animal político por antonomasia, como bromearías más tarde en el título del panfletillo aquel, es decir, su capacidad de cambiar el color para adaptarse a las circunstancias mejores de supervivencia, escuchas las voces admiradas de tus compañeros y te oyes a ti autosuficiente, «yo ya lo sabía en mi casa hay muchos y yo juego con ellos», ya desde niño tu tendencia a exagerar por mor del relato

(¿qué estás diciendo con el olor de tierra húmeda ilocalizable?)

a alguno de tus compañeros se le ocurrió la idea, llevaba escondido entre el guardapolvo un arco hecho con la varilla de un viejo paraguas, con las flechas de punta brillante, «mi hermano trabaja en un taller de motos y me las ha afilado, mira cómo pinchan»; el camaleón colgado por una pata desde la rama baja de un árbol, braceando y lanzando inútilmente su lengua, «mira, parece la lengua la alfombra que pone el cura en las bodas de los ricos», y el arco tensado y la primera flecha ya en el aire sin conseguir el blanco, y nuevo intento del propietario del arma a pesar de las protestas de quienes aguardaban turno para demostrar su puntería —tú, sólo espectador— y el disparo certero que atravesó al animal con un leve golpe sordo, y en seguida desatada la fiebre por agotar las flechas, la competen-

cia por alcanzar el objetivo más difícil, premio concedido a quien logró clavarla en el lugar exacto en que el cabecilla dogmatizó tenía el camaleón la pilila aunque sin las bolitas, «los camaleones tienen las bolas dentro y tres en vez de dos», todos asintieron aunque tú pensaste que tu padre nada te había dicho al respecto y tu compañero tal vez mentía, se afanaron atropellándose en arrancar las flechas del animal para reiniciar otro turno de disparos; sólo así podría haber tu madre comprendido por qué te empeñabas en llamar san camaleón a la imagen manida del san sebastián asae-teado por su homosexual jefe; no así el de tu padre, el director de la agrupación escolar que sería rebautizada con su nombre tras no pocos esfuerzos y cabildeos y «culos lamidos en las altas esferas», frase que recordabas aunque ignorases su sentido siquiera aproximado y la relación entre tu culo defecante y el repulsivo hedor del aliento del temido «don cerdito», tenía una hija y un hijo y una mujer gorda y enmascarada siempre tras una gruesa pátina de olor a polvos de arroz y coloretes grasientos en los labios y gotitas de sudor en la voluminosa papada, pero sobre todo y antes que nada tenía un refinido en el que vendía material escolar, por indiscutida decisión se había este convertido en el proveedor oficial y exclusivo del colegio, todo había de ser comprado allí, los cuadernos con el libro y la pluma imitando un airoso velero, la pizarra y los pizarrines duros y blandos, la regla y la escuadra y el cartabón, el lápiz y la goma y el pahillero, regalaba un secante con un grabado de *Blancanieve y los siete enanitos*, blancanito y los siete nanieves decías como prueba de veteranía en el colegio, la enciclopedia cada curso un poquito más gruesa, «chinchate, la mia es más gorda que la tuya», «claro, como tu ya has pasado a don Marceliano», «yo ya escribo con plumilla, te chinchas», «y yo antes que tú, para que veas, ¡so listo!», «pero yo no hago chapones ni me mancho los dedos como tú», «pero yo tengo un tintero que no se cae la tinta: chinchas, regaña», y la demostración ante los primero atónitos luego incrédulos ojos de tus compañeros, la prueba empírica de que el tintero de inusual forma de planeta Saturno mantenía sin derramarse la tinta aunque se volcase, cosa perfectamente fácil de entender una vez que tu padre te había mostrado la cámara interior en que la tinta se reclinaba si era volcado el artílu-

gio, lejos de dar a tus compañeros tan simple explicación los expoleabas para que probasen ellos, y tanto insististe que alguien estrelló contra la pared el planetilla y allí quedó durante meses desafiante el manchurrón de tinta; antes de comenzar a utilizar una plumilla nueva, bien fuese de corona o de pata de jamón que te recordaban las bayonetas francesas de los grabados del *Dos de mayo*, había de mantenerse entre los labios en contacto con la saliva durante un buen rato, práctica que nunca lograste razonar al igual que la de echar aliento al motorcillo de los aviones de papel: cada día el maestro reponía la tinta en el tintero de cada mesa, engastado al borde del pupitre y en forma de gorro del Felipe II de la enciclopedia o colocado en el centro de las mesas colectivas dentro de una peana de madera, en una botella de «anis del Mono» fabricaba el maestro la tinta con agua y una pastilla irisada y de olor a carbón de piedra o a cisco o tierrilla del brasero, ajustaba luego en el gollete un tapón provisto de una breve espita e iba rellenando los tinteros, rito diario cuyo aliciente era verse libre del imprevisto goterón en el trasiego, interpretado como signo negativo en relación con las calificaciones del día; comenzaba así el ejercicio cotidiano del cuaderno escolar, al que tu amabas y odiabas a la vez y del que sorbiste frustraciones y entusiasmos, más duraderas aquellas que los fugaces placeres de una página escrita merecedora del garabato aprobador del maestro, «para hacer la guerra a los cartagineses los romanos vinieron a España pero después que los vencieron se quedaron para conquistarla. Muchos años de lucha costó a los romanos apoderarse de nuestro suelo teniendo que venir el propio César a someter a los cántabros y astures quedando al fin convertida España en una provincia romana», los rótulos en cada página realizados dando dos cuadritos de grosor a las barras de la izquierda en cada letras y un simple trazo a los restantes elementos, «religión nuestra historia consigna del cuadillo lenguaje aritmética geometría ciencias geografía nacionalsindicalismo historia sagrada», los dibujos realizados primero a lápiz y reborrados hasta hacer casi transparente el papel, por el que luego la tinta se corriera emborronando el gesto del maestro, la rara suerte a veces de lograr a la primera los trazos queridos coloreados luego con los lápices de color marca “alpino” concienzudamente

afilados con el milagroso sacapuntas que la señorita Gertrudis administraba, instalado en un extremo del tablero siempre limpisimo de su mesita de secretaria-portera, el olor noble de los tirabuzones de madera, la rabia ante el troncharse de la mina en el momento de mayor concentración sobre el dibujo que ilustraría la página del cuaderno escolar de los deberes de clase, distinto del destinado a los deberes en casa, «nuestra revolución nacionalsindicalista, la que franco empezó el 18 de julio de 1936, arranca sobre la realidad del hombre. Hay que comenzar por dar a los españoles su condición de españoles. Ya lo dijo jose antonio, ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo. Y un orden nuevo necesita hombres nuevos. La patria para ser grande necesita españoles esforzados. Y esa es nuestra misión: hacernos merecedores de pertenecer a esta españa surgida de la gloriosa sangre de nuestros mayores», hubiste de repetirlo muchas veces por escrito y aprendértelo y recitarlo en clase, tu madre te ayudó a memorizarlo y lo lanzaste con tan entusiasmado coraje que don Marceliano debió de sospechar la burla, pero tú lo negaste siempre ante tu padre; «He aquí el corazón que tanto ha amado a los hombres, dijo Jesús mostrándole el suyo a santa margarita maria de alacoque. Y le hizo dos promesas en favor de todos cuantos le amen y le veneren, promesas que hechas por Dios han de cumplirse irremisiblemente. Contemonos entre los que aman y veneran al sagrado corazón de Jesús y gozaremos de sus beneficios»; la escala de olores clasificados desde el inconfundible de la clase de los meones hasta el de la secretaria y la dirección, el tufo de don cerdito a colonia confeccionada por su mujer, doña foca, con jazmin y no sabia tu padre detallar qué elementos más, todos ellos macerados en alcohol, que un día hubo de ir tu padre a comprarlo al otro extremo de la ciudad en la bicicleta y a punto estuvo de padecer algun percance porque se cayó al atravesar las vías del tren bodeguero por la ronda de don pedro ramirez; «Sansón fue uno de los jueces más notables de Israel. Tenia una fuerza prodigiosa y venció varias veces a sus enemigos. Habiendo estos conocido que la fuerza de Sansón procedia de su largo pelo se valieron del engaño de Dalila su legitima mujer y se lo cortaron haciéndole prisionero. Pasó el tiempo y le creció el pelo y con él las fuerzas. Y un dia que los fi-

listeos celebraban una gran fiesta en el templo y estaba lleno de gente entró Sansón y agarrando las columnas lo derribó diciendo muera Sansón y todos los filisteos, y cayó el templo muriendo todos los filisteos con él»

sospecha que según supe más tarde, se había confirmado cuando me la comunicaba. Em barazo que utilicé como elemento clave en ese relato, que vengo reviviendo, hasta donde era posible. Allí conté cómo la embarazada Elisa participaba en una manifestación y cómo una carga de la Policía la hacía caer y ser arrastrada por otros manifestantes; como consecuencia, se produce una hemorragia; al principio, nadie la ayuda porque todo el mundo está ocupado en huir de la grisapo desatada en porras; cuando logra ser socorrida, ha perdido mucha sangre, está muy debilitada y no quiere que la lleven a un hospital, pues tendrá que dar explicaciones y no está en disposición de hacerlo sin poner en peligro la trama; tampoco quiere ser atendida por un médico privado, pues teme, con razón, una llamada a la Policía; así pues, como en la mejor tradición del género, Elisa muere antes de que Victor, superando escrúpulos y añadiendo riesgos a su agitada vida, traiga un médico. Puede observarse que la grisapo no aparece implicada en esta muerte, o sólo hasta donde me permitió llegar mi escaldada experiencia con la censura, incluso alguna lima hubo de meter en el texto, demasiado explícito en su intención y, por tanto, en exceso arriesgado para el grupito de intelectuales provincianos que «juampalomeaban» (debe permitírseme el neologismo, por trivial que parezca es necesario) el proyecto editorial, afofonado en pocos meses, justamente los que hubieron de transcurrir para que tres de los seis magníficos ganasen sendas oposiciones... Detalles estos que poco importan, sin embargo, en el frío plano de lo objetivo. Continúo. En cuanto a la muerte de Elisa, que puede parecer, con razón, truculenta, recurso paupérrimo amén de romántico, sólo he de decir que fue cierta:

Elisa, a la que pude con sincera pasión llamar «Elisa, vida mía», corrió la misma suerte que la amada de «Nemoros»..., incluso muy cerca del final de Isabel Freire. Sin embargo, me importa revelar ciertos matices, aunque hacerlo vuelva a aparecer sobado recurso no exento de cierta demagogia. La muerte de Elisa ocurrió de otro modo.

Confirmado de modo inequívoco el embarazo y transcurrido algún tiempo sin que las relaciones con el líder se restablecieran más allá de vacuos asaltos de simple desahogo de acúmulos seminales, Elisa, incapaz de desenmarañar una decisión personal madura e inamovible al respecto de su estado, abordó a Víctor. Si en ese relato hubiera yo reflejado algo de la entrevista, apenas media línea se habría salvado de la censura; porque Elisa era una mujer fuerte y se encontró frente a un hombre derrumbado por el problema doméstico, cogido por sorpresa; la decepción de contemplar hundido y cobarde al semidiós, al gigante, al luchador político de acero, la enfureció; y salieron todas las reprimidas acusaciones, las podridas experiencias, las meditadas contradicciones; aturrido y lloroso quiso él hacer el sexo, pero Elisa lo rechazó; y reaccionó como si le hubieran clavado una aguja en los testículos: saltó de la cama y salió a medio vestir, trompicando con sus pantalones y avanzando a la pata coja para encajar un zapato, seguido de un portazo seco que derribó algunas cerámicas de su estantería. Elisa no volvió a verlo durante ignoro cuánto tiempo. Un sábado por la tarde, se presentó en casa, sonriente, recién afeitado y nimbado de loción varonil en boga, brillantes los dientes habitualmente amarillentos de nicotina. «Lo he arreglado todo para que vayas a abortar a Londres; el viernes que viene, a las diez, vas a esta dirección, allí se encargan de todo, no hay problemas»; Elisa iba a hablar cuando él ya estaba al otro lado de la puerta; lo miró luego desde el ventanal atravesar la calle corriendo y entrar en un «dos caballos» rojo conducido por una

mujer; partió el coche con la súbita y chirriante arrancada de filme burgués. Humillada y desencantada, confusa y herida, Elisa abortó; a su regreso, pocos días después, en una manifestación fue golpeada y detenida por la grisapo; su salida Londres había alertado a los guardianes del sistema, que venían siguiendo de tiempo atrás sus relaciones con Víctor, de quien pensaron era correa de transmisión con los líderes exteriores; así, estaban convencidos de que habían hallado el hilo por el que llegar al ovillo (perdóneseme de nuevo la ausencia de originalidad, esta vez sólo excusable como intento del narrador para estar a tono con la zafiedad de los custodios del orden establecido); la torturaron, sobre todo con los torpes refinamientos que dedicaban a las hembras, con especial enquina «en los lugares donde pecado había», como citó alguno de los presentes al espectáculo a quien motejaban «el intelectual» porque durante años había asistido a la universidad en calidad de infiltrado; llegaron a producirse a Elisa, amén de otras consecuencias apenas perceptibles a simple vista (sabido es que cuidaban, sobre todo con algunas mujeres, que no apareciesen huecos externos que algún mediquillo rojo pudiera certificar), una hemorragia uterina que les hizo temer con razón por su vida; hubieron de aceptar que «la tía tenía cojones» por no haber soltado prenda (¿qué prendas iba a soltar Elisa, militante de quinta fila, con acceso a menos información que la propia grisapo...?); decidieron llevarla a casa, ya inconsciente, sangrando con abundancia; allí lo prepararon todo para que encajase con el informe que se produciría después de haber descubierto la Policía que aquella mujer, seguramente desesperada por su estado de gestación fruto de ilícitas relaciones o sucias promiscuidades de los enemigos de España, había intentado abortar y suicidarse ingiriendo un lento veneno, muerte que se produciría por la primera causa: «la Policía, en una labor de comprobación rutinaria y vigilancia, etc.», rezaba la nota oficial que

publicaron los diarios de la capital del reino, para concluir que «...nada pudo hacerse por la infortunada salvo constatar su fallecimiento, que fue certificado por el médico forense una vez realizadas la diligencias legales oportunas». De Víctor apenas supe algo durante bastante tiempo. Identifiqué su firma en un artículo de una revista obrera clandestina titulado «El aborto como defraudación al colectivo»; en él decía que debía superarse la concepción judeocristiana y burguesa del aborto como crimen, y fundamentar su condena sin paliativos en el hecho de que, al no deberse a sí misma la pareja reproductora sino a la colectividad, no era lícito defraudar a ésta negándole unos brazos o un cerebro, imprescindibles para la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista... Llegada la democracia, el tal Víctor andaba subido al carro de los vencedores y, tras el tercer gobierno socialista, a menos de un decenio del año dos mil, anda medrando

(Elisa, vida mía, sólo lamento que el único testimonio verdadero de tu muerte tenga este destino. Muchas veces he temblado de asco y de rabia al saber que comparto esta memoria con tus verdugos. Mas ahora otros muy diferentes son los temblores que me agitan, otra la ya irrenunciable pasión que me anega... Tú al menos, Elisa, vida mía, has de entender por qué mi decisión: por qué apuro esta copa, la tercera para mi verdadera salud. ¡Elisa, vida mía! ¡A mi verdadera salud!)

las cochinillas tenían la fantástica facultad de convertirse en inconsútiles bolitas pardas al percibir algún tacto extraño, idéntica a la forma como el caracol escondía sus cuernecillos al más leve contacto enemigo, como la tortuga «pirracas» a cuya bocaza bastaba acercar un dedo para que bruscamente ocultase la cabeza entre los babosos pliegues de piel que años más tarde asociarías con el prepucio de los primeros ardiente tocamientos pecaminosos solitarios, como las lagartijas, cuyo rabo contemplaste tan milagrosamente danzar desprendido del cuerpo tras el heroico certero tajo

con tu amocafre; a diferencia de las graciosas mariquitas de Dios, que al conjuro mágico de la cantinela recorrían todos los dedos de tu mano antes de saltar con sus casi improvisadas alillas, a diferencia también de los gazapos, que podías acunar en el hueco de tus piernas en forma de corralina sentado sobre los sacos vacíos en que a diario traían la hierba para alimentarlos, un día viste parir a «matilde, la coneja madre», no dejaba de mover sus hocicos mientras los gazapines salían de entre sus patas traseras como obligados por unos carrillos hichados que expeliesen pipas de sandía, te llenabas la boca con las pipas negras y oprimías con tus puños la cara abotargada hasta que salían por el túnel de los labios abocinados, colo de semillas para los parterres del aire, ¿pensaste tú alguna vez tal cursilada o fueron palabras de don Marceliano?, te sorprendió tu madre en la contemplación y te arrancó violentamente de junto a la jaula de los conejos, el olor ácido que no has vuelto a encontrar en situaciones en que si debiera producirse, a pesar de haber intentado ridículamente percibirlo, sobreponiéndote al horror que te trae el recuerdo como una cáustica rociada de estremecimientos ante la figura de tu madre desollando sin lágrimas a «roberto, el conejo loco», aunque ella asegurase que no era él, sino alguien muy parecido, «todos los cogenitos se parecen, hijo», te negaste desde entonces a comerlos, llegabas a experimentar aquellos mareos que saltaban en algunas ocasiones desde el vértigo con que todo vacilaba ante tus ojos, irresistible aquel olor dulzón a zanahoria y vino y cebolla e hierbas aromáticas con que tu madre cocinaba siempre a «roberto, el conejo loco», siempre él reptando por la fuente humeante en la mesa, colgado en la tienda de Faustino sangrante aún, en la ganderinguería, «son pataletas de niño, no hay que hacerle caso», en todas partes ya «roberto, el conejo loco» pero nunca en la jaula «villa matilde» a partir de entonces, todos idénticos como quería tu madre pero ninguno él; te sorprendió tu madre en expectación y te alejó con dulzura de la jaula, «ven hijo, a matilde no le gusta que la miren cuando está dando a luz», «¿qué es dar a luz, mamá?», «tener gazapines, hijo», «¿por qué tiene tantos, mamá, dos manos lo menos», «pues porque así lo ha hecho la naturaleza, hijo»; te sorprendió tu madre en la contemplación y sentiste primero el cachete en las nalgas con

la ardiente zapatilla, el manotazo sobre la cabeza después, «los niños no miran esas cochinas», «¿por qué son cochinas, mamá? matilde es una coneja»; te sorprendió tu madre en expectación, «los niños no deben mirar eso», «¿por qué no? si es matilde», «pues porque no y basta», «¿por qué tiene tantos hijitos Matilde, mamá?», «porque Dios así lo quiere, hijo»; te sorprendió tu madre en contemplación de tu sexo, instantes antes flácido y en seguida erguido y sonrosado, apenas como el dedo más grande de tu mano que sirvió de regla para su medida, regocijante el chorro amarillento trasparente que subió casi hasta tu rostro inclinado, surtidor convertido en emulación de la manguera con que tu madre regara los parterres durante los atardeceres de primavera y verano, contrariado ahora su rostro apenas con el asomo de una fatigada recriminación, pero chorro dirigido hacia la cueva del grillo celestino que se empeñaba en no salir, acaso porque adivinase que le aguardaba la flamante jaula que te había regalado no recuerdas quién para convertirlo en tu cantor; pero «el grillo celestino» sólo acudía al conjuro secreto de las páginas del libro de cuentos y te negarías más tarde a admitir que aquel repugnante bicho negro que avanzaba nerviosamente con una torpeza indigna de «el grillo celestino» o de «pepito grillo», el amigo de Alicia, fuese lo que tú, ya en deflación tu sexo tras la rociada, esperabas ver salir por aquel agujero apenas un punto de sombra; a diferencia de las libélulas, siempre perseguidas y muy escasas veces cazadas a pesar de los astutos procedimientos, regar intensamente una zona a pleno sol de los caminitos de cemento entre los parterres, clavar pequeñas estaquitas de caña sobre media patata que sirviera de base firme, esconderte y aguardar a que merodeasen primero y se acercaran confiadas después y más tarde se posasen las maravillosas libélulas, era el momento en que debías levantarte con cautela, lanzar el brazo dotado de la pinza impaciente de los dedos pulgar e índice, contener la respiración y procurar asir a la desprevenida libélula, pero algo siempre, nunca supiste qué, delataba tu presencia y la mirabas volar, inmaterial casi tornasolada contra la viva llamarada del sol; a veces acudían las avispas y corrías olvidado de las libélulas bruscamente, sabías bien que cuando un avispero pretende ser convertido en propiedad humana se produce la venganza y de

nada sirve los emplastos de barro improvisado con saliva o los fomentos con amoniaco o las palabras consoladoras de tu padre ni sus documentadas explicaciones sobre cómo construyen sus nidos y se juntan machos y hembras y obreras, avispas éstas que no pueden tener avispidas y sólo sirven para trabajar, y cómo en invierno mueren todas las avispas menos las que pueden tener avispidas y al llegar la primavera ponen un huevecito en cada celdilla del avispero y nacen en primer lugar las obreras, que le ayudan a la avispa madre a hacer mejor el nido y cuidarlo para que nazcan más cómodas en otoño las avispas macho, quienes antes de morir se juntan con las hembras para que después de pasar el invierno puedan tener más avispidas, y así, con frecuencia, has soñado con aquel avispero de la parra grande que sombreaba la puerta de la cocina igual que en la casa del señor Manolo y la señora Teresa, los padres de Teresina, desnuda por la calle, pero en el no avispas sino rostros nunca conocidos ni reconocidos, acaso porque todavía no han aparecido en tu vida y vas cualquier día a tropezarte con ellos; cosa bien distinta a lo que sucedía con las gallinas, asustadizas siempre, incapaces de comprender una vez al menos que sólo pretendías acariciarlas como a los gazapos o a «matilde, la coneja madre», o a la tortuga «pirracas», siempre que te limitases a posar tu manecita sobre su caparazón rugoso, o al perro «cantinflas», a quien amamanaste con una botella de «calcigenol efedrina, del doctor pinard», que tu padre había adaptado con la goma de un desahuciado chupete al que hubiste de renunciar, no sin heroísmo; «el señor paco el viruta», construyó la casita para «cantinflas»; el señor paco «el viruta» era un anciano enjuto y de rala melena cana que partía de media cabeza y se perdía por el cuello de la camisa, siempre de cuadritos de colores, bajo el mono de peto abolsillado donde llevaba sus gafitas de montura de alambre guardadas en un cofrecito metálico y el ancho y oloroso lápiz de carpintero y una libretita de pastas de hule manoseada donde apuntaba con meticulosidad los encargos, colocaba las gafas ante sus ojillos reliando con los dedos las patillas elásticas tras las orejas, siempre cerraba los ojos cuando se quitaba o se ponía las lentes, el señor paco «el viruta» había trabajado siempre como carpintero y a sus ochenta y tantos años no se resignaba a dejar el

oficio. «ya tendré tiempo de holgazanear en la otra vida, digo yo», y conservaba el pequeño taller y atendía las cotidianas chapuzas del vecindario, muchas tardes te dejaban ir a su leonera, como la llamaba tu madre, y respirabas allí el olor noble y limpio de la madera recién cortada o cepillada con morosidad, te enterrabas en el depósito de serrín de la sierra eléctrica, que ya nunca funcionaba, y soñabas con la nieve, de la que tu padre te hablaba en tantos cuentos lejanos, o nadabas en el mar de simbad el marino o de ulises, aquel famoso guerrero cuya historia había sido contada por un poeta ciego. «y, ¿cómo sabía cómo era el mar y todo siendo ciego?», «se lo imaginaba, hijo, no hace falta ver las cosas con los ojos, lo mismo que tú ves cuando yo te cuento las cosas de los cuentos y las historias», o eras aquel señor de extraño hombre que podía convertir en oro todo lo que tocara, pero se murió de hambre porque el oro no se puede comer, y lanzabas puñados de serrín que caía sobre ti embadurnándote mientras «el señor paco el viruta» se contaba a sí mismo recuerdos de novias y de guerras antiguas con una leve voz armoniosa; asististe, paso a paso, a la construcción de «villa cantinflas», incluso ayudaste a pintar las paredes; desde entonces el olor de la pintura te descarrila por dentro alguna desazón que no es sólo física, no así el rótulo en purpurina dorada que fue obra exclusiva de «el señor paco el viruta»; «cantinflas» demostró instintos criminales, eso decía tu padre, y no le quitaba razón tu madre, aunque tú no entendías bien qué quería decir, salvo que «cantinflas» destrozaba las patas de las sillas y los flecos de las colchas y se aferraba a la vuelta en los pantalones de tu padre o desgarraba la piel con sus dienteillos dolorosos y afilados, decidieron por eso encadenarlo a «villa cantinflas», mas tiraba con tal fuerza que desplazaba su casita y optaron entonces por sujetarla con unos clavos sobre el cemento del suelo, junto al lavadero, y «cantinflas» lloraba con tal convincente estilo que llorabas con él, aun reconociendo entre pucheros que no te dolía nada, sólo que te daba pena del pobre «cantinflas», un día no pudiste aguantar el nudo en la garganta y lo soltaste, lo viste correr desagradecido hacia el fondo del jardín, y, en seguida, un revuelo de gallinas anunció el espectáculo; cuando acudió tu madre, «cantinflas» había matado a cinco de ellas, yacían lacias y sanguinolentas con las cabe-

zas destrozadas; a «cantinflas» se lo llevaron metido en un saco, su última mirada tras haber destrozado la mano que intentó someterlo en vano fue para ti, triste.



## II



Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

Sé que corro no leves riesgos: ser con violencia silenciado; o, lo que es más amargo, ser escuchado con la falsa benevolencia compasiva de quien atiende al desgraciado o al loco; o, incluso, provocar la reacción contra lo que pudiera yo sugerir, actitud que he muchas veces encontrado en los mediocres; o, más todavía, ser tenido en cuenta y originar con ello el fracaso de un proyecto que... Dispongo de muy pocas razones para prolongar este exordio a mis sugerencias. Helas aquí. Entiéndanse sólo como tales, no como intento de confeccionar un guión cuya técnica (que sé fácil y pura rutina en su mecánica) ignoro por expresa voluntad, actitud mantenida de rechazo ante las habituales depredaciones en casos similares al presente... Plano uno: Contrapicado, cámara en el suelo (vista de gusano) desde un metro aproximadamente del lateral izquierdo de la mesa en que el personaje escribe a máquina; el enfoque debe ofrecer en primer término, nitida, la copa mediada del brebaje ya presentado en los créditos y de la que repetidas veces ha bebido; en segundo término, el rostro del personaje, destellos en los aros de las gafas; se in-

sinúa cansancio profundo, barba de dos días, ojeras marcadas tras los cristales, el pelo revuelto; se percibe el movimiento de los brazos sobre el teclado de la máquina; en la banda sonora, ruido de tecleo. Plano dos: Mismo ángulo, desenfoca la copa en primer plano y enfoca rostro del personaje; deben percibirse con nitidez la barba de días en un rostro que acusa cansancio, las subrayadas ojeras, el trasudor por la frente y en las sienes; en la banda sonora, tecleo, que deja de escucharse; en campo aparecen las manos del personajes; quitan las gafas y la izquierda las sostiene (se supone el codo apoyado en la mesa), mientras la derecha aprieta pulgar e índice sobre los ojos con gesto explícito de fatiga; la misma mano queda, por fin, como sostén de la cabeza, apoyada la frente sobre la palma; en banda sonora, silencio. Plano tres: Traveling vertical de la cámara, hasta colocarse a la altura del folio que sobresale del carro de la máquina; el rostro del personaje aparece por encima de éste a la altura de los labios; banda sonora, tema musical en versión de guitarra, a partir de la indicación «A-2», reexposición del tema en «adagio». Plano cuatro: La cámara inicia un traveling horizontal desplazándose hacia la izquierda, de modo que rodea la mesa hasta quedar a la espalda del personaje, inmóvil éste y en la misma actitud del plano dos; banda sonora, sigue tema. Plano cinco: Plano de conjunto de la habitación en que trabaja el personaje; la iluminación debe resaltar ciertos objetos presentes, como el teléfono descolgado en el suelo junto a la mesa, la champanera en que se encuentra la mezcla preparada por el personaje (vde. créditos), libros y originales por la mesa y el suelo, folios manuscritos y a máquina esparcidos en torno a la mesa, el sofá, etc.; banda sonora, sigue tema musical. Plano seis: la cámara se acerca a partir del anterior hasta encuadrar al personaje en plano medio; quedan así los hombros en primer término y, desdibujadas, la mesa y la máquina; destaca la copa; el personaje vuelve a colocarse las gafas, duda un instante y luego tira del folio metido en el carro con la mano derecha, mientras con la izquierda toca levemente la copa, como acariciándola; se supone que sus ojos

se dirigen a ella; banda sonora, sigue tema. Plano siete: La cámara se desplaza de modo que encuadre por encima del hombro izquierdo del personaje, quien introduce un folio blanco, con la derecha lo sujeta y con la izquierda acciona el carro de la máquina; lo centra; apoya ambos codos sobre la mesa, une las manos y apoya sobre ella los labios; banda sonora, funde en silencio el tema que venía sonando. Plano ocho: Inserto, gran primer plano del punto de la máquina en que golpean las teclas; estas comienzan a saltar y puede leerse con nitidez lo que el personaje va escribiendo: «Sé que corro no leves riesgos: ser con violencia silenciado: o, lo que es más amargo, ser escuchado con la falsa benevolencia compasiva»; en la banda sonora, ruido de tecleo; éste cesa al mismo tiempo que la leyenda, que funde en gris con plano siguiente. Plano nueve: Abre campo mientras la cámara se desplaza horizontalmente hasta quedar en plano americano del personaje semilateral, de modo que se encuadren el busto y el perfil de la cabeza y la mesa; el personaje toma con la mano izquierda la copa, la lleva a los labios y bebe; en el rostro, un gesto de placer y de repugnancia a la vez; interesa que la luz destaque los contrastes formados por la explícita gesticulación del personaje; este deja la copa tras un largo trago; en banda sonora, comienza a escucharse el tecleo de la máquina; las manos del personaje vuelven a la postura descrita en el plano siete; encadenado con el siguiente plano. Plano diez: Plano general de lo que puede verse en una noche clara a través de la ventana que existe en la pared a la izquierda del personaje; en la banda sonora, ruido del tecleo pasa a fondo y queda en primer plano voz en off, la del personaje:

«¡Con qué esfuerzo, amada mía, huyo de ti buscándote donde sé que no estarás nunca, ese tiempo, amada mía, en que no habías aún pervertido la inocente mirada del niño con éste deseo de ti, insatisfecho por tu empeño helado de no acogerme, destructor deseo de ti,

que alimenta mi vida con la cáustica evidencia de que jamás alcanzará el único sentido (x), no amarte, amada mía, sino ser por ti amado...».

A partir de signo (X), en la banda sonora va destacando el tema musical, y va imponiéndose a la voz en off hasta que ésta es extinguida, y sólo permanece música y ruido del

tecleo. Plano once: La panorámica nocturna desde la ventana encadena con una diurna del mismo lugar; un largo paseo entre sauces a través de cuya frondosidad el sol dibuja un entramado de luces y sombras; desde el fondo corre hacia la cámara un niño; a media distancia, cae violentamente; un rayo de luz hace restallar el cuadro, instante en que irrumpe en la banda sonora el tema dos, versión de cuerda y percusión, desde la indicación «B-I», «scherzzo»; encadenado con plano siguiente. Plano doce: Sobre la imagen congelada de la figura del niño caído, sobreimpresión de gran primer plano (vde. plano ocho) en el que se puede ir leyendo a medida que se produce la escritura; en banda sonora, tema indicado al que se sobrepone sin apagarlo ruido de tecleo: «Huir de ti, amada mía, encontrar aquellos espacio y tiempo en que no existías para mí, es la coartada única para esta inmolación de lo que, con tan poca propiedad, llamo aún mi vida...»; se detiene la escritura y funde el plano con flash back, que se inicia partiendo del niño caído y, mediante apertura a plano general, llegando al encuadre del plano once ya descrito.

Haber respondido «por necesidad» a una pregunta tan patética e impúdica como «¿por qué escribes?» fue el punto de partida de nuestra relación. César, inmutado, al otro lado del micrófono suspendido sobre la mesa del pequeño estudio radiofónico, hizo un gesto con ambos brazos, como de torero que re-

cibe la que cree merecida ovación, y sonrió. «Sí, eso ya lo sé. Pero ¿además...?»; hizo una pausa y me indicó que no hablase: «Quiero una respuesta corriente, para el hombre de la calle que pueda leer tus libros, no un tratado de metafísica sobre la razón última de la Literatura... ¡Puaf! ¡Corta, Rafa, empezamos a grabar otra vez!». El controlador, aureolado tras el cristal por el humo de su cigarrillo, detuvo la grabación, rebobinó e hizo gestos a César para que atendiese; se escuchó su voz por el intercomunicador. «Seguimos donde tú preguntas ¿por qué escribes?, ¿vale?». César le dictó con una mano que esperase. «Perdona el corte, pero con esa respuesta tuya no vamos a ninguna parte»; «¿Es que hay censura en la emisora?», repuse en un presupuesto aire de broma; «Para respuestas de esa índole, sí... En serio, es que quiero que lo expliques un poco para el hombre de la calle que sólo conoce de lejos a los grandes escritores, famosos vivos o muertos, que han vivido o viven de la pluma, ¿entiendes?»; «Creo que sí, pero me temo que pueda decirte poco nuevo; si quieres, variaciones sobre el mismo tema»; «Bueno, pues eso me vale». César pidió micro y, cuando se encendió el piloto rojo del intercomunicador del control, encaró el cristal, «Vamos a ver, Rafa, vamos a seguir donde acaba la respuesta a la pregunta anterior, antes de ¿Por qué escribes?... ¿vale?»; el controlador dijo que sí con la cabeza; el piloto rojo se hizo intermitente y quedó encendido; in-donde acaba la respuesta a la pregunta anterior, antes de ¿Por qué escribes?... ¿vale?»; el controlador dijo que sí con la cabeza; el piloto rojo se hizo intermitente y quedó encendido; inmediatamente la cinta comenzó a rodar, reflejado su movimiento en el cristal de separación del estudio. Poco importa ahora repetir qué respuesta di entonces; en algún lugar que solía denominar «pedantoteca» puede hallarse la grabación, junto con otras y con recortes de periódicos o revistas con críticas, entrevistas o colaboraciones mías. Si tengo muy cercanas

unas palabras que creo recordar textuales; a su pregunta «¿Dónde te situas tú en nuestra literatura?» le respondí, creo, repito, que en estos términos: «A este respecto mi intuición, más bien que sentimiento, es la de estar en la gran explanada del castillo a la espera de alcanzar el mérito de ser recibido por la dama, esto es, la Literatura». César había comenzado a sonreír y marcaba un gesto de silbido admirativo mientras sacudía paródico la mano derecha. «Te sientes, entonces, como un trovador... ¿No es un poco arcaica la imagen?»; inmovilizó la sonrisa aguardando mi salida, pero permanecí en silencio. César salió airoso del atolladero como si se tratase de un directo, y hablamos de la novela mía que acababa de publicarse, la segunda tras aquella a la que... ¿Lo he contado ya o sólo proyecté hacerlo...? Es lo mismo, y tampoco merece la pena comprobarlo. Si algo permanece impreso en mi memoria escocida de esta nueva aparición en el mercado editorial (aparte del contrato, otra vez leonino, el no haber cobrado apenas tres perras gordas de la anterior, haberme decepcionado ante la inexistencia de especiales emociones por ver un libro mío en los circuitos normales de distribución lejos de las ediciones provinciales autosufragadas..., aparte de otras trescientas cosas) fue la lucha que hube de mantener con el bendito departamento de publicidad y promoción, del cual dependía la realización de solapas y contraportada, amén de las consabidas notas para libreros y críticos. Guardo varios de los bocetos, que buscaría ahora si mereciese la pena el menguado trabajo de hurgar en el cartapacio correspondiente en la estantería a mis espaldas. Si citaré uno de los que se llegaron a publicar: «En esta novela de un joven autor, ya más que promesa, asistimos al debatirse de un escritor relegado en una universitaria capital de provincias entre su compromiso y la mordaza. Una cruda denuncia a la vez que un lucido análisis sobre el lugar que la literatura tiene en la conformación de nuestra

sociedad». César me observaba mientras el controlista manipulaba en la consola tras haber efectuado una nueva parada en la grabación; reemprendida ésta, reencontró el hilo. «¿Y no has tenido problemas por esta novela, personas que se hayan sentido aludidas...?»; debí responder, entre mosqueado y resentido, que no. «¿Piensas, entonces, que nuestra sociedad se vuelve tolerante, admite la crítica?». En estos momentos suele decirse algo así como «Hubiera asesinado allí mismo a aquel cretino, fulminado con la mirada...»; pues bien, hubiera amorozado allí mismo a César. Me vi obligado a suavizar la verdad neta: apenas si me habían leído los amigos, aunque dos o tres críticos me habían tratado bien. «Creo que, en efecto, nuestra sociedad va madurando, qué duda cabe...». César me guiñó y volvió a darme motivos para el tópico del asesinato oportuno: me pidió que le contase un poco la novela. Recuerdo que la entrevista concluía con una crítica, serena, seria y para mí halagadora no porque hablase bien de mi y de mis posibilidades, sino porque respondía a una lectura atenta e interesada. Se lo comentaba a la salida del estudio de la emisora: «Es lo menos que se puede hacer por un colega»; lo dijo con un gesto entre tímido y guasón: «¿Colegas?»; «¡Claro! Aunque sea inmodestia, también escribo». Supongo que la historia estará plagada de encuentro como este, que no han sido, sin embargo, consignados en sus anales, demasiado ocupados con los genios y desposados de la diosa. Por eso, debo tomarme la molestia de hacer constar aquí, sin solemnidad, que encontré (solicito perdón y una no malévolamente exégesis de la frase:) un alma gemela, lo que pude comprobar a lo largo de varias horas de charla en algún lugar que ahora me concedo la gracia de no recordar. César se hallaba en un momento de lo que él llamaba —buen lector en su tiempo de los ascetas y místicos hispanos— sequedad o aridez, «noche oscura del alma», decía citando a su poeta preferido; había César publicado varios libros

de poemas, en pésimas ediciones que le costaban dinero y de las que escasos ejemplares se vendían, la mayor parte regalada a amigos, críticos, o llevada a las librerías en depósito y nunca luego reclamado su importe por un comprensible y humillante sentimiento de vergüenza; las críticas recibidas, nunca entusiastas, habían sido buenas y algunas de origen fiable; jamás había sido incluido en alguna de las numerosas antologías, ni local, regional o nacional, a pesar de que objetivamente debía figurar en la mayoría de ellas, lo que puedo hoy decir con sobrada razón... Me confesaba César que, en muchas ocasiones, había tomado la decisión, pretendida drástica, dolorosa y amarga por no ser voluntaria en su origen primero, de abandonar la escritura; lo cumplía durante meses, pero había de volver, le aquejaba una especie de síndrome de abstinencia que se pudría, poco a poco, en su ánimo; incapaz de soportarse, progresivamente irreconciliado con su piel, debía volver a buscarse o perderse, o ambas cosas a la vez, en la creación. Hablamos, apasionado él, escéptico en la superficie yo, sobre el placer de crear. Para César suponía el supremo privilegio, la auténtica razón de la superioridad del ser humano, el más sutil sentido que podía prestarse a la existencia humana, tan absurda por su parte, tan lastrada de vulgaridad y de muerte; la única actividad a la que compensaba dedicar algún rastro de entusiasmo e incluso de pasión. Le desesperaba, sin embargo, la torturante necesidad de publicar; no aceptaba la creación en sí, como acto masturbatorio, sino fecundante, es decir, necesitado de su contacto con los otros para realizarse plenamente; «si estuviera convencido de que algo no iba a publicarse no lo escribiría...», aseguraba con algún acaloramiento. E inmediatamente, reclinada la cabeza sobre el pecho, oscurecida la voz, abiertas las manos con gesto de impotencia, reconocía que la mayor parte de sus libros permanecían inéditos y, sin embargo, volvía una vez y otra, con fatalidad; esa era tal vez su frustra-

ción más vital e íntima, más que alguna decepción amorosa cercana que lo había puesto al borde mismo de la vida, más que la opresiva experiencia laboral que lo llevó a abandonar la enseñanza de la Historia cuando tuvo una ocasión de cambiarla por la Radio, trabajo cuyo adocenamiento (guías embrutecedoras de publicidad, programas de pie forzado, riadas de comunicados comerciales...) trataba de paliar con una especial dedicación a «cuestiones culturales y creativas», frase que César entrecomillaba sobre el aire con los dedos anular e índice de ambas manos al pronunciarla. Resulta imposible, siquiera para el más experto pocero del alma humana, decir qué me atrajo de César; es una pregunta que nunca me hago con una mujer (acaso porque dé por supuesto que siempre en la base está lo sexual explícito, no lo sé) y siempre me formulo ante un hombre (tal vez porque deje excluida la base de una presencia de lo sexual explícito: prejuicios, en ambos casos, que poco importa ya no haber superado). Sin embargo, he reflexionado muchas veces sobre ello, sobre todo cuando decidí utilizar a César para mi personaje de... (Prefiero no salirme del camino, que debo a César este homenaje de mi última palabra.) Con César experimenté lo que en muy contadas ocasiones me ha sido dado vivir: ese estremecimiento incontrolable que surge, inesperado e irreplicable, ante alguien: ese fluido que salta, casi puente material y tangible, entre dos seres que acaban de encontrarse. Si no tuviera sobre mí una considerable rehata de experiencia, pensaría en el mito o en cierta fórmula sutil de perversión. Sé muy bien que existe ese intercambio de fluido; y que jamás traiciona ni puede buscarse o prepararse, ser favorecido o dificultado; que puede cultivarse o agostarse, pero que señala un punto de arranque... Creo recordar que he comenzado a hablar de César con palabras semejantes... En efecto, releo folios atrás, «haber respondido “por necesidad”», a una pregunta tan patética e impudica como “¿por qué escribes?”

fue el punto de partida de nuestra relación» lo que significa que me encuentro al principio y sólo he dado pasos en círculo, como dicen que hacen quienes se pierden en el mar o en el desierto (acaso yo perdido ya en el mar y en el desierto) y mueren con la obsesión de no haber alcanzado un destino que, tal vez, se hallaba cerca. Recuerdo haber escrito un relato en el que el personaje, perdido en la noche por unas extrañas circunstancias cuando va a encontrarse en secreto con la amada, muere de extenuación, tras haber caminado durante horas en torno al lugar en que la mujer lo aguarda. Hoy sé que ese relato, cuyo paradero ignoro, puede incluso que sólo escrito en mi mente, es el espejo en el que debo mirarme. Sin embargo, existe una gozosa y acaso salvadora diferencia: yo si sé que muero caminando en torno a la amada: es ella quien decreta mi muerte, pues no me aguarda.

(Por ella, por ti, amada mía, levanto, con cuanta solemne vulnerabilidad me es posible, esta copa que ha de unirnos en el único ámbito que me es concedido y sobre el que no imperas. ¡A mi verdadera salud!)

te confiaba a veces tu madre pequeñas labores en casa e incluso fuera, como bajar al que llamabais «comercio nuevo» para comprar aceite o patatas o sal o azúcar; tu padre había concedido el título de «comercio nuevo» a aquella tienda en unos tiempos en que proliferaban las de ultramarinos tras haberse acabado las cartillas del racionamiento o acaso por ellas, nunca lo supiste bien, y continuó siendo «el comercio nuevo» hasta muchos años después, cuando ya se había convertido en una encantadora reliquia que te gustaba contemplar, como una isla en medio de otras fórmulas de llegar a los clientes de modo más agresivo y moderno, en una ciudad ya para ti desconocida y heladora, «el comercio nuevo» se resistía a convertirse en super o en hiper y murió de viejo: las dos columnas cuadradas estaban cubiertas de espejos y los había en el techo encima de las dos relucientes balanzas, se alumbraba también en pleno día con tubos

blancos de luz fría y brillante apagada por el serrín siempre esparcido por el suelo, tenía estanterías de armazón de metal niquelado y baldas de cristal, lo recorría un prolongado mostrador de mármol blanco, dos ventiladores pendían del techo junto a las tiras cazamoscas amarillentas y retorcidas, tú no alcanzabas al borde del mostrador, y siempre había de asomarse al escuchar tu vocecilla o la de alguna clienta que avisaba de tu presencia y de tu turno Julio el tendero, alto y delgado de pelo blanquecino, decía tu padre que se le había puesto así durante la guerra, cuando lo sacaron para fusilarlo e hicieron un simulacro y se cagó en los pantalones y le decían: «rojo de mierda ese es el color de la sangre de los traidores»; llevaba gafas oscuras bajo el siempre impoluto gorro blanco; tenía Julio dos ayudantes, Ciso y Cundo, «Narciso y Facundo por mal nombre estos animales», decía Julio, y las señoras reían la gracia y los coscorrónes que les propinaba, seguramente para congraciarse con las clientas habituales, que solían quejarse de una raya de menos en el peso, una lata en mal estado, o una loncha de jamón excesivamente invadida por el tocino, cuando Julio cortaba el jamón parecía aislarse del mundo, mirarlo era contemplar el más refinado artesano concentrado en su creación de arte cisorio o quirúrgica, levantaba la loncha recién cortada a horcajadas en el cuchillo y guiñaba a quienes tuviera cerca, «¿Ha visto alguien una loncha mejor cortada? ¿eh?, que lo diga, venga, que lo diga», se expandía un aroma espeso y suave que se imponía un momento sobre la confusión de olores armónica, sin embargo, como pensaste después alguna vez al evocarlo, de aquel recinto: un día, detrás de una de las columnas de espejos apareció una cabeza cuyo rostro te sobresaltó, una cara terrible, de ojos rasgados, labios caídos babeantes y nariz achatada, aquel rostro hablaba pero nada decía salvo un prolongado y monocorde borboteo, el cuerpo enano y gordo de viejo prematuro, la primera vez que lo viste regresaste a casa sin la compra sofocado y lloroso, la siguiente experimentaste un cosquilleo de pánico en las rodillas, la tercera vez no pudiste contener las ganas de orinar y el serrín del suelo te delató, siempre estaba allí espiandote aquella cara pavorosa, aquel gesto inmóvil y estúpido amenazándote; cuando empezaste a soñar con aquel rostro dejaste de orinarte en la cama y cada no-

che te esforzabas en evocarlo contra toda repugnancia como ideal conjuro secreto contra tu «incontinencia nocturna de la orina», el niño meon fuente de Bruselas «Manneken pis»; pero un día lo encontraste en otro lugar, y en otro más tarde y más lejos otro día e incluso en otra ciudad, cuando se lo contaste a tu padre, te miró un momento, te revolvió los pelos con una mano y se detuvo en plena acera, «no es el mismo, hijo, son muchos iguales», no entendiste, «verás, son muchos que son iguales porque tienen una enfermedad que les pone así la cara y el cuerpo», seguías sin comprender, «la enfermedad se llama mongolismo», en casa te mostró unas láminas de historia con rostros de distintas razas y te señaló un mongol, pero en nada se parecía al terrible rostro, «se llama mongolismo porque se parecen a los mongoles», si hubieras sido un niño precoz de filme americano habrías dicho simplemente «bien, déjalo, no te esfuerces», pero eras un niño aterrado porque acababas de comprender que no sólo en «el comercio nuevo» sino en toda la ciudad estaría siempre ya aquel formidable rostro persiguiendote, «Ellos no te quieren hacer nada, hijo, sólo miran y son bobitos los pobres», y estiraba tu padre con los dedos las puntas de sus propios ojos e imitaba lo que pretendía ser un mongólico y que a ti te parecía la mona chita, «Son bobitos, pero no te van a hacer nada porque son buenos también», seguíais caminando y frente a vosotros apareció tu perseguidor o uno de los muchos, si tenía tu padre razón, llamó su atención con un gesto de los brazos y tú ya estabas tras tu padre aferrado a sus piernas, «mira y veras cómo es bueno y sólo un poco bobito», y le hizo una seña para que se acercase sin miedo, y el mongólico lanzó un escupitajo que cayó lacio y una patada que alcanzo a tu padre en la espinilla derecha, cuando más tarde en casa se quitó la liga de los calcetines, tenía una mancha morada que sangraba pierna abajo; y el mongólico o los mongólicos seguían persiguiendote, y dudabas si sería verdad la historia de tu padre; en una ocasión descubriste que tu perseguidor en «el comercio nuevo» se extasiaba jugueteando con un paloduz al que miraba con ojos de obseso dándole vueltas entre los dedos, acercándolo a su narizota, chupándolo con tiento, comprobaste que no se ocupaba de ti cuando tenía aquel preciado palo en sus manos, quince céntimos valía un paloduz y hu-

biste de ingeniártelas para que tu padre te comprase uno en circunstancias en que no era oportuno comenzar a masticarlo para producir aquel jugo acre y salado, y guardaste el paloduz y lo llevabas siempre que ibas a «el comercio nuevo», tuviste la sospecha de que había dejado de acecharte durante unos días, pero de pronto apareció su cabezota terrorífica y sus labios babeantes y sus ojos inmóviles brillantes y su cuerpo de enano obeso, habías ensayado muchas veces cómo ibas a comportarte con valentía, te acercaste a él, las piernas temblorosas y el hormiguillo de unas repentinas ganas de orinar acuciándote, el mongólico abrió más los ojos y dejó de emitir sonidos, le tendiste el paloduz, él lo miró lentamente sin fiarse y fue acercando una mano de dedos cortos y uñas enlutadas, «los niños buenos tienen siempre las uñas limpias», agarró el paloduz con suavidad y tras comprobar que no retirabas tu mano lo cogió y comenzó a contemplarlo, ya abstraído como tantas veces lo habías mirado; a partir de aquel momento, cuando aparecías por «el comercio nuevo» el mongólico te miraba y sonreía, tendía con timidez su mano derecha y emitía sonidos babeantes a través de la sonrisa, tú marcabas un gesto señalando tus manos vacías y el mongólico te imitaba y dejaba caer luego las manos con resignación: otro día le llevaste otro paloduz y todo volvió a repetirse como la primera vez aunque el mongólico rompió su contemplación un momento para volver a sonreírte; a partir de entonces era el mongólico quien se adelantaba para gesticular indicando manos vacías; un día te diste cuenta de que hacía tiempo que no acudía a «el comercio nuevo» y ya no volviste a encontrarlo allí; sin embargo, por la calle seguías tropezando el mismo rostro e idéntico cuerpo, y quisiste saber si era él o cualquiera otro de los repetidos según la historia de tu padre; lo viste venir por la misma acera por la que tú regresabas a casa con la bolsa de la compra, hecha de rectángulos de cuero en diferentes colores, en ella balanceabas dos kilos de patatas y un paquete de achicoria, al llegar cerca del mongólico te detuviste, dejaste la bolsa en el suelo y repetiste los gestos de manos vacías, el mongólico te miró un instante, cabeceó apuntando hacia ti una lengua pálida y babosa y te lanzó una pedorreta, le viste seguir adelante por encima de tu bolsa, diferente, con su paso de viejo enano cansino, dos regueros de saliva le go-

teaban sobre el pecho, tardarías mucho tiempo en comprender que tu padre tenía la razón

[Ardo en celos, amada mía (¡con qué escozor se me revela exacta esta expresión tan manida!), yo que fui amante y amado tantas veces (apenas una ambas experiencias a la vez: irresistible), ardo en el casi literal sentido: que se enciende en algún ilocalizado recodo de mi cerebro ese chispazo ácido y cáustico, inefable, de lo que nunca experimenté con otras verdaderas mujeres: solo tú has desenterrado ese gesto que nunca creí posible en mi rostro; esa crispación, amada mía, que siempre miré ridícula, patética y miserable en otros; ese imposible vivir si la vida que me alimenta con su muerte (tu feroz indiferencia, amadisima mía) vivifica a otros... ¿Por qué, amada mía, por qué? ¡Con qué destructora luz miro ahora mi propia imagen ante ti, famélico de ti hasta la extenuante hambre de otras haruras sucedáneas que no hacen sino enconar esa afilada convicción de que sólo tú eres mi alimento..! ¡Ridículo monstruo que aspira a poseerte, a ser por ti poseído! ¡Acartonada bestia hecha de soñarte en otros espejos! ¿Por qué para mí nunca una mirada de amor, amada mía? ¿Por qué tan sólo la tibia aquiescencia a mi requerimiento, apenas esta leve gestación de un rastro de consciencia sobre lo que pretendo ser por ti o en ti, génesis de mi siempre inmarchita ferocidad para asaltarte, obligarte a esa atención que te obstinas en negarme..? Algún día, amada mía, habrás de amarme: he ahí la insoportable razón, única, sin embargo, de mi vida...)]

«¿Para quién escribes?». Otra impúdica pregunta, esta vez no ante el micrófono, en un pequeño estudio de la emisora provincial en que César se consumía, sino aquí, en esta mi casa, ciemiento muchas horas de encuentros (descubrimientos, debería decir aun a riesgo de esparcir un enrarecido hedor que en modo alguno deseo citar); supongo que debo explicar (contra

el más elemental principio narrativo) que César era homose-  
sual; y anoto la palabra exacta, él mismo la utilizaba en el ex-  
tremo de la precisión, dentro de un campo semántico en el que  
se hacinaban otras (maricón, maricon, mariquita, loca, afemi-  
nado...) que el distinguía en un afán —lo sé— por aparentar  
que sustentaba con dignidad un rostro propio sólo aceptado —  
a veces, no lo sé— tras agrias y trágicas vicisitudes. Sé que  
aparezco frío al hablar del aspecto más definidor, de la interio-  
ridad última (al menos a la que logré acceder) de un hombre:  
reconozco que es simple consecuencia del intento de esca-  
parme aquí del vicio de narrar, novelar como tantas veces hi-  
ciera en otras páginas; éstas distintas y únicas: tal vez (y des-  
cubro ahora esta sugerencia) éstas el verdadero reverso de  
cuanto escribí. ¡A fe que resultaría hermoso poner de mani-  
fiesto la urdimbre del tapiz en el instante mismo en que es  
firme y operante ya la decisión de no continuar tegiéndolo.!

Mas abandono este fácil camino que sólo me conduciría con  
demasiada rapidez al punto al que he de llegar, pero con los  
pasos contados, medidos, como si de la meticulosa planifica-  
ción de una secuencia en el montaje se tratara... Decía que Cé-  
sar era homosexual. Se pensaba a sí mismo homosexual, debo  
escribir. Sus años de seminario le habían hecho descubrir que  
el amor místicoide a dios y a la virgen no era sino la máscara  
patética que intentaba reprimir el verdadero rostro del amor;  
se convencía de que el amor divino no podía ser sino un subter-  
fugio del humano: tuvo la revelación leyendo el *Cantar de los*  
*Cantares* y fue zarandeado por la evidencia buceando en el  
*Cántico Espiritual*, de Juan de la Cruz. Por eso se lanzó a la  
búsqueda del amor humano. Primero, con la santa pretensión  
de fortalecer su amor divino; luego, con la obsesión de realizar  
su propia personalidad de ser humano, «*segregatus ab homi-  
nibus*» por su vocación sacerdotal pero hombre en la base;  
más tarde, cerca ya el fracaso de cuantos caminos desbrozaba

hasta el hallazgo que deseaba transustanciador de su vida, por obsesión, por simple y amarga obsesión. César teorizó sobre el amor humano; leyó cuanto caía en sus manos, desde Alain hasta Fromm, sin olvidar a un Ovidio bebido con gozo y perplejidad en su propio hermoso latín. Un día, César descubrió el amor. (Si estuviera novelando, no dejaría pasar por alto los complicados procesos del personaje, su perplejidad en esa tierra de nadie, esa zona batida de la equidistancia entre el amor divino y el humano; pero ya he advertido que no es éste un ejercicio de narrador, sino más bien un ensayo de despedida...). Y llegó el amor por donde no había ni siquiera imaginado camino posible en él, tan enamorado y amante de entregarse al ensueño de hermosas y etéreas mujeres, cuerpos apenas concretados, rostros itinerantes en presencias ocasionales; él, tan azarosamente llevado por las sugerencias sutiles de la mujer, por entre la maraña de las prohibiciones y las negras sentencias del infantil patético antifeminismo que flotaba en el seminario; él, tan místicamente dispuesto a defenderse del terrible agujón de la carne, siempre concretada en alguna abstracta mujer, singularizada sólo en el límite imprescindible para ser helado receptáculo de lo que se llamaba «vicio solitario» (permítaseme anotar que tal expresión la doto aquí de su sentido y acepción convencionales, lo que digo porque en alguna ocasión he llamado yo «vicio solitario» al de crear, crear literatura con una patente carga, no tanto de ironía cuanto de patetismo... Pero también este fácil camino hacia el desahogo quiero dosificar en este momento: que nada debe precipitarse) (A estas alturas, en este instante, consumo de nuevo esta copa. ¡A mi verdadera salud!)

Así pues, decía, César halló el amor; jamás fue capaz de desandar, para analizarlo y sondear claves de su vida, el itinerario; hubo de constatar que amaba; no se atrevió a anotar algo más crudo para él

entonces: estaba enamorado. Juan es su nombre. Frase que no es simple traducción del texto de *La Vulgata*, «*Joannes est nomen eius*», y que bailó en la imaginación de César durante mucho tiempo; porque, por extraña asociación (creo yo que no tan rara, sino consecuente en aquel cerrado aire seminarístico), César quiso ver en este Juan al profeta de su salvador; sólo que, para su perplejidad, era un hombre. Me sería fácil (caso de que esto fuese un simple relato novelístico) bosquejar el torturado mundo interior de César en aquel tiempo: abundan los recursos técnicos para poner ante los ojos del lector con toda crudeza y patetismo lacerante la contradicción de su espíritu; no estoy falto de capacidad para meter al lector en la piel de aquel muchacho que descubre estar enamorado de un compañero de seminario, y siente sobre sí la losa de tantos anatemas brutales; no carezco de material que me permitiera diseccionar ante el lector, en una operación de verdadera autopsia, lo que tan infundadamente suele llamarse alma humana; tentado, en fin, estaría, en otras circunstancias diferentes a las actuales, a dejar correr la palabra como un topo a través de las galerías subterráneas de personaje de tantas posibilidades novelísticas: sin embargo, para decepción propia, sólo mia. renuncio. Y quiero limitarme a constatar: César se entregó a aquel amor; llegó a convencerse de que lo llevaría a lo que llama él entonces, de modo tan repugnante, «verdadero amor», es decir, al que suscitase en él tales oleadas de inconsumible ardor; tales descargas de placeres en nada identificables con el único carnal que su experiencia le concedía como punto de referencia en ese límite entre el derretirse eyaculatorio y el derramarse por dentro como poseído por una lava estremeceadora; al que le enfrentase con el cuerpo de la mujer, sólo de modo vago conocido, deformado por la incontrolada imaginación enterrada en los límites del propio sudoroso y ya repulsivo cuerpo a la búsqueda del placer siempre decepcionante.

Pero más tarde sospechó que aquel era el único amor o, al menos, no iba a llevarlo al otro, intuición que lo hundiría en la sospecha de que tal «verdadero amor» no existía, no era sino uno de tantos mitos creados por el hombre (o por los dioses) para acallar preguntas sin respuestas; como el dios que había imantado hasta entonces sus fervores, pura creación de la necesidad del hombre ante el vértigo de interrogaciones fundamentales sin fondo, sobre todo la ácida pregunta por la propia existencia, dios sin el que el hombre débil era incapaz de apechar dignamente con esa turbia experiencia que llamamos vida... Decía que César se consagró a aquel amor; lo vivió con la inocencia apasionada con que, más tarde, disfrutaría cada nuevo encuentro en tanto se agostaba, como si succionase la médula del amor en el otro ser, ansioso siempre por hallar el definitivo encuentro. Juan desapareció de la vida de César; tras haber compartido el amor, Juan le suministró el argumento buscado, sin consciencia, con que probarse a sí mismo que la naturaleza le había hecho nacer torcido, que no era sino la excrecencia deforme de la naturaleza brotada contra ésta, integrador del grupo de los violentamente marginados con la más cruel de las razones que la sociedad podía esgrimir: no caber en ese lecho de Procustes que es la «normalidad». En alguna página he demostrado poseer capacidad de observación y expresiva suficiente como para construir con verismo un reflejo de la realidad; parece inútil repetir que renunció a tal ejercicio ahora: nada más tentador que asomarse a la vida de César durante los años que siguieron a su descubrimiento sobre sí mismo; años, primero dentro del seminario, en tanto lograba apuntalar de modo provisional el tingladillo de sus creencias religiosas; años, después, fuera, en el que el apartamento rotulaba «mundo»; años de universidad, tiempos en que se gestaba en ésta la conciencia de que era necesario comprometerse de modo activo y diverso contra la dictadura; años de refugiarse y

protegerse en la literatura, primero él como receptor, luego aguijoneado por la necesidad de crear; años en que debió recurrir a la ciencia aprendida en libros marginales para entrever primero y aceptar después su rostro; años de búsqueda, de rastro del amor, poseído por una urgencia de condenado a muerte que goza su última voluntad; años en que dudó de sus perfiles, sorprendido por los reflejos de ciertos espejismos, mujeres a las que creyó amar y por alguna de las cuales sospechó ser amado; hombres en quienes se amó a sí mismo hombre y mujer a la vez; años durante los que vida y literatura fueron ensamblandose de tal modo que llegó a ser difícil separar lo que en la vida y en la persona de César era una y otra, por mucho que nada tengan que ver dos realidades tan dispares..., si es que la vida es alguna clase de realidad salvo que llegue a ser petrificada en la literatura..., si es que la literatura es alguna forma de apresar lo que de otro modo sólo sería el polvo de la memoria... Mas tampoco voy a concederme la debilidad del excursu. La convicción de César sobre sí mismo terminó por instalarse en su consciencia, aunque en ciertos reductos (los froidianos pretenden sea el subconsciente, da igual ahora) persistía una leve pero terca resistencia a la clasificación. Susana alimentó durante varios meses la fuerza de tales reductos. Susana era una compañera de trabajo, algunos años mayor que César, buena profesional por intuición más que por estudios, de voz cálida y firme a la vez, insignificante en su cuerpo (sin llegar a lo que los apestosos sico-sexuólogos rotularían «sexualmente inhibitiva»), con un rostro marcado por reliquias de una vieja dolencia infantil, concentrado su inefable atractivo en unos ojos ni hermosos ni excepcionales ni bellos, pero sí expresivos. Susana se sintió atraída por César desde que éste llegó a la emisora; pero reprimió sus primeros impulsos; acababa de salir de una relación que le había dejado marcas, menos visibles pero más amargas que las de su cara, en el rincón

donde reside la siempre renovada decisión de vivir; el suicidio fue sólo la acotación que en su papel hiciera ella misma al sentirse personaje que sobra bruscamente sobre el tabladillo del mundo; pero fracasó y, como suele suceder, la cercanía de la muerte, más íntima que física y real, le hizo experimentar un insospechado impulso de vida, aunque la dotó al mismo tiempo de un incontrolable dispositivo de defensa contra cualquier reblandecimiento sentimental por leve que fuese: así, Susana se encastilló en una especie de gelatina que la mantenía aislada, sin la compensación de ciertas elementales satisfacciones para su ocultada sed de amor, pero, al mismo tiempo, sin los riesgos de dolor y amargura inherentes al ejercicio de los sentimientos. Fue en el punto más grato de este encastillamiento cuando César llegó a la emisora. El experimentó ese asalto casi perceptible de la sintonía entre dos seres que acababan de conocerse; pero lo relegó al desván en que se podría una ya imposible imagen de sí mismo. Ella, como he anotado, también tiró de las riendas de sus inclinaciones iniciales. Y así comenzó una relación profesional que fue haciéndose más rica y enriquecedora. Susana controlaba con meticulosidad el desarrollo de sus sentimientos; amistad, compañerismo, sana camaradería: he ahí las palabras con las que enjalbegaba una verdad que no estaba dispuesta a admitir todavía. César se abandonaba a la seguridad de estar incapacitado para sentir por ella algo más allá de la amistad, el compañerismo, la sana camaradería. Una relación profesional que dejó de serlo durante algunos meses al ser Susana enviada a otra emisora de la cadena. César se sorprendió añorándola no en los habituales lugares de trabajo, sino en aquéllos a los que nunca habían concurrido; Susana aceptó el vacío que la ausencia de César producía en su trabajo y, más tarde, tras horas de rumia y después de algunas experiencias ácidas de acosos viriles, en su vida personal. César tembló imaginando ciertas intimidades

con Susana; Susana esponjó su ánimo descubriendo cómo la imaginación de ciertas intimidades con César no sólo no despertaban la escocedura, sino actuaban como bálsamo. Comenzaron así una relación distante de intensidad progresiva y que terminó por precipitar el regreso de Susana. El reencuentro permitiría a cualquier narrador lucirse con tal de que despertase en la memoria del lector tantas imágenes filmicas como se han acumulado en torno a situaciones similares. En no pocas ocasiones he usado de ese fácil recurso, acaso espurio y muestra del daño que el cine puede ocasionar a la literatura..., o, acaso, prueba de cuánto aquél debe a ésta. De tal reencuentro surgió una relación íntima; Susana se lanzó a ella con la virginal actitud de quien cree haber salido de un sueño fatal que la condenaba a la soledad; César, con la perpleja revitalización de una esperanza sólo dormida, la de poder ser aceptado en el ancho mundo de la normalidad.

Llueve.

El olor a tierra mojada reptaba hasta ti desde alguna localización que el tacto se empeña en comprobar cercana, tanto que descubres al extremo de lo que se te revela son tus dedos, de tu mano, una de tus manos que descubres alzada no comprendes en qué dirección o desde qué situación tuya, todavía ignorante del límite que debes ser tú y hasta el que serpentea este olor a tierra mojada, el que te ha permitido la inclemente constatación ya tantas ¿o ninguna? veces formulada como la emanación de esa humareda que ahora comprendes haber despertado aún ilocalizada, como tu supuesto cuerpo del que esa mano a cuyo extremo se afila el tacto se lanza a la búsqueda e identidad del origen de este arranque descubridor de la sensación, esa es la palabra exacta, aunque ahora la revuelvas en tu memoria como un bocado intragable, aunque se te niegue la conexión que tiene con lo que solías llamar «tú», intragable palabra, tú, apuntaladora de una cada vez más densa masa pesante mas no amenazadora que contiene su revelación, los rasgos y rastros que te permitan sondear este olor a tierra mojada

con el que te arrastras hacia un mundo en que ella no existía, «ella» dices y en otras circunstancias, aunque tal expresión carece de sabor para ti ahora, te preguntarias quién es ella, por qué aludes a ella, para qué insistes en su ausencia, con qué palabra podría ser ella identificada señalada consagrada atrapada, amada mía, dices en algún intersticio de tu ilocalizado tú, amada mía, y el olor a tierra mojada se transustancia en el chispazo helado que estremece el vacío donde habías descubierto el adensamiento en tus fosas nasales y sobre el que se había clavado la ardiente advertencia «no debes asomarte todavía al brocal de ese pozo», sensación que te prolonga más lejos de lo que ya denominas «tú», y la revelación brusca de que ya habías topado contigo, y este olor a tierra mojada, asociado ya con el resplandor intuido en la punta de tus dedos de una mano tuya, tira de ese lienzo mojado que cubre tu cadáver, dices «cadáver», y te escuchas traduciendo a otra sensación los misteriosos sonidos que nada encierran salvo el vértigo ante la yacente imagen de un cuerpo con pericia de maestro escultor sugerido bajo el helado mármol, imagen que eres tú, acartonada en lo que acabas de saber debes denominar memoria o desván, tanto una como otra no son sino cápsulas que pretendes llenas, empolvado desvan en que yaces en sucesivas amarillentas imágenes, incapaces de izarte, olor a tierra mojada, húmedo tacto ahora constatado sobre el vacío en que debías suponer se hallaba lo que se denomina rostro, humedad que te ofrece palabras para autenticarse, lágrimas sudor sangre semen sudor sangre lágrimas que cubrieron surcos en la cara embetunada, picante el olor de tinte de zapatos que tu madre usaba para sus bolsos, escoceduras sobre los recién frotados labios por la rabia de tu padre, quien acaba de descubriros en la azotea a Juan y a ti, en plena representación mimética de lo entrevisto en el cine escolar en sesión solo para padres a través de los mal ensamblados tablonos de la pared opuesta a la pantalla, en el cuartocho de las escobas, de olor picante a amoníaco, excitantes efluvios de lejía y sudor de hembras que ni Juan ni tú, agazapados entre las batas de las limpiadoras y los suaves plumeros, los rostros apretados contra las rendijas, habíais asociado con el temblor por la entrepierna durante la contemplación que os brindaba de modo tan inconfesable la luminosa escena en

que un hombre negro y una hermosísima mujer pálida y asustada yacían primero en agitada pelea, no sabíais ni Juan ni tú entonces que debía pronunciarse cópula, luego en terrorífica sangre que brotara del cuerpo casi etéreo de la bella, negro él de gruesos labios, blanquísima ella de finos labios húmedos, ojos acerados los de él, blancos y luminosos ojos de ella, más tarde sabrías que erección era la palabra exacta para la más tarde compartida sensación consquilleante por la columna vertebral, zumbadora en la entrepierna, idéntica a la experimentada cuando tomásteis Juan y tú la decisión de convertirlos en la pálida hermosa y el terrible negro, desdémona y otelo pensarías años después sin evocarte en la figura de ella, temblores por la imaginación de vuestros cuerpos unidos en lo que quiso ser imitación y se hizo búsqueda ignorante y nerviosa del camino que condujera hacia el derretimiento blando y crispante, desde la punta de los dedos de unas manos mutuamente descubridoras hasta los acelerados y dolorosos latidos en el pecho, el ardor por el rostro, el trasudor en las palmas de las manos, el ácido olor imponiéndose sobre el tinte y el carmín rojo en tu cara, el agobio de los polvos de arroz de tu madre y el fijador arbitrariamente diseminado por el pelo de Juan, descarga que os paralizó en el instante mismo en que aparecieron en la azotea primero tu padre, tu madre en seguida, avisada por la sonoridad de dos bofetadas en el recinto de un aire asfixiante de la tarde de septiembre; tiempos en que las calles quedan inundadas por la multiplicada voz de los vendedores de «rebuscos» o de higos chumgos, «¿a quién le parto el jigoooooooo?», «a los buenos rebuscos de las viñas del mejor vino del mundooooooooo», y tu madre abría al restallante sol de la pared enjalbegada enfrente el fresco portal en que cosía a plena tarde, y regateaba un instante con la vendedora, «la viuda», una terrible mujer para ti que viste reproducida en los sayones de algún paso de la semana santa sin las dos cestas de uvas en sus brazos, alta y enjuta, enlutada y sucia, de greñas canosas y manos de sarmiento, nariz paródica en la que pensarías más tarde ante el soneto quevediano y boca desdentada de labios pálidos y lacios, voz de aguardiente y olor que descubrirías asociable con el flotante en el cuartucho de las limpiadoras del colegio, media los rebuscos de viñas con un plato de porcelana desporti-

llado y salpicado de moretones, se guardaba luego los billetes de una p-seta y las perras bajo las sayas, descubriendo unos musculos transparentes de venillas azules y un rancio hedor de cuerpo que se pudre, más tarde escribirías «olor de cadaverina» con tan manifiesta pedantería; quien preguntaba «¿a quién le parto el jigoooooooo?» era un hombrecillo pequeño y contrahecho, que subrayaba su chepa al lanzar unos desacompañados zapatones embarrados y unos brazos lacios e incontrolados como los de aquel cristo al que sacaban durante la semana santa y colocaban delante de la cárcel y agitaban las andas para que uno de sus brazos señalase hacia las rejas de la fachada de piedra, tras ellas expectantes los posibles beneficiarios del favor del cristo con los brazos de artilugio, se escuchaba siempre un grito de mujer, y en una ocasión, se formó un revuelo y sacaron a una figura envuelta en velos negros convulsa y terrorífica, arrastraba el serón de higos chumbos y blandía en la mano derecha el cuchillo para pe-larlos, siempre pedía un poco de agua «para amatar la fiebre de los pin-chos ¿sabe usted?» y, tras acordar en cinco céntimos el precio de cada higo, procedía a desnudarlos, te encantaba ver surgir aquel fruto blanco rosado de entre la temible coraza, atrapar con cuidado el fruto evitando rozar el caparazón amenazante, depositarlo sobre el plato de loza blanca sostenido por tu madre, contarlos cada vez que rescatabas uno más, percibir el leve olor dulzón y fresco, traidores higos chumbos, lo sabes bien, te bas-taba comer más de dos para que sintieses que tu ano se desgarraba con fuego al sentarte en la desportillada taza de retrete el ganchito con trozos iguales de papel de periódico para limpiarse pendiente de una punta cla-vada en el centro de la puerta, excitante y repulsivo el olor denso en que podías identificar las deposiciones de, las uvas de rebusco eran muy dul-ces, te contaba tu padre que era debido a que permanecían más tiempo en las cepas de los grandes viñedos de las bodegas, tras haber vendido de-ja-ban entrar a gente pobre para que rebuscase en las cepas los pequeños racimos olvidados o despreciados, normalmente eran gitanos, aunque mu-chos habitantes del «barrio viejo» acudían para disputar las caprichosas concesiones que los capataces hacían, lo supiste más tarde, a tenor de los beneficios que pudieran obtener de los concesionarios, solían consistir en

el disfrute de hembra de buen ver y palpar tanto daba si esposa, o hija, o hermana; al capataz de la viña llamada «La Morena», lo encontraron muerto un día de septiembre, tres puntazos de navaja le rompían en el vientre, le habían cortados los testículos y el pene y el forense certificó su muerte por afixia, aduciendo que habían sido sus propios genitales los causantes de la misma pues fueron hallados en la cavidad bucal y bloqueando el esófago, había forzado a hija de «la viuda», una niña pálida de ojos grandes y azules, pechitos flácidos y caderas poderosas, de quien se decía que había parido al que aparecía en la familia como su hermanito pequeño, un rubiasco inquieto y vivaracho de ojos azules, engendrado por el propio padre de la niña; a veces acompañaba a «la viuda» y acarreaba otra espuerta de rebuscos y pregonaba con su vocecita que un día leiste era definida de plata y de cristal, quedó marcada en la cara por la punta de navaja del hermano mayor, guardián de la honra familiar, te removió un ramalazo de violencia y asco la herida festoneada de repulgos a la que acudían las moscas que ella ni se molestaba en espantar.

la revelación de César me llegó cuando me documentaba para ali mentar el débil empeño de escribir sobre ciertos ambientes en el mundo de mi niñez relacionados con ese mundo de las vendimias y su atmósfera densa, seducido yo sin duda por el intento de superar cierto chato y sordo realismo que había ya nadado por tales aguas, con aplauso, por cierto, de los críticos y las consiguientes consagraciones para su autor... He anotado «revelación», y tal palabra es la exacta por mucho que la someta a asedio. Porque, en efecto, César se reveló ante mí como el ser que era en el instante mismo en que su historia con Susana llegaba al punto donde se izaba la línea divisoria, la frontera, sin duda mitificada, entre sus convicciones sobre sí mismo (carente, en verdad, de pruebas definitivas; al menos, eso mantenía), y la prueba ya irrefutable de la falsedad de éstas. Reconozco que no llegaba yo a entender con nitidez tal punto; sólo de modo intuitivo comprendí que aquella tarde en

que César vino a casa, sin previo aviso, erguido con demasiado cuidado como para no responder a un derrumbamiento íntimo, controladamente tranquilo, significaba haber traspasado aquella frontera contra sí mismo. La prueba se había producido. César abrió ante mí (y me permito utilizar la más tópica de cuantas expresiones pueda recordar ahora) su corazón, se desnudó (cfr. lo anotado) ante mí, empalabró cuanto con obsesiva minuciosidad mantuviera amordazado en un silencio sólo roto por su rumia vertida en poemas de una rara hermosura y en una decisiva conversación con Susana: tras ella, César había franqueado la frontera. Si anoto aquí los escuetos hechos, brotará inevitable el simplismo del juicio precipitado, y sé amargamente cómo lo más limpio puede quedar enlodado hasta ser irreconocible, lo más complejo trivializado, lo más patético llevado al borde de la caricatura, lo sutil vulgarizado... ¿A qué añadir excusas? Debo aplicar mi sólo teórica afirmación de que me afectan poco ya los juicios ajenos, convencido de que tan sólo el mío sobre mí importa, pues sólo yo he sido capaz de salvarme ante mí de esa indiferencia mutua en que chapoteamos por este decrepito regueldo de los dioses llamado mundo... No haber podido consumir de modo genital el amor con Susana proporcionó a César la prueba. No el hecho en sí, que podría con cierta cordura ser atribuido a causas bien ajenas a la tajante consecuencia; no la áspera y súbita desesperación de Susana, expectante de una prueba en bien diferente sentido; no la humillante imagen del cuerpo desmadejado y sucio, con vergüenza insensible a las bien explícitas solicitudes de un cuerpo de hembra sólo amado como coartada, relegado a la función de inevitable soporte de la en verdad amada mujer; no la maternal solicitud de Susana, careta enseguida trabada contra el caústico revelarse del engaño; no la sima de pronto enconada entre él y los otros; no la feroz desnudez no compartida con el creído hombre, amado en el irreal sueño tan sin lenitivo roto. Fue la

intuición de que ya sería suicida cualquier duda, disfraz de la esperanza de ser algún día exculpado de anormalidad; la conciencia repentina pero ya irrelevante de haber sido marcado con el signo fatal. Desahogado, acometido a intervalos por ese hondo suspiro que aparece tras haber llorado con intensidad o realizado un arduo esfuerzo interior, César comenzó a deslizarse ante mis ojos por un largo monólogo que, poco a poco, se convertiría en susurro de una suavidad que habría yo experimentado como hermosa y reconfortante si su contenido, en menos agrio contraste, hubiera sido otro. Caí entonces en la tentación de reconstruir tal monólogo, lo utilicé en un texto con el que sufrí la escalofriante experiencia de ser dominado en mi escritura por otro yo que me dictaba e imponía contra todo intento de orden y coherencia. En aquel relato, un individuo, escritor y creador frustrado y virgen en varios campos de artes practicados, escribe antes de morir un largo testamento en el que se yergue el fracaso de su ya desesperada entrega sin respuesta. Nunca llegué a publicar aquel texto porque, contra cualquier intuición mía, contra la lógica de la personalidad de César, resultó ser premonitor, no sé si ingenua o torpemente premonitor. César murió unos meses más tarde. Una limpia sobredosis de un fármaco le proporcionó una imagen bella, dulce y pálida de figurín romántico, lejos de la figuración torpe, sucia y sangrienta del suicida violento; el suicidio del que hallé rastros en uno de los más heladores poemas de César, aquel entregarse a la cálida evaporación del rastro de energía que es el hombre (así le escuché susurrar en aquella tarde, ya noche cuando se produjo esa salmodia: que así se me aparecen ahora las palabras de César...). Mas otra imagen suya se superpone a la contemplación de su cuerpo, rodeado de libros (ejemplares de sus tres publicados), originales (dos de los cuales me había confiado y que permanecen aún inéditos a pesar de mis esfuerzos por desamordazarlos...) y folios manuscritos,

aparte de varios carretes de cintas magnetofónicas con sus propias palabras, el último de los cuales giraba sin control en el magnetófono vertical cuando César fue descubierto por Renato. Renato era italiano y especialista en arte civil del Renacimiento; residía en nuestro país desde hacía dos años acopiando material para su investigación sobre las diferencias entre la arquitectura civil de ambos países; hacía tres meses que se había encontrado con César y vivían juntos desde entonces («formando pareja», palabras textuales de uno de los policías que presenciaban la actuación del forense: «o sea, ¡que ustedes se acostaban, como un tío y una tía, vamos!, ¡joder!», dirigidas a Renato). César había hallado en el italiano lo que su nombre sugería, un renacer, la ilusión de que aún le era posible la vida a través del nuevo nacimiento que significaba la disipación de las antiguas dudas sobre la certeza de sus convicciones en torno a sí mismo. En realidad, Renato no había sino proporcionado a César el espejismo que dilatase su decisión. Con Renato vivió una experiencia de posesión sin límites, posesión no fecundada, sin embargo, por una donación propia que hiciese soportable el desencanto que sobrevendría al agotamiento. Porque César, como había experimentado en ocasiones anteriores al encuentro con Susana, y con ella misma, estaba, sin saberlo reconocer, aquejado de cierto (y uso la palabra con toda medida en su sentido metafórico) vampirismo, una irrefrenada tendencia a sorber al otro, exprimirlo en cuanto pudiera dar de amor o de ternura o de violencia o de placeres... A ello sobrevenía con puntualidad el tedio y la autoflagelación certera y minuciosa; tras ésta, ese repliegue sobre sí, sólo comparable al de la ostra en torno a su estímulo. Durante uno de estos períodos me había formulado César aquella quemante pregunta impúdica: «¿Para quién escribes?», a la que respondí sólo tras escucharle responder a otra mía, lanzada como en torneo dialéctico: «¿Para qué escribes?». César había llegado

a idéntica respuesta que yo. «Para satisfacer mi ego». Tan escueta formulación no respondía, como era paladino para mí, a simplicidad sino a una ardua y prolongada fermentación de muy diversos fracasos en el orden expresivo y en el de la publicación; palabras que contenían también el destilado último de mi experiencia, hoy de modo muy crudo viva, en esta hora (Levanto de nuevo mi copa y la apuro, espesa, real y simbólica a la vez, para mi verdadera salud. ¡Amada mía!; Salud, oh solo!)

en que desnudo el envés de este tapiz que jamás volveré a reemprender. «Para satisfacer mi ego»: se me presenta ahora como una afilada cuchilla que amenaza diseccionarme, desenterrar todo el artilugio de este cada vez más extraño sujeto en que deposito mi consciencia (aún lúcido, aunque aquejado ya de ciertas previstas consecuencias de mi prolongada libación), poner ante los ojos de todos el entramado de este ser que he sido y voy dejando de ser, autor de la más grande frustración que haya podido ser imaginada, el más tibio desencanto

Primero había deslumbrado nuestros ojos (hablo de César y de mí, hermanos en ese mortal amor por la esquivia...) el poder de la palabra como denuncia; tiempos aquellos en que la realidad imantaba con sus gestos seductores y la mordaza impelia a morder la mano de quien la apretaba contra la boca: denunciar fue la clave, el sucio río en el que soñábamos sumergirnos para hallar a la amada complaciente; mas agua en que supimos que la cáustica realidad bien poco tenía que ver con la añagaza de matar al multiforme monstruo sólo en el territorio de los sueños. La pestilencia de aguas, que llegaron a ser podridas, empapó durante mucho tiempo nuestro enconado deseo sin camino. Y, sin anunciarse, como esa miasma que es sorbida sin consciencia en el aire, fue encendiéndose en nuestro horizonte otra pretensión, acaso sucedáneo primero, verdadero alimento después, la comunicación. Vivimos durante mucho tiempo (sé

bien que no preciso, pero ¿a quién importan ahora ya estos datos de aficionado a tesis doctorales?) el nuevo espejismo: dejamos piel y sangre (en muchos poemas de César pueden hallarse tales expresiones; en muchas de mis páginas quedan diseminadas reales andrajos de piel manchados de mi sangre) y la realidad de nuevo larvó de sal la siempre hirviente herida: las groseras imposiciones de esa comunicación convertían el soñado encuentro en repulsivo amarse ante el espejo; peor aún, roto el muro de la inedición ¿dónde ese tú con quien comunicarse?, ¿en qué clave hablarle?, ¿con qué torturante autodestrucción transustanciarse en palabras, las más de las veces engañosas, infieles a la cálida cópula de renacerlas nuevas en la propia voz? Supimos entonces que ella, la amada esquiva e imposible, pertenecía a la misma ralea infiel de las palabras, voluble y vana. Y la amamos más apasionadamente, con la obsesión de quien sorprende entre sus deseos más variados siempre el mismo destinatario. Y bruscamente, acaso generado por eso que llaman (los mercachifles de lo que en el hombre no es materia) instinto de conservación, rutiló una tranquilizadora resquebrajadura: el sentido último de tan incondicional entrega a la conquista de la amada no era sino el propio conocimiento. Confieso que nos sedujo este modo de salvación, aunque la inclemencia de ciertos espejos, la impudicia de revelaciones hasta entonces huidas, socavaron algunas ya ajadas convicciones, tal vez ya no tales sino simples excrecencias de nuestro cerebro. El último reducto de alguna brizna de imaginable salvación en el regazo de la amada se condensaba en aquel «para satisfacer mi ego», sólo en apariencia escandalizante salvo que lo escandaloso manase de la verdadera consideración de nuestros rostros: el empeño desesperado ya (y debe desposeerse a esta agresiva palabra de la blandura a que la ha condenado un empleo abusivo), desesperado ya —repito— por conseguir al menos una mirada de amor de la esquiva. Poco importa ahora

qué respondí a la desvergonzada pregunta de César «¿Para quién escribes?».

(¿Para quién, si no, amada mía, esta inmolación sin sentido?, ¿por quién arder de secreto placer ante la victoria sobre alguna reconquistada palabra?, ¿cómo, si no, amada mía, hallar la imprescindible vida para frenar la avalancha de cuerdas evidencias letales?, ¿por quién, si no por ti, amada mía, este rastro de salvación que eres, ya sólo afilada sospecha de que la salvación existe?)

«El día de hoy ha recibido el nombre de día de los caídos o día de la fe, por ser ese día en que José Antonio en el teatro de la Comedia, de Madrid, pronunció un discurso famoso que hizo nacer la Falange y la fe de los españoles de salvar a España, que iba camino de la ruina. Y como puso tanta fe en sus palabras, muchos, entusiasmados, le siguieron, lucharon y murieron por España, los que llamamos caídos, que también recordamos en este día elevando por ellos una oración»; el olor a la tierra mojada, sobre la que han vertido su frescor dos mangueras del servicio municipal en pleno calor todavía pegajoso de un octubre ya en declive, olor ácido sólo reblandecido por el efluviio de los naranjos que flanquean la avenida hasta el monumento a los caídos, humedad insuficiente para frenar la polvareda que tantos pares de pies despiertan contra los gritos de los altavoces como ojos vigilantes a ambos lados de la tribuna, fachada con la bandera extraña y funeraria, seco olor en seguida confundido con el resquicio del tufo de las clases adherido a los guardapolvos y el sudor de la cansina caminata desde el colegio, en rigurosa formación de a tres en fondo, con pretendida marcialidad, los pies dolorosos sobre los adoquines de las calles, opresivo el manotazo del sol en el cogote, mareante la luz de los destellos de tantos pechos condecorados, chaquetas blancas impolutas sobre las oscuras camisas, los ojos instalados sobre las chaquetas y las condecoraciones febriles y expectantes por la secreta obsesión inconfesa ante los enemigos de la patria todavía activos y amenazantes, seguramente agazapados en la co-barde sombra, dispuestos a saltar, «caralooooooooooooo con la camisa nuceeeeeeeeeeva que tú bordaste rojo ayeeeeeeeeeeeeeeer», agresiva la luz

en las rojas boinas como manchones de sangre sobre el enjalbegado paredón, las gotas de sangre aterradoras sobre la sábana, el zumbido perforando la cabeza desde una oreja a la otra, el imposible frescor de las manos de tu madre apretando contra tu frente el paño mareante empapado en alcohol, las carreras por la casa, los susurros, la desaparición de los orificios de la sangre sobre el murallón encalado de la sábana convertido en sudario desde el que el dolor buscaba caminos nuevos por la cabeza y estallaba en los oídos, de pronto ensordecidos, grotescos los rostros a tu alrededor hablantes labios sin sonido, y el latigazo final, paso hacia el vacío abierto ante ti, entonces niño como ahora, este preciso instante en que acabas de localizar lo que se llama cabeza, y tienes consciencia de que lo que debes rotular tu mano se dirige hacia el hueco que bajo tu cabeza supones sustento de ésta, apelmazado aún en tus fosas nasales el olor de la tierra mojada y en tu cerebro erguida una palabra: «llueve»; el estallido repentino del trueno a lo lejos, detrás del murallón brillante de los «caídos por dios y por España, José Antonio primo de Rivera, ¡presente!», y la agresión casi instantánea de los pesados goterones sonoros primero, mojadores después, la desbandada miedosa de los niños, los gritos primero sorprendidos, medrosos luego, de los niños ya en desordenada diáspora, las destempladas órdenes de los maestros, los vibrantes gritos de los ocupantes de la tribuna, impertérritos primero, heroicos después, aterrados en seguida por la convicción de haberse producido el temido acto destructor de lo tan arduamente conseguido con la gloriosa cruzada nacional, acometidos por el fuego del martirio al que algunos abrieron sus pechos tras comprobar la imposibilidad de blandir la pistola amiga dejada no sin escolofrio en casa a la hora de desentumecer el uniforme patriótico de naftalina y sueños aún vivos, los pitidos de los guardias municipales, y el trallazo de una voz como la atronadora del dios del Sinaí proclamando sus mandamientos, «un atentado, un atentado»; instante preciso en el escuchaste otro creído trueno pero ya no semejante al primero porque fue en seguida secundado por otros de similar sequedad metálica y dolorosa en tus oídos y que espiciaron un denso olor ácido, luego sabrías era el olor de la pólvora, las carreras desbocadas de los policías vociferantes, gigantescas sus figuras

grises y sus botazas desde el sueño en que reptabas tras haber sido empujado en la carrera, el escozor en las palmas de las manos y en las rodillas y en la frente, el sobresalto de la sangre velando cálidamente el espectáculo, ya inmóvil tú sobre el suelo acurrucado contra el apelmazamiento de cuerpos, crecientes las voces restallantes, los gritos destemplados, las órdenes, la sangre en tus manos, manoseada en tu cara y en tus piernas, chorreante sobre el guardapolvos, la tribuna lejos bruscamente vacía, repetidos los truenos, enrojecido todo frente a tus ojos antes de ser poseído por una laxitud tibia que te hizo volar por una deslumbrante blancura; caída brutal fulminado por el trueno que te envolvió en aquel olor metálico, zarandeado por tactos dolorosos, arrastrados sobre el olor a tierra mojada en seguida sustituido por la ácida penetración de tu boca de un aire que sentiste espeso, zumbantes de fuego los oídos, apenas perceptible más tarde el aullido de una sirena cuando todavía los truenos enconaban la quemadura en tus oídos, y de nuevo el abandono tibio sobre una enrojecida suavidad; los ojos de tu madre bruscamente abiertos al fondo del asfixiante túnel por el que rebotaba una palabra con olor al metálico estallido de los truenos, los ojos de tu padre abriéndose paso entre la niebla poco a poco espesa, reveladora de la realidad, las palabras de la voz de tu madre, el descubrimiento de que tu cabeza se ocultaba bajo un tacto de venda húmeda y el penetrante olor de la Casa de Socorro y la sala de hospital de sor Damiana, una palabra rebotando dolorosamente en tu memoria, «atentado atentado atentado»; la tribuna de los brillos vacía, el olor de la tierra poco antes empapada ya polvorienta por los pies de los niños, «caídos por dios y por españa, josé antonio primo de rivera, ¡presente!, ¡viva franco!, ¡arriba españa!»; la lluvia tenaz sobre el desconcierto una vez que te habían conducido lejos del que un poco avezado narrador llamaria dantesco espectáculo, los patrióticos héroes empapados e ilesos, humillante la vergonzosa constancia de la verdad, en seguida convertida en clarinazo, como supiste años después por el álbum de recortes de prensa de tu padre, subrayada la noticia por su vaga sonrisa escéptica, «buen susto que se llevaron, alguno llegó a cagarse en el uniforme, ¡mira que confundir un trueno con un atentado y liarse a tiros..!», «...del cobarde atentado sólo

hubo que lamentar algunos niños heridos, uno de notable gravedad, y el consiguiente susto, que no llegaría a más gracias a la heroica intervención de la policía, una vez más garante del orden contra quienes de modo tan vil, cobarde e incalificable atentan contra la paz tan arduamente lograda de todos los españoles...», vileza que se completaba con la borrosa fotografía de una cama de hospital donde yacías tú, el niño de cabeza aturbanda; ahora tu cabeza ya no el centro de la herida, como constata lo que sin estridencias llamas tu mano, buscadora del inexistente vendaje mas descubridora del pecho, así debes nombrarlo, que llena el hueco que suponías sustento de tu cabeza, tal su nombre aceptable, volumen que lleva a tu memoria hacia tu reconstrucción como si alguien hubiese tirado con brusquedad del lienzo húmedo que cubriera tu cuerpo, esa es la palabra para señalar este reencuentro con el otro tú, el que sin saberlo experimentabas ausente, ahora reencontrado aunque sólo a través de ese tentáculo de lo que dices tu mano, removedora de este olor a tierra mojada por el que has llegado a la naufragante constatación, «llueve», palabra que adquiere lo que con automatismo piensas luminosidad, picor que se frota sobre el lugar de tus ojos y vacila antes de incurstarse frente a ti cuadrado de luz que asocias con la humedad de una tierra recién regada por la lluvia, de pronto incitadora de otra sensación ilocalizable pero aguzada en tu cerebro, creciéndote desde su primer sonoro posarse en tierra hasta la abierta fluidez del chapoteo sobre un charco en el que acabas de botar la cajita de lata amarillenta de «Lithines del doctor Gustin» convertida en aventurero transatlántico de los grandes mares de este breve lago abierto con la tolerante ayuda de tu padre muy cerca de la orilla en la arena húmeda que hasta hace pocas horas estuviera cubierta por la marea, lago que asegura su propio suministro de agua sin necesidad de que te levantes hasta la agresiva orilla provisto de tu cubo de latón pintado de rojo y verde, ahora convertido en molde para elevar los castillos que flanquean este misterioso lago; picante el sol sobre la arena que se adhiere a tu piel en piernas y brazos, cálido sobre la tela gris y áspera del bañador desde la mitad de tus muslos hasta medio antebrazo, escocedor entre los pelos mojados y arenosos, engrasado y pegajoso sobre la cara recién embadurnada

por tu padre con aceite de oliva, ante tus ojos las cucharadas de la purga periódica en la mañana de cada sábado; transatlántico que comienza a poblarse de personajes con celo seleccionados para este fantástico viaje por este mar, el lobo queda en tierra, el oso recibe permiso para embarcar, y la ardilla y la tortuga que ganó a la liebre y la liebre que fue derrotada por la tortuga y la loba que amamantó a los hermanillos y don Quijote y caperucita, permiso denegado al rey Midas y también a Icaro, que estrelló tu cometa, permitido el embarque al gordinflón de Eolo, quien hace naufragar de pronto al barco no habituado a soportar la gravitación de tan abundante carga de conchas marinas, parte de tu orgulloso tesoro, hundimiento que viene a coincidir con las manos de tu padre que inclemente y sordo a tus protestas te toma por la cintura y te encarama sobre sus hombros, su cabeza de abundante pelo negro ondulado apretada contra tu barriga, vacilante ante tus ojos ya llorosos la cegadora arena, aterradora la superficie verdosa del agua, amenazantes las crestas de espuma que el horizonte inquieto envía contra el cuerpo de tu padre bajo tu tembloroso cuerpo, agarradas tus piernas en torno al cuello firme de tu padre, cuello al que ves acercarse el agua que ya oculta tus pies y tus rodillas, instante en el que te sientes poseído por el ahogo en el estómago que anuncia la necesidad de mover brazos y piernas de la precisa manera aprendida de tu padre y necesaria para flotar, amarga el agua salada, agria en las fosas nasales, escocedora en los ojos, el vacío batido por piernas y brazos en el ensordecedor griterio del mar alborozado por la voces no miedosas de tus compañeros de colonia escolar, producido de pronto el milagro de la ingravidez, palabra que sólo podías aplicar más tarde y en bien diferentes circunstancias, la cálida sensación del cuerpo que no se empeña en tirar de tu miedo hacia la oscuridad del fondo sino que te levanta hasta la mecedura de las olas, ya aliadas en el gozoso juego, alegres también tus gritos, la cara de tu padre entrevista sonriente, su cuerpo emergiendo hacia la orilla; la repentina sensación de soledad, todo de pronto silencio a tu alrededor, el miedo bruscamente paralizante en las piernas y los brazos, el cuerpo rebelde en seguida a tus deseos de flotar, la bocanada amarga e hirviente en la garganta, la escocadura por los ojos, la tiniebla súbita, la pegajosa densidad

del agua envolviéndote con una sutil red inmovilizadora, el corazón golpeante en el pecho, doloroso en las sienes, el ahogo; localizado ahora en ese recién descubierto como real sustento de tu cabeza no herida, tras haber descubierto, tal es la palabra adecuada, descubrir, la luz por encima del olor a tierra mojada y las persistencia del sonido que delata lo que hace horas o siglos o sólo instantes has clavado en tu cerebro con la única palabra que no ha necesitado de tortuosos caminos para seducirte: «Llueve».

(¡Qué gozo, amada mía, este dolor áspero de haber descubierto que en algún rastro de mi no existías! Ausente de aquel niño que fui: ¡he ahí la isla en que salvarme de tu indiferencia! ¡he ahí el secreto refugio en el que rumiar mi hambre sin el asedio helado de tu impuesta lejanía! Regresar a ese niño, amada mía, retroceder, negar la escocedura implacable del tiempo, rescatar aquel mundo en el que tú no señoreabas, vivir sin la torturante evidencia de estar muriendo consumido en el deseo de alcanzarte, respirar todo el aire de aquel niño ignorante de ti, existente sin ti, viviente sin ti, sentidor si ti, amada mía... ¡Qué amargo este gozo de haber hallado la salvación sin ti, amada mía!).

Llovía y la noche se desplomaba con una oscuridad espesa que me empapaba con la sensación de que el aire metía en los pulmones partículas de un sabor ácido y quemante. Los faros del coche zapaban, apenas orientados por la línea amarilla en el centro de la carretera, a ratos intermitante, avisador muro a ratos para delimitar dos maneras diferentes del mismo instinto de huida. Porque así veía aquella hora: había arrancado el coche con el automatismo de quien regüelda en su cerebro algo que desembocará en decisión; había enfilado la carretera que de modo más sin esfuerzo surgió más allá del cristal salpicado y polvoriento del parabrisas; había buscado la distancia con la

fiebre de quien está acometido por la urgencia vital de llegar a alguna parte; había conducido a gran velocidad (lo sé porque saltaban las alarmas por entre la maraña de mi cerebro); y, recorridos diez ó doce kilómetros había lentificado la marcha en el instante mismo en que fui capaz de preguntarme por qué huía. Los brazos del limpiaparabrisas marcaban un ritmo monótono y sedante que me imponía la consciencia de la realidad: ser una partícula lanzada contra la oscuridad dentro de otra inconsistente partícula de materia; pero una partícula viva y, sobre todo, pensante, dolorosamente pensante. Escuchaba mi voz, extraña y sin eco, con esa pesadez propia del susurro que se produce en el interior de un túnel cuya salida sentimos desaparecida a nuestras espaldas y sólo imaginamos ante nuestros pasos. ¿Por qué huyes? Hubiera sido fácil en otras circunstancias responder; pero entonces ¿de dónde destilar algún rastro de lucidez tras haber sido hundido por mi propia lucidez inmisericorde?, ¿cómo organizar de manera lógica lo que no era sino el inclemente derrumbamiento de la lógica y el orden? En este instante en que escribo, reconozco que afectado por las abundantes libaciones (¡Ay, amada mía!), podría responder con muy escasas palabras. Pero ¿a quién interesa ya? Prefiero dilatar la hora última, aunque haya de lenizar mi impaciencia y moderar ese primario deseo de arrasar todo cuanto me refiera a ella, la amada esquiva, mi apasionada sinrazón de vivir. Porque allí estaba ella. Ella (y no es una estéril paradoja de dudoso rendimiento estético) ella era el punto de partida y el ansia de llegada. En una ocasión escribí un relato muy breve en el que alguien (aparecía nombrado así, «alguien») huía de alguien (rotulado así, aunque con mayúscula, «Alguien») y, a medida que lo conseguía, notaba que las fuerzas iban abandonándolo, como si el fluido vital se debilitase con su alejamiento; cuando comprendió que regresando reencontraba su vida, decidió desandar lo huido; y, en efecto, las fuerzas retor-

naban a él; pero cuando los cálculos le mostraban firme que debía estar ya en el punto de huida, le fue revelado que nunca alcanzaría el objetivo: le habían sido negadas la meta y el arranque, condenado al puro ejercicio de huir y de buscar; cuando, aterrado, alguien quiso morir, no halló medio, porque la muerte era huida y a la vez meta; y desde entonces, alguien vagaba por el mundo... El origen de este texto no había sido lo que me ocupa sino la simple intuición, que supongo desarrollada en un escritor normal, premonitoria en esta ocasión: he ya aceptado, y puedo, por tanto, confesarlo aquí sin el estremecimiento de horror de otros tiempos, que ese alguien soy yo, que huye y busca a Alguien, ella, la esquivo que se empecina contra mí con una creciente indiferencia que, esa noche a que me vengo refiriendo, se hizo cáustico desprecio. No voy a revelar que el haberme negado a última hora (contra todo pronóstico razonable, contra toda lógica fundamentada con minuciosidad, al margen de lo por tantos considerado justo, digo justo, entonces) aquel premio (más prestigio y reconocimiento a una labor que importancia económica aun siendo ésta importante) fue el punto de partida, culminación de una insostenible amarga desesperanza suicida. No lo diré porque, a pesar de las precauciones que he tomado con respecto a este texto, podría caer en mentes de repulsiva simplicidad; y me revelo contra la simple sospecha de una incompreensión más, enconada por producirse cuando el tapiz ha sido por irreversible decisión abandonado. No lo anotaré, pues. Aquella noche, enlatado en aquel breve recinto fugaz y luminoso, ridículo topo contra la tiniebla lluviosa, hubiera sido incapaz de responder. Porque habría aludido a lo inmediato, a lo que acababa de producirse, deslumbrado; cuando, en verdad, se había puesto amenazante en pie toda la podredumbre agazapada a lo largo de tantos años de asedio a la obsesiva amada indiferente o tibia. De ella huía, aunque la inmediata decisión de terminar de modo defini-

tivo pareciera volar a menos altura; cualquier sicologuillo se habría atrevido a etiquetar mi muerte entonces como fruto de una intensa depresión agravada por un monstruoso fracaso que una personalidad neurótica no había soportado. Diagnóstico tranquilizador para el fichero de suicidas. De ella, la amada esquiva, huía, aunque en aquella carrera, que volvió a hacerse veloz contra la densa oscuridad barrenada por los faros del coche, sólo emergiese en mi cerebro perplejo y cansado la idea de huir sin matices: prueba de lo íntimamente unidas que estaban en mi literatura y vida, incapaz de marcar las lindes que habrían salvado, al menos, mi pingajo de humanidad viva aún desprovista de su sentido único. Así, la idea de morir se impuso. Brillante, seductora, irresistible, lógica, hermosa. Mas había de ser una muerte preparada, pensada, prevista como si se mirase a través del visor de la cámara antes de proceder a rodarla. Cuando tomé tal decisión, de modo incontrolado reduce la velocidad y mis sentidos se alertaron; comenzaron a producirse con nitidez las alarmas que un conductor no muy asiduo experimenta en cuanto comienza a ser consciente de sus actos. La lluvia seguía cayendo perpendicular; el ritmo del limpiaparabrisas era cansino y me alarmó la posibilidad de que cesase, roto por cansancio alguno de sus artilugios; los faros parecían reptar demasiado cerca, miedosos ante la dureza del muro de sombra, desconcentrados por la rociada de agua; los neumáticos se deslizaban con un chasquido que me intranquilizó con la sugerencia de un patinazo. Llegué a moderar tanto la velocidad que en varias ocasiones me sobresaltaron, primero los destellos, luego los bozinazos airados de otros vehículos que me adelantaban. El güisqui en sociedad con determinadas pastillas podía proporcionar una muerte hermosa, serena y segura; más tarde he comprendido que mi insistencia (de la que no era consciente entonces) en los aspectos estéticos de mi muerte no era sino una prueba de que tal decisión sólo

tenía la consistencia de un simple destilado intelectual, por mucho que la sintiera firme. Tanto como para experimentar un progresivo terror a ser víctima de un accidente en aquella carrera, cada vez más lenta, por un túnel de tiniebla y de lluvia... Y el accidente se produjo. Una de las historias de las que me siento más satisfecho parte de una accidente. Cuando lo imaginaba para convertirlo en leit-motiv del relato, amontoné sensaciones y datos externos, tal y como podía idear alguien que sólo poseía la experiencia ajena de un accidente en que muere una mujer embarazada y queda malherido un hombre. Era el punto de arranque para una indagación sobre la que trabajé durante varios años (y que, por cierto, fue tan incomprensida como otras, vituperada por ciertos puristas, eso para gloria mía, rechazada por los más progres, para mi secreta vergüenza, e instaurada como el tardío intento de ponerme en onda...). Una indagación en la que el personaje se debate, tras haber curado sus heridas corporales, en la búsqueda de sí mismo; y, lentamente, se identifica; y en esta identificación descubre a la mujer y al hijo, éste no nacido y ella muerta, a quienes convierte en únicos sustentos de su vida y con quienes mantiene largas patéticas comuniones, convencido de que viven aunque una insidiosa organización inexplicable (en la realidad, los psiquiatras que lo tratan en una institución modelo..., inexistente, por tanto, en este país nuestro) los mantiene alejados de él; un doloroso proceso de reencuentro que ¿destruirá o vivificará al personaje?; en este libro no quise dar una respuesta, lo que me valió, entre otras diarreas, la acusación de «impotencia mental y creativa» (cito de memoria la deposición de un crítico) y la ambigüedad narrativa. No revelaré que el fracaso de aquel libro fue una de las más firmes y convincentes sinrazones que me han traído a esta hora en que

(Hora, por cierto, en que vuelvo a llenar esta copa que vengo con, en

otro tiempo alarmante, frecuencia bebiendo. ¡A mi verdadera salud, amada mia!)

porque volvería a dar materia a los simplificadores para etiquetarme y, de tan cómoda manera, justificar la esquizofrenia que todavía en este instante me escalofría. A esa siguió otra novela que nunca había pensado escribir. Porque, a diferencia de las precedentes, que pesaban dentro de mí desde hacía años, ésta se fue mostrando a mis ojos recién nacida, impensada hasta el extremo que, en ocasiones, sospeché estar escribiendo regido por la mano de otro, poseído (la idea es romántica, sin duda, pero me sugestionó) por una fuerza que me utilizaba como instrumento y me concedía, de paso, la posibilidad de acceder a un atisbo siquiera de genialidad, por fin rota la dureza de la amada. Reconozco haber vivido una experiencia alucinante (en el preciso sentido de la palabra, no en el burdo vulgarizado y sobado), casi de posesión; con frecuencia, me costaba más de una hora entrar en lo que, a partir de ese instante era un fluir nada fácil pero firme, agotador como en pocas ocasiones anteriores había sabido, lejos de esos estremecimientos con que, a veces, nace una página... Fueron cientos o miles de horas ante esta misma máquina en que tecleo ahora, en la penumbra de esta habitación cuya ventana única se abre a una avenida de sauces, mudo el teléfono en el suelo, y ante mí la copa cuyo vacío reclama una nueva inundación de esta sustancia vital que es el único alimento que me concedo desde... Decía que fueron miles de horas de trabajo, un esfuerzo arrasador pero compensado por su repetición ritual y por los frutos. Sé que a alguno de los buitres carroñeros (y no se atribuya resentimiento a la expresión más bien algún efluvio unamuniano...) gozaría oyéndome contar cómo escribí esta novela, sin guión previo, sin esquemas de trabajo, sin saber qué escribiría cada vez que me aferraba a esta máquina; se frotaría las manos descubriendo la improvisación, las contradicciones, «pases de tirón» (con re-

pugnancia utilizo esta expresión que hiede, pero se me presta útil), las fisuras de inconsistencia según la norma (¡oh, la norma! ¡salud, oh muerta! ¡la norma ha muerto: quede muerta la norma!)... Lo sé, y no habría tenido inconveniente en revelarlo si, por fin, ese libro hubiese hallado (siguiendo todo pronóstico razonable, esta lógica fundamentada con minuciosidad, de la mano de tantos considerado justo entonces...) la respuesta de la esquivia en aquel negado premio

Llueve.

Has escuchado pronunciar esta palabra junto al sonido del agua rodando por los cristales de la ventana, sobre los adoquines de la calle, helado el cristal bajo tu frente, húmedo en la cercanía de tus labios que lo empañan con un aliento que el sobrecogimiento espesa, duro el cristal en la punta de tu nariz aplastada contra su transparencia, alguien detrás de ti, agarrando tus hombros y escalofriando tu cogote con el aliento tibio de unas palabras consoladoras o tranquilizantes, la calle enseguida ocupada por el rumor de pisadas como en esa película de la guerra pero ahora no soldados sino pisadas sólo precedidas por los dos acólitos de sotanas rojas con botones blancos, más tarde vestirías tú aquéllas ahora miradas con envidia a pesar del nudo en el pecho y la borrosa visión tras el cristal de la ventana de tu casa, monaguillos con pesados hachones procesionales flanqueando al sacristán portador de la manga parroquial, y tras ellos la fila interminable de niños, tus compañeros de colegio circunspectos podrias decir mas tarde cuando en similar ocasión te evocaste tras el cristal de una bien diferente ventana y en otra muy distante circunstancia, los niños colocados según en riguroso orden de clase en dos filas a los lados de la calzada de adoquines al borde de la acera, uno caminaba renqueante un pie por la acera otro por la calzada, los maestros por el centro, vigilantes sólo en apariencia, compungidos en apariencia, la salmodia monótona e ininteligible del párroco, hundido bajo el lujo de la capa pluvial, el lentísimo avanzar del coche funerario envuelto en incieso y empañado por el resplandor de una lágrima y el deshacerse de tu aliento, la pequeña caja blanca nitidamente se-

ñalada contra el tapizado negro orlado de sucias fenefas plateadas, tu padre junto al director, don cerdito, en el grupo que sigue al coche fúnebre, con el traje negro que sólo en las amarillentas fotografías de los abuelos habías visto alguna vez, allí con sombrero y sonrisa seductora y junto a una mujer vestida de blanco que no era tu madre en otra, ahora tenso y pálido tu padre, su mirada hacia la ventana en que te hallabas, tus lágrimas ya incontenibles, más recia la presión de las manos sobre tus hombros, más íntima la humedad de palabras cosquilleantes en tu cogote, la silueta del angelón en la cresta del coche funerario clavada en la retina con su ágil pirueta de niño travieso que salta de nube en nube persiguiendo a los corderillos de la mañana, los que han escapado del sueño logrado de los vecinos celestiales que han de contar corderillos para que el amable sueño pose sobre sus párpados su varita dorada y dulce, o precediendo a los angelotes de la segunda grada, los encargados de proteger a los niños para que no den malos pasos ni se hagan daño ni sean maltratados, angelotes también traviesos de tanto convivir con sus vigilados, o brincando a la par que los angelotes de la tercera grada, los encargados de proteger a los juguetes cuya fragilidad es todavía mayor que la de los niños, angelotes juguetones y vivarachos de tanto convivir con sus vigilados, o enzarzándose con los angelotes de la cuarta grada, los encargados de proteger a quienes inventan todos los cuentos para los niños, angelotes fantasiosos de tanto convivir con sus vigilados, imposible discernir a qué orden perteneciera el angelón funerario, acaso al orden desconocido de los protectores de cajitas blancas de niños convertidos en angelitos, pero deberían ser tristes de tanto convivir con sus vigilados y aquél era regordete y satisfecho hincado en el borde de la cresta sobre el coche funerario por la punta de un pie y levantado airosamente el otro en pase de baile, más propio de lúdicos angelotes de la tercera grada, tal vez un verdadero angelote de la tercera grada, pues el niño pálido convertido en angelito dentro de la cajita blanca se transformaba en juguete de los angelotes del cielo, y ya correría entre las nubes cirros cúmulos y nimbos y triscaría con los hasta entonces vigilantes suyos, angelotes de varias gradas que celebrarían la llegada al cielo del recién ángel, y con la cajita blanca navegaría por los mares de azulina y se

deslizarian por la cola del arco iris y moldearían los copos de nieve, nunca habías visto nevar salvo en la artificial escenografía de aquella película proyectada en el cine escolar un sábado como otros en la que un Papa Noel de largas barbas de lana y misterioso saco de sorpresas entraba por una chimenea también de atrezzo pues no tiznaba, tan sólo una vez nevó en aquella ciudad pero en nada semejante aquel tímido revolotear de pelusillas a lo que luego vivirías como una verdadera y propiamente denominable nevada, y harían pipi rosado y cálido que es la materia de las lágrimas de los niños que ven pasar el entierro de nunca supiste quién desde la ventana lluviosa de tu casa, y con la cajita blanca jugarían a; Inglaterra capital Londres, Dinamarca capital Copenhague, Suecia capital Estocolmo, Noruega capital Oslo, Rusia capital Moscú, Finlandia capital Helsinki, Irlanda capital Dublín, en el norte; en el sur, Portugal capital Lisboa, España capital Madrid, Italia capital Roma, Yugoslavia capital Belgrado, Bulgaria capital Sofía, Albania capital Tirana, Grecia capital Atenas; «mi clase, mi clase es grande. Tiene cinco ventanas grandes por donde entra la luz y el aire. En la pared principal está el crucifijo y dos cuadros, uno con el retrato del Jefe del Estado, don Francisco Franco Bahamonde, Generalísimo de España, y otro de José Antonio Primo de Rivera. En otras paredes hay un mapa de Europa y un encerado grande y muchas perchas donde los niños colgamos los babis, el maestro lo guarda en su armario. En un armario se guardan los libros, los cuadernos y otros útiles de clase. Tenemos nueve mesas para los niños. En cada una se sientan siete y uno de ellos es el jefe y cuida del orden y limpieza de la mesa. Es de las mejores clases del colegio» «Ramos debe un real de tinta, Pedro es mariquita, el maestro folla a su mujer, ave maría purísima, el patacorcho es bobo, teta, culo, arriba España, tonto el que lo lea», picante el polvo en la nariz y en los ojos, el polvillo verdoso procedente de las tres manos que se afanaban contra la impertérrita pintura de acumuladas capas en la puerta de subida a la cabina de proyección del cine escolar, el maestro encolerizado y azuzador vigilante de los tres niños que el azar había señalado como representantes de las manos anónimas que fueron dejando sus mensajes en la no hacía mucho repintada puerta, representantes activos provistos de

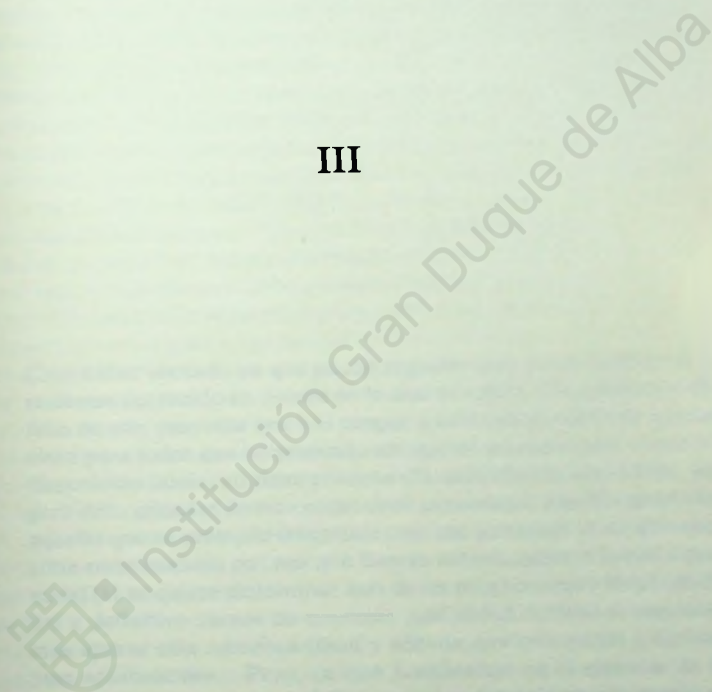
medias cuchillas de afeitar como instrumento de necesaria eficacia contra la agresión que el maestro no había podido distinguir durante los quince días en que estuviera sometido a tratamiento por el oculista, don Ramón el culovaso, que solía dar repelones en una y otra patilla a los alumnos que hubieran agotado las bendiciones de su San Palermo Bendito, una regla de caoba legada por su padre, también maestroescuela, quien a su vez la habría recibido del suyo, genealogía que el culovaso explicaba con delectación y uncimiento, su contacto levantaba rojeces en las palmas de las manos, incluso habiendo tenido la precaución de impregnarlas cuidadosamente con ajo fresco, verdadero exorcismo si bien de fácil autodelación contra el jarabe de palo y que había dado resultado en otras ocasiones, como era el caso de Joaquinito, sobre cuya mano mugrienta rompió don Marce el patacoja su ya reseca varita pedagógica, empleada también y con dinámico efecto en los muslos y las pantorrillas de los alumnos, siempre eficaz salvo que el maestro olvidase levantar el faldón del guardapolvos, ocasión en que el zumbido de la varita sobre la tela restallaba en el ánimo del niño con mayor daño que si se hubiera éste producido sobre la piel, afán limpiador de don Ramón el culovaso que fue completado con el ejemplar castigo colectivo, una hora diaria hasta nuevo aviso de desfile marcial ante las banderas del patio de recreo, frente al mástil firme ¡ar! —taconazo ¡ar! —saludo brazo en alto ¡ar! —firme ¡ar! —taconazo ¡ar! —arriba España ¡ar! —incorporación a la fila ¡ar! —marcha ¡ar!, a partir de la hora de salida vespertina, el desfile desganado y doloroso en los talones y en las rodilla, izquierda-izquierda-izquierda-derecha-izquierda, coronado con la desfallecida entonación del himno de la patrona de la ciudad y el desembocar gozoso por el portalón en la calle gritando más de contento que de patriotismo «quiero-leeeeelevantar-mi-patriaaaaa-un-inmeeeeeeeso-afán-me-empuja-poesía»; fueron tus primeros escarceos, emplea esta hiriente palabra iconoclasta e irrespetuosa hacia ella, escarceos amorosos con la esquiva, convencido de que jamás serías capaz de bajar a la arena del que suponías entonces imprescindible realismo narrativo; tembloroso porque ella, la amada esquiva, te hubiera concedido ese privilegio de exquisitez inefable de la poesía, aquel don que ni el mismísimo Cervan-

tes se atreviera a pensar entre los múltiples con que ella lo desposase; ¡y tú cebaste con no sabes qué bellotas el sueño! ¡alimentaste tu sangre con la encendida guerra que te elevara a sus ojos! ¡tallaste en tu piel el rostro de la amada! ¡viviste para saberte revivido por la labra de la amada! ¡amaste para encontrarte amado en el desván de todas la palabras! ¡torturaste de amor tanta memoria con que ventearla! ¡cuánta hambre para alimentar tu deseo! Pero

¿qué te sucede? ¿dónde has abandonado tu máscara para ocultar la verdadera máscara? ¿qué haces aquí, mirándote reencontrarte, aferrado a una palabra? «Llueve», repites en la memoria herida.

Y escribes: «Llueve». Y no te importa qué playa sea esta que te acoge, porque sabes bien que no es aquella por la que has venido naufragando durante tantos años o siglos o instantes de lo que hasta no hace demasiado tiempo llamabas «tu vida»; «mi vida», decías con una babosa solemnidad hecha de cuanto estiércol ha sido capaz de producir tu podrido deseo infecundo de ella, la imposible amada, amada, sin embargo, de la misma irrenunciable manera con que el borra-cho ingiere su propio daño  
amada mía

### III





Creo haber anotado ya que puedo esgrimir muy pocas razones para reclamar ser tenido en cuenta en lo que se refiere a la realización última de este proyecto que nos ocupa; a estas alturas debe de quedar claro para todos que no pretendo arrogarme un papel para el que mi disposición inicial no tiene prevista cláusula alguna; ahora bien, sugerir determinadas formas como debe presentarse ante el espectador aquello que se pretende transmitir creo me pertenece como derecho, entre otras razones por eso que llaman autoría, autoría inicial o germinal (si se quiere denominar así) de un proyecto cuyo resultado final y definitivo carece de concreta paternidad, incluso si pretendemos apurar esta metáfora (fácil y sobada, por otra parte) y atribuímos aportaciones... Pero, ¿a qué justificarme en el ejercicio de lo que es mi legítimo derecho? Tal vez mi insistencia en ello revele alguna inseguridad radical mía...

Plano uno: Gran ventanal entreabierto, es de noche, llueve intensamente; el agua debe escurrir en apresuradas líneas paralelas por los cristales y debe apreciarse también formar cortina contra el paisaje

que sólo se adivina en sombras; banda sonora, ruido de la lluvia. Plano dos: La cámara retrocede y va descubriendo una habitación en penumbra (algún mueble blanco de hospital), corre paralela a lo que se adivina es una cama de hospital; la cámara se detiene a la altura de la almohada; banda sonora, la misma. Plano tres: Desde el plano precedente la cámara se eleva por encima de la cama, hacia los pies, la bordea y descubre un cuerpo sobre ella (desplazamiento grúa horizontal-vertical enlazados); banda sonora, la misma. Plano cuatro: Gran primer plano de la mano que surge de quien yace en la cama; la mano tantea, buscando primero en el aire, en dirección al ventanal; banda sonora, sigue lluvia. Plano cinco: La cámara está colocada detrás de la cabeza del yacente; primer plano de la mano y parte del brazo, se vuelve aquélla tanteando y buscando hacia el cuerpo; la mano se acerca a los ojos, lugar que puede ocupar la cámara, y termina por oscurecer el plano; en banda sonora, lluvia; encadenado con: Plano seis: Flash back; en la banda sonora, el sonido de la lluvia cambia de intensidad, pues ahora suena sobre un coche; en el plano, interior de coche, la cámara ocupa el lugar de la cabeza del conductor, llueve intensamente, los faros se van abriendo paso con dificultad a través de la oscuridad y de la lluvia; cruzan a gran velocidad otros faros de coches; en banda sonora, además de lo indicado, efectos especiales. Plano siete: Cámara sobre el capó del coche, primer plano del rostro del conductor, rostro borroso tras la lluvia y el manoteo del limpiaparabrisas; aparece concentrado, ido, con un destello de patetismo en los ojos; en banda sonora, sigue. Plano ocho: la cámara, colocada en el exterior, a unos cincuenta centímetros del suelo, recoge el paso a gran velocidad del coche; banda sonora, efectos especiales sobre misma; el salpicar de los neumáticos ennegrece el objetivo y encadena con: Plano nueve: Cámara detrás de la cabeza del conductor; el violento fogonazo de unos faros que aparecen enfrente hace estallar de luz el encuadre; banda sonora, la misma. Plano diez: Cámara en la misma ubicación; brusco desplazarse del campo abarcado por los faros hacia la izquierda; banda so-

nora, la misma más chirrido de neumáticos que patinan. Plano once: Misma ubicación de la cámara, bandazo hacia la derecha; banda sonora, sigue anterior. Plano doce: Misma ubicación cámara, violento bandazo hacia la izquierda; banda sonora, idem. Plano trece: Misma ubicación cámara, bruscos desplazamientos laterales de la cabeza del conductor; sus brazos tuercen convulsivamente el volante a derecha e izquierda; banda sonora, la misma. Plano catorce: Misma ubicación cámara; la luz de los faros muestra cómo la carretera gira hacia la derecha mientras que el vehículo va hacia la izquierda; banda sonora, la misma, especial insistencia en chirridos. Plano quince: Misma ubicación cámara, pero ahora lateralizada, transmitiendo la sensación de que el coche se precipita escorado fuera de la carretera; banda sonora, la misma. Plano dieciséis: Misma ubicación cámara el plano comienza a girar aceleradamente, las luces de los faros muestran estos giros sobre el paisaje nocturno; banda sonora, la misma, subrayados efectos especiales. Plano diecisiete: Banda sonora, silencio brusco; cámara, misma ubicación, cesa de pronto de girar y queda en posición invertida. Plano dieciocho: Pesada caída ante la cámara (en misma ubicación) del cuerpo del conductor; banda sonora, estruendo brutal del coche al chocar contra un árbol en sus vueltas de campana; silencio repentino; permanece sólo ruido de lluvia. Plano diecinueve: Cámara en exterior, objetivo zoom: parte el plano del punto luminoso (piloto del coche encendido) y abre campo hasta mostrar al coche volcado, ruedas hacia arriba y destrozado contra un árbol que ha frenado su carrera; la lluvia debe imponerse con una clara sensación de cortina; banda sonora, silencio. Plano veinte: Disolvencia del plano anterior y el que fue punto de partida del flash back: la mano del yacente sobre la cama que se retira de los ojos (Vde. plano cinco) y hace aparecer el ventanal al fondo, destacando en el primer término el busto del cuerpo sobre la cama hospitalaria; banda sonora, silencio; en seguida, ulular de una sirena y efectos especiales de voces y ruidos: debe ponerse de manifiesto la llegada de una ambulancia al centro hospitalario. Plano

veintiuno: La cámara sobre una camilla de hospital empujada con rapidez por un pasillo ancho de paredes blancas desiertas de adornos, y numerosas puertas laterales; se acerca a una puerta abatible al fondo; banda sonora, los efectos especiales funden con música (tema en la versión del metal y de la cuerda, desde indicación B-3, «prestissimo»). Plano veintidós: Continuación del precedente en el momento en que el objetivo topa con la puerta abatible; banda sonora, misma. Plano veintitrés: Plano de conjunto, quirófano; en torno a la mesa (desde el mismo ángulo de los planos anteriores, cámara sobre la camilla) se afanan varias personas con ropas de quirófano que dirigen sus mirada hacia la cámara y hacen gestos; banda sonora, continúa. Plano veinticuatro: La cámara ocupa el lugar de la cabeza del yacente en la camilla; para ello ha de girar desde el ángulo del anterior plano hasta enfrentar el techo; es desplazada hasta que encara la violenta luminosidad de la lámpara de quirófano; banda sonora, sigue. Plano veinticinco: Encadenado del precedente con el plano nueve (Vde.), que queda congelado; banda sonora, continúa música. Plano veintiséis: La ventana de la habitación del hospital del plano uno; en banda sonora va fundiendo música con ruido de tecleo de máquina de escribir. Plano veintisiete: Encadenado con plano de la ventana de la habitación en que el personaje escribe a máquina; banda sonora, ruido tecleo de la máquina. Plano veintiocho: Desde la ventana mencionada, la cámara inicia traveling horizontal que barre la pared y va mostrando cuando existe (debe subrayarse especialmente el teléfono descolgado en el suelo) hasta detenerse a espaldas del personaje, inclinado sobre la máquina de escribir, inmóvil, apoyada la barbilla (se sugiere, no se ve) en las manos entrelazadas, los codos sobre la mes; banda sonora, sigue tecleo máquina. Plano veintinueve: El zoom busca el encuadre en gran primer plano de la copa medio llena; banda sonora, sobre sonido de tecleo, que pasa a fondo, se impone *voz en off*:

Llueve. Acabas de afirmarlo ante  
ti con idéntica inclemencia a la

Plano treinta: Pasa a primer plano; cámara frente al personaje muestra un rostro de claras huellas de cansancio (ojeras muy pronunciadas, barba muy descuidada...); banda sonora, sigue la voz en off. Plano treinta y uno: Pasa a plano americano; el personaje toma la copa y con pesadez la acerca a los labios y bebe; gran lentitud, que pone de relieve el cansancio profundo, el abandono progresivo de las fuerzas físicas; deposita la copa en la mesa; entorna los ojos blandamente, permanece así unos instantes y vuelve a abrirlos mirando a la cámara; banda sonora, sigue la voz en off. Plano treinta y dos: Retrocede la cámara hasta plano de conjunto a espaldas del personaje; éste se levanta con la misma pesadez y

que necesarias, en otras circunstancias, para clavar en tu cerebro, más tarde en el de los otros, una verdad irrefutable pero de otro orden al físico. Acaba de producirse ese chasquido de la evidencia, que no es sino el precipitarse de constataciones que, sin embargo, sólo tras haberse fundido en una sola, has sido consciente de haber ido albergando, simultáneas o enristradas, en algún resquicio de tu cerebro. Te preguntas por qué, de pronto, ese prurito por averiguar que la palabra ha sido con la debida corrección consignada en la que imaginas cinta de tu memoria, aún no tal sino simple y acaso mítica o soñada posibilidad de testimoniar en cuanto te sea posible las oscuras confabulaciones de la realidad que te han arrojado a esta ácida urgencia de explicarte. Mas ¿sabes, en verdad, haberlo siquiera bosquejado? ¿Con qué ardua y frustrante convicción vas a desvelarte detrás de tantas caretas, bajo ese disfraz multiforme de tu palabra, en el fondo de tantos espejos, enquistado en esa única palabra que hoy puedes llamar

se acerca a la ventana; la abre; se hacen perceptibles la lluvia y el aire; la cámara inicia un acercamiento hacia el personaje, de espaldas, y encadena con plano siguiente; banda sonora, sigue voz en off.

Plano treinta y tres: Plano americano del personaje enmarcado de espaldas por la ventana; se insinúa el paseo entre sauces difuminado por la intensa lluvia; banda sonora, sigue voz en off. Plano treinta y cuatro: Encadenado con plano general del paseo entre sauces por el que avanzan hacia la cámara el niño y el personaje; no llueve, luz de anochecer; efecto de cámara lenta, congela: ambas figuras quedan en actitud ambulante: la imagen va haciéndose borrosa, amarillece; banda sonora, silencio; cierra en negro lentamente.

**CÉSAR:** La sinrazón última no es que la vida carezca de sentido: eso sería consolador al menos; el absurdo es que el sentido existe pero nos es negado.

tuya: «amada mía», única no arrebatada por la esquivia...? ¿A quién interesa ya la última revelación de alguien que se niega a recitar su papel en esta mascarada que el clásico llamó gran teatro? Sé que apenas conservo ya la fuerza imprescindible para desentumecer las últimas objeciones a este irreversible proyecto: que no otra cosa significa esta lenta e implacable ingestión de cuanto ha engendrado tan desesperado amor por la esquivia: fatal revelación de que ya no sería posible detener la avalancha de esta ya pesante en mi cuerpo masa de palabras: sentencias de ya no huida muerte engendradas, sin embargo, en el cálido sueño de concubitos con la amada: irrevocables ya las decisiones creídas de vida, larvadas de este amarillento escalofrío.

- ELISA: Entonces, ¿no puedes hallar sentido en buscarlo, con la esperanza cierta y fundada de que darás con él?
- CÉSAR: Esa certeza nunca es suficiente... Porque, en el fondo, ¿qué o quién nos garantiza que no es uno más de tantos mitos destilados por la necesidad del hombre, respuesta a la ausencia de respuestas?
- ELISA: Y ¿qué importaría eso, en el fondo? La búsqueda sería suficiente para dar sentido a la vida, y ya es bastante... ¿O es que crees que hay algo detrás..?
- CÉSAR: ¡No! ¿Qué te hace pensar eso?
- ELISA: Tu obsesión por encontrar un sentido trascendente o verdadero. ¿Qué más te da si éste es falso, mientras te sirva?
- CÉSAR: ¡No soporto la idea de vivir alentado por un sentido más absurdo que su falta!
- ELISA: ¿Prefieres, entonces, el puro absurdo?
- CÉSAR: Así, al menos, vivo en la verdad ¿no crees?
- ELISA: ¿La verdad? No supuse que creyeras en la existencia de algo tan vaporoso como esa dicha «verdad»... Me extraña que apelas a ella...
- CÉSAR: Cuando hablo de verdad, me refiero no a algo que está ahí, frente a mí, objetivo o impuesto por la razón o la evidencia; digo la verdad como «mi» verdad, la que yo vivo y experimento y quiero como verdad...
- ELISA: Pero tú te estabas refiriendo a una verdad objetiva, una verdad que está ahí, frente a ti.
- CÉSAR: ¡No! ¡no! ¡Es mi verdad! La que fatalmente soy incapaz de sustituir por otra más consoladora, por esa que a muchos consuela o alienta...
- ELISA: ¿Crees tú que hay muchos hombres alentados por verdad o sentido alguno? ¿cuerdos? ¿estás seguro?

- CÉSAR: ...esta convicción que no puedo esconder por mucho que trate de enmascararla o inventarle rostros... mi verdad...
- ELISA: Y ¿estás seguro de que esa no es «la verdad», así, entre comillas, la de todos?
- CÉSAR: ...mi verdad, la de saber que el sentido existe pero me es negado.
- ELISA: Existe como verdad objetiva, dices, ¿no? ¿Ves cómo te refieres sin quererlo a «la», entrecomilla ese «la», verdad, te das cuenta?
- CÉSAR: Pero es que ahí radica mi convicción más amarga e irrenunciable: ¡claro que existe ese sentido! ¿Por qué mi desesperanza, mi amargura, esta ya insoportable miseria, amada miseria a pesar de todo, que soy? Si estuviera convencido de que comparto con todos, fijate que digo «con todos», el mismo destino, no me sentiría excluido de...
- ELISA: ¡Espera, espera! ¿Afirmas que los otros sí han obtenido el disfrute de ese sentido? Y ¿cómo lo sabes?
- CÉSAR: Me atengo a lo que veo y compruebo; ahí tienes a esa masa de gente que llamamos «normal», entrecomilla la palabra; son multitud los que se sienten a gusto en su piel y gozan con esto que decimos vida y...
- ELISA: Pero ¿no has pensado que no es más que la apariencia, el espejismo, la máscara con que cada uno trata de ocultar su verdadero rostro? O, más aún: ¿no puede tratarse de un fenómeno de incapacidad para percibir la felicidad o para desearla?
- CÉSAR: ...o una componenda con la vida, un decir: «pactemos mientras ella, la vida, mantenga esta mediocre degustación de la felicidad, me comprometo a no aspirar a más, a conformarme...»
- ELISA: ...e incluso se ha llegado a más, a la afirmación de que es esa la postura más cuerda. ¿Te das cuenta hasta dónde puede caerse por esa pendiente? Hasta la aniquilación de lo que en el ser hu-

mano es más rico y heroico: su resistencia a la sumisión... Puede, incluso, que nosotros seamos los últimos especímenes de rebeldes...

CÉSAR: ¡Si! ¡esas palabras las escribí yo hace años! ¡son mis palabras!

ELISA: ¡Claro! ¿Por qué te admiras? Son tus palabras, las que diste al aire (como decías entonces, tan influido en tu juventud por el viejo León Felipe), de ahí las tomé...

CÉSAR: ¿Tú conocías esa palabra mía? ¿Es posible?

ELISA: ¡Claro! Y también conozco y recuerdo otras palabras tuyas, todas las que publicaste... y otras silenciadas.

CÉSAR: ¡No es posible! Nunca me he acostumbrado a encontrar a alguien que hubiera leído alguno de mis libros, mis pocos publicados... No me hago a la idea..., tal vez por las penosas circunstancias con las que cada uno ha ido asomándose al viento... ¿Dices que otras silenciadas?

ELISA: Sí, aquella que hiciste arrancar desde un verso de Rubén Darío, cita inicial, y que titulaste «La vida consciente».

CÉSAR: «Dicho el árbol que es apenas sensitivo,  
y más la piedra dura porque esa ya no siente,  
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente...

ELISA: «Ne cherchez plus mon coeur; les bêtes l'ont mangé»

CÉSAR: ¿Por qué citas a Baudelaire?

ELISA: No busques más mi corazón; las bestias se lo han comido...

CÉSAR: ¡No es posible! ¿Por qué citas ese verso de Baudelaire, por qué?

ELISA: Sabes por qué; no te atreviste a utilizarlo como título de ese libro...

CÉSAR: Pero ¿cómo sabes eso?

- ELISA: ...y no por miedo a los criticos o las criticas literarias, sino por miedo al desnudo..., ¿me equivoco?
- CÉSAR: ¡No! Pero, ¿cómo sabes eso...? ¡No es posible!
- ELISA: Lo sé...
- CÉSAR: Pero, ¿cómo?, ¿por qué? ¡Dilo!
- ELISA: Porque amé a alguien que amaba esa palabra y me hizo sentir desnuda, zarandeada por ella...
- CÉSAR: ¡Tú eres, entonces...!
- ELISA: La mujer que se esconde en «Elisa, vida mía», la primera obra que leiste suya.
- CÉSAR: Antes de conocerlo en persona, años más tarde, cuando lo entrevisté por una de sus novelas.
- ELISA: La segunda publicada en la editorial en que él contaba me conoció como tópica secretaria comprometida políticamente, de vida turbulenta...
- CÉSAR: ...recuerdo que le hice una pregunta estúpida que fue el origen de nuestro... amor. ¿Te repugna que utilice esta palabra?, le disparé: «¿Por qué escribes?»... Y nunca he podido borrar su gesto, que tantas veces luego, a lo largo de nuestra relación, reproduciría, un gesto perplejo, triste, desesperado...
- ELISA: Tú eres... César..., y Lázaro...
- CÉSAR: Soy el guñapo en que él se inspiró para César y para Lázaro... y, lo que es seguro ignoras y voy a revelarte, para el protagonista de la obra que escribía cuando...
- ELISA: ¿Dices que escribía otra novela..?
- CÉSAR: Si, y en ella me desdobra en, tal vez, un trasunto de si mismo que se despidе antes de llevar a cabo una decisión sin retorno...
- ELISA: ¿...Una novela concluida? ¿Es posible? Yo conocia su

amarguísima decisión de tiempo atrás de apartarse de la que él llamaba «mi amada enemiga la literatura»... ¿Escribía otra novela cuando..?

CÉSAR: Concluida, no; sólo en apuntes... Supongo que él no la llamaría novela, ni la destinó a ser conocida... Aunque, a veces, quiero releer entre líneas alguna sugerencia...

ELISA: ¿...Como si estuviese creando la ficción que ocultara la verdad?

CÉSAR: No sé... He pensado muchas veces en una historia que él me contó y no creo que llegase a escribir... o, si lo hizo, la destruyó... Desesperado porque una mujer, a la que ama con obsesión, no responde a sus sentimientos, el protagonista de esa historia decide poner en marcha un lento suicidio, que irá haciendo conocer a la amada; todo está dispuesto de modo que ésta se ablande antes de que sea irreversible el mecanismo desencadenado; en efecto, se inicia un hermoso y patético episodio; pero, cuando la amada reacciona con sinceridad y va hacia él, el personaje se ha identificado de tal modo con la idea de morir que rechaza a la mujer y se entrega plácidamente a la nueva (y ésta si fiel, sin añagazas) amada, que es la muerte...

ELISA: ¡Esa historia se la escuché contar! En unas circunstancias muy especiales, a punto yo de ser madre, madre soltera entonces, encarcelado el padre... ¡Fui tan tonta, y supongo que decepcionante para él, que la interpreté en su sentido literal ...! ¡Qué zafia, debió de pensar!

CÉSAR: Sospecho, a veces, si no le sucedió algo parecido... Por error de cálculo... por sarcasmo del destino...

ELISA: ...o por fría premeditación...

CÉSAR: La historia que estaba escribiendo no es nueva, aunque sí en sus términos, quiero decir...

- Voz en off:* Cuando un narrador se cree en la necesidad de explicar su obra, una de dos: o es muy poco hábil o desconfía de la capacidad del lector. En el primer caso, mejor que deje el oficio; en el segundo, debería resignarse a que le entiendan, lo cual es la vulgarización del arte, que no está hecho para ser entendido, sino sentido, vivido...
- ESCRITOR: Sin embargo, puede suceder que un buen narrador llegue a no ser sentido, vivido...
- Voz en off:* ¡Pues peor para el lector! ¡No es digno de tal escritor!
- ESCRITOR: ¡Eso es una especie de racismo o de clasismo cultural, la vieja historia del escritor en su torre de marfil!
- Voz en off:* ¡Y eso que dices no es sino una repulsiva demagogia de los que medran hablando de cultura para el pueblo, arte para el pueblo...! ¿Qué quieren decir? ¿Cultura y arte rebajados, vulgarizados, a la altura de capacidades embotadas (sin culpa, pero embotadas), adaptado a sensibilidades romas o parcializadas (también sin culpa, supon-gamos)...?, ¿eso significa? ¡Pues bien flaco servicio al pueblo y a la cultura y al arte..!
- ESCRITOR: De todos modos, ofrecer una pista al lector, darle algunas claves... Convertir lo esotérico en exotérico, no consagrar lo críptico... es bueno. No sea que suceda lo tan traído y llevado de la vieja beata, que no entendía nada del contenido del sermón, pero se hacía lenguas de las cualidades oratorias del predicador...
- Voz en off:* ¿Y crees que es poco esa sensibilidad de la viejecita a la belleza de las palabras? Pues no deberías olvidar que el arte de la Literatura es el arte de la palabra (la definición más vieja y no sustituida...) Pero no vayamos ahora a caer en las vacuas erudiciones de profesor universitario... ¡Ya sé que se han dado tantas definiciones..! Y ¿sabes lo que te digo? que ojalá tuvierais los literatos (sé

que no te gusta la palabra, que no está de moda, pero ¿hay otra más exacta?, ¿palabrerros?, ¿empalabrados...?) «viejecitas» que, aunque no os entendiesen, fueran capaces de apreciar la belleza. ¿O es que os da vergüenza otra vez hablar de belleza...?

ESCRITOR: ¡Son teorías reaccionarias!

Voz en off: ¿Reaccionarias? ¿No será que los literatos habéis dejado de creer en la Literatura? ¡Como si esta no se bastase a sí misma y hubiera que adornarla de otros atractivos suplementarios: compromiso, relato, búsqueda, comunicación, mensaje, conocimiento...?

ELISA: Una historia, ¿nueva en sus términos? Muchas veces le escuché decir que todas las historias estaban ya contadas y que sólo cabía aspirar a contarlas de otra forma...

CÉSAR: ...quiero decir que, argumentalmente, palabra que a él no le gustaba utilizar, había tomado el desenlace, otra expresión que rechazaba, de una obra clásica y sólo de manera muy lejana y metafórica el argumento, otra de sus palabras desamadas...

ELISA: ¿Te refieres a la hisotira de Leriano y Laureola?

CÉSAR: ...aunque él tomó ese material sólo en sentido simbólico... Y es curioso que, cuando alguna vez me habló de ello, jamás mencionó a los críticos, su obsesión y una de sus fobias con más minuciosidad cultivada... Incluso ironizó, con amargura apenas disimulada, apuntando que sería sarcástico que fueran a hacerle caso en tales circunstancias...

ELISA: ¿Aludía a la muerte o al hecho de haber dicho adiós a la Literatura?

CÉSAR: ¡Da lo mismo! ¿Qué diferencia para él entre lo uno y lo otro?

ELISA: ¿Por qué, entonces, como has dicho, se sumergía de modo casi obsesivo, mecánico, ¿no has utilizado tú esa palabra?, artificial, como quien se provoca a sí mismo un vómito (son palabras que

te he escuchado)... en el mundo de su niñez? En algunas obras anteriores había aparecido su infancia, pero nunca he notado esa obsesión...

CÉSAR: Puede parecer simple, pero era esa la única parte de su vida que podía regurgitar sin sufrimiento.

ELISA: ¿Porque fue especialmente feliz..? No recuerdo haberle nunca escuchado decir algo así, más bien...

CÉSAR: No feliz en el sentido habitual, feliz en otra dirección: en su infancia no aparecía, confesaba él, asomo alguno de esa que yo también escuché llamar muchas veces (con amargura y una penosa tristeza) «mi amada enemiga la Literatura», su terrible pasión imposible...

Plano uno: Abre en negro, panorámica del paisaje desde la ventana, paseo entre sauces, luz de anochecer; banda sonora, tema en versión de guitarra; retrocede la cámara y encadena con plano siguiente. Plano dos: La cámara, en traveling, primero de retroceso y luego horizontal, presenta la habitación del personaje; todo sigue en su sitio menos el teléfono en el suelo, que aparece colgado; el personaje no está ante la máquina de escribir y no aparecen ni la copa ni la champanera donde se han visto en secuencias anteriores; queda encuadre de la zona en que se halla la mesa de trabajo; banda sonora, sigue tema. Plano tres: Plano detalle del folio que sobresale del carro de la máquina; la cámara se desliza de izquierda a derecha y puede leerse: «...amada, sin embargo, de la misma irrenunciable manera con que el borracho ingiere su propio daño, amada mía. Mas no puedo seguir: la amada cumple ya en mí de modo efectivo su sentencia»; congela sobre últimas palabras; banda sonora, sigue tema guitarra. Plano cuatro: Encadena con panorámica sobre la habitación; se fija en lateral derecho, sobre el sofá; el personaje se encuentra tendido en él boca arriba; su actitud ha de ser inequívocamente la de alguien que se debate entre la vida y la muerte, aunque no debe exagerarse la interpretación, ya que se trata de una muerte buscada y que se viene gestando desde hace días y con las abundantes libaciones; debe cuidarse la iluminación, que debe marcar

con ciertas durezas los perfiles del personaje, su rostro revelador, sobre todo, sus manos; tanto el acercamiento hacia el sofá cuanto el zoom hacia la figura deben ser muy lentos; banda sonora, sigue tema guitarra. Plano cinco: Desde picado, plano medio del personaje; atención a la expresividad del rostro; banda sonora, sigue. Plano seis: La cámara desciende desde el rostro siguiendo la línea del brazo derecho del personaje, que cuelga inerte hasta el suelo; se detiene en la mano; junto a ella, en el suelo, un libro; cerca, la copa mediada y la champanera volcada, vacía; banda sonora, la misma. Plano siete: Plano detalle del libro; puede leerse con nitidez «Diego de San Pedro, Cárcel de amor»; congela plano, que encadena con siguiente; banda sonora, misma. Plano ocho: Panorámica horizontal partiendo del sofá hasta la ventana, muy lenta; en banda sonora, música pasa a segundo plano y se impone *voz en off*:

«Pues tomando de sus dudas lo más seguro, hizo traer una copa de agua, y hechas las cartas pedaços echólas en ella, y acabado esto, mandó que le sentasen en la cama, y sentado, bebióselas en el agua y assi quedó contenta su voluntad; y llegada ya la hora de su fin, puestos en mí los ojos, dixo” “acabados son mi males”, «Y asi quedó su muerte en testimonio de su fe».

Plano nueve: Panorámica horizontal partiendo de la ventana hasta el sofá; el personaje busca tanteando con la mano derecha la copa, la alcanza con dificultad y se incorpora con extremo esfuerzo; banda sonora, música a primer término, tema a guitarra. Plano diez: Plano medio; el personaje lleva, con visible fatiga extrema, la copa hasta los labios y bebe; banda sonora, la misma. Plano once: Plano detalle de la copa vacía, sostenida apenas por la mano; en un momento determinado, cae; banda sonora, la misma más efecto especial rotura copa; encadena con plano siguiente. Plano doce: La cámara ha seguido a la copa hasta que se estrella contra el

suelo, junto al libro que aparece en el plano siete y la champanera vacía, volcada; banda sonora, la misma. Plano trece: La cámara parte del plano precedente, se desplaza bordeando el sofá hasta fijarse en plano general desde el lado opuesto; en el encuadre: primer término, sofá, en el que destaca el cuerpo; segundo término, mesa de trabajo, con la máquina de escribir y los libros, originales y papeles que la pueblan, teléfono en el suelo, colgado, la ventana...; banda sonora, la misma. Plano catorce: Plano detalle del carro de la máquina de escribir; puede leerse, con un leve desplazamiento de la cámara: «Amada mía: he aquí la única palabra de la que puedo con derecho saberme dueño, pues ella contiene este penoso destilado de mi vida, resume el más secreto sentido de esta muerte, amiga ya: ya suplantadora de la esquiva para quien cebé con sangre y piel y semen la multiforme palabra que nos dice»; banda sonora, continúa tema guitarra. Plano quince: El plano anterior va encadenando con panorámica desde la ventana, paseo entre saucos; en banda sonora, música pasa a segundo término y se impone *Voz en off*:

Brusco silencio en banda sonora. Plano dieciséis: primer plano del rostro del personaje: contraído y violento y sudoroso, con asomos de terror; debe expresar una súbita angustia irrefrenable, la de quien, de pronto, sabe irreversible el mecanismo mortal y quiere detenerlo; los ojos se dirigen con insistencia, convulso el cuerpo, hacia la mesa; banda sonora, silencio. Plano diecisiete: plano detalle del teléfono, colgado, en el suelo; banda sonora, silencio. Plano dieciocho: primer

«amada mía muerte, ya no muerte, salvadora tú contra la esquiva mortal liberadora»

«Amada mía, amada, amada mía: aún aliento por ti aunque la dulce muerte seduzca esta palabra que sólo compartimos.»

plano del rostro (idem); banda sonora, silencio. Plano diecinueve: Plano detalle del teléfono (idem); banda sonora, silencio. Plano veinte: Primer plano rostro (idem); banda sonora, comienza a percibirse la respiración entrecortada, ronca, casi a punto de extinción. Plano veintiuno: Plano detalle teléfono; banda sonora, la misma. Plano veintidos: Primer plano rostro (idem); banda sonora, la misma. Plano veintitrés: Plano de la ventana bruscamente iluminada y resplandeciente; cámara se acerca hasta presentar el paseo entre sauces a pleno sol; de espaldas, las figuras del hombre y el niño, que se alejan; banda sonora, jadeos cada vez más roncós y reveladores de la cercana muerte. Plano veinticuatro: Panorámica del mencionado paseo pero en horizontal, de modo que la cámara presenta la visión desde el suelo; congela imagen; banda sonora, sobre jadeos, se impone voz en off:

Va imponiéndose tema musical, guitarra, en «adagio», hasta ocultar las palabras; funde con jadeos. Plano veinticinco: Encadena el anterior con plano general de la habitación,

que muestra al personaje que ha reptado hacia el teléfono y yace de bruces en el suelo con el auricular en la mano derecha, muerto. En banda sonora, se impone voz en off:

«...los lloros que por él se hicieron son de tanta lástima que me parece crueldad escribirlos; sus honras fueron conforme a su merecimiento...»

Se impone música y rueda el rótulo de «FIN» sobre plano congelado.

ACABOSE DE IMPRIMIR LA PRIMERA EDICION DEL  
LIBRO "AMADA MIA", DEL QUE ES AUTOR  
JUAN LUIS FUENTES LABRADOR EL  
DIA 1 DE ENERO DE 1988, EN LOS  
TALLERES GRAFICOS DE  
CARLOS MARTIN, S.A.  
AVILA

*LAUS DEO*



## TITULOS PUBLICADOS

- **Sangre en la Tierra / Paramera**, de Juan García Damas.
- **Nos dejan solos**, de Gonzalo Jiménez Sánchez.
- **El turno de los malditos**, de Guillermo Blázquez Bestard.



INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA  
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

Inst. Gr  
82